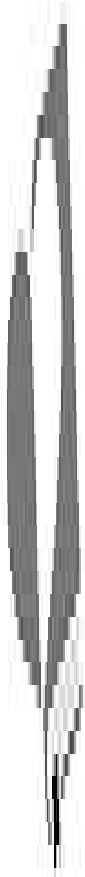
ESMERALDA ESTEBAN

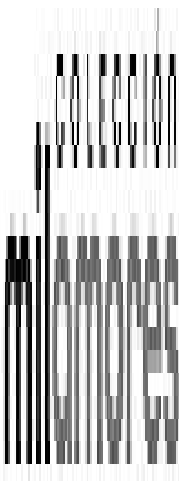
¿Qué pinto yo aquí?

GANADORA DEL I CONCURSO
LITERARIO **MIL PALABRAS &+ WOMAN**

¿Qué pinto yo aquí?

Esmeralda Esteban





¿Qué pinto yo aquí?

ISBN: 9788418412660
ISBN ebook: 9788418412165

Derechos reservados © 2020, por:

© del texto: Esmeralda Esteban
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

Fotografía de la autora realizada por: Estudio fotográfico Miguel Ángel

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A María, por lo viejos tiempos

Capítulo 1

Alberto irrumpió en mi habitación y, haciendo el máximo ruido posible, descorrió las cortinas y abrió la ventana. Mi apartamento estaba encima del suyo y se comunicaban a través de una pequeña escalera que terminaba en una trampilla en el suelo de mi salón. Siempre se me olvida poner una cerradura para evitar este tipo de visitas tan molestas.

—Buenos días —dijo con tanta ironía que pareció estar cantando —, es hora de levantarse. —Apartó el edredón con el que estaba envuelta—. Pero bueno, ¿te has acostado vestida?

—No estoy vestida, es un chándal. Todo el mundo sabe que un chándal no es ropa de calle —repliqué enfadada—. Además, no tenía ni idea de que tenía que vestir de etiqueta para recibirte. —Escondí la cara bajo la almohada para que la luz del sol no me terminase de despertar y gruñí, le odiaba.

—¡Qué alegría me das al verte de tan buen humor por la mañana! —Alberto continuaba con su estrepitoso entusiasmo—. Vamos, arriba, que hoy hay muchas cosas que hacer antes de ir a…

—Yo no voy a hacer nada ni voy a ir a ningún sitio —le interrumpí —. Gracias por la visita y no olvides tapiar la trampilla con cemento cuando salgas.

—Está bien, si no quieres ir a ningún sitio tendré que llevarte yo. — Me cogió en brazos, me metió en la ducha y abrió el grifo—. Te recomiendo ducharte sin ropa, aunque con lo cerdita que te has vuelto últimamente no le vendría mal una mano de jabón a ese chándal que llevas. Voy a preparar café, ¡he traído churros! —apuntó emocionado mientras cerraba la puerta del baño.

—¡Bieeen! —fingí entusiasmo.

Alberto se había casado con mi hermana. Ambos tenían diez años más que yo y llevaban juntos desde siempre. Lucía, así se llamaba mi única hermana, había muerto hacía unos meses en un accidente de tráfico cuando íbamos de camino al aeropuerto a recoger a nuestros

padres que volvían de uno de sus viajes. Yo conducía, ella nunca se molestó en sacarse el carnet porque decía que ya nos tenía a su marido y a mí como chóferes privados. Yo conducía y, aunque fue un accidente causado por la pérdida de control del remolque de un camión debido a la lluvia, no puedo evitar sentirme culpable al pensar que tal vez si hubiese reaccionado de otro modo ella todavía estaría aquí o quizá no estaríamos ninguna de las dos. No recuerdo mucho del siniestro, cuando desperté en el hospital llevaba tres meses en coma y una operación en la pierna y cuando volví a casa, Alberto, que es psiquiatra, se encargó de disminuir progresivamente las dosis de calmantes y antidepresivos, pero mi dolor no era del que se quita con pastillas.

Mi cuñado me conoció cuando era muy pequeña y por eso le sale de una forma muy natural preocuparse por mí y así cumplir la promesa que le hizo a Lucía de que nunca dejaría que me pasase nada. En ocasiones resultaba ser un pelmazo, pero jamás he querido apartarlo de mi vida y por eso nunca me acuerdo de poner un cerrojo a la trampilla que une nuestras viviendas. Creo que ambos estamos de acuerdo en que si seguimos con el «cuidar» y el «dejarse cuidar» mantendremos vivo el recuerdo de mi hermana.

El agua salía caliente. No me apetecía moverme, pero la ropa mojada resultaba bastante incómoda, así que me desnudé y me duché a la vieja usanza. Al salir envolví mi pelo en una toalla, me puse el albornoz y me dejé caer encima de la taza del váter. Seguía sin ganas de moverme, me sentía pesada.

Alberto abrió la puerta del cuarto de baño.

—¡Oye! —protesté—. ¿No sabes lo que es la intimidad?

—Por favor, si casi te he cambiado los pañales. —Rio—. El café está listo —Miró su reloj— y tienes exactamente diez minutos para desayunar.

—¿A qué viene tanta prisa? —refunfuñé.

—¿Lo dices en serio o es una pregunta retórica? —Arqueé las cejas en un esfuerzo para comprender, pero nada, no sabía de qué narices me hablaba—. Tenemos que ir a la boda de Brittany y Lucas. No sé si te acordarás de ellos, pero son una pareja muy maja con la que solías quedar e incluso los llamabas amigos.

—No te pongas sarcástico. —Me levanté muy despacio—. ¿Ya es junio?

—Casi julio, estamos a veintiocho.

Odio que se ponga en plan sabelotodo, aunque no supiese en qué día vivía conocía perfectamente cuál era la fecha de la boda de mis amigos. Lucas y yo nos habíamos conocido el primer día de clase en la Facultad de Bellas Artes y desde entonces nos habíamos convertido en inseparables. Un año después pasamos a ser tres cuando llegó Brittany, una alumna de intercambio. Enseguida surgió el amor entre la inglesa y el de Moncloa, pero eso no cambió nuestra amistad y así siguió durante estos últimos diez años. Siempre nos habíamos apoyado en los malos momentos, pero desde el accidente lo único que había sabido de ellos era la invitación para asistir a su enlace que había llegado por correo, ni siquiera se dignaron a traerla en persona. Entiendo que ya no tenemos veinte años y que cada uno tiene que hacer su vida, más aún cuando son pareja, entiendo que necesitan su espacio, pero dejarme de lado después de tantos años y de esta manera no me parecía bien. Además, deberían mostrarse un poco más agradecidos conmigo porque, después de todo, yo fui su celestina.

—No me apetece ir…

—No hay excusas, jovencita.

—Además, no tengo nada que ponerme. El chándal está empapado.

—Tranquila —Alberto esbozó una amable y tierna sonrisa—, Eugenia se ha encargado de eso.

¿Mi madre se había encargado? ¡¿Cómo iba a estar tranquila?! Genial, además de ir obligada y sin ganas tendría que disfrazarme de maruja de clase alta por cortesía de mi madre. Me serví un café y me senté en la mesa de la cocina y casi me atraganto con un churro cuando Alberto apareció con el vestido. La verdad, había subestimado a mi madre: podía ser más hortera de lo que había imaginado. El vestido era una mezcla de raso muy, muy, muy brillante, con lentejuelas bordadas en forma de flores, largo hasta el suelo, escote halter para que realce mis hombros y en tonos azules para que haga juego con mis ojos del color del océano. Esas dos cosas eran en lo que mi madre siempre insistía en resaltar ya que, según ella, era lo menos malo de mi anatomía. Lo del escote me daba igual, pero sabe perfectamente que odio el color azul porque no solo resaltan mis ojos si no que hace más visibles las venas de mi asquerosa piel de mármol. Por lo menos mi madre había pensado en mí y puede que hasta estuviese un poco preocupada, a su manera, por lo que me

estaba pasando. No es que mamá no se hubiese preocupado por mí antes, pero como siempre había salido adelante por mí misma, no le había hecho falta demostrarlo con un acto semejante. Asumí desde el principio que Lucía era su favorita y la de la mayoría de familiares y amigos porque ella era simpática, la típica rubia con cara angelical y muy cariñosa. Yo no era nada más que alguien con una hermana estupenda. Sin embargo, ahora, solo era nada sin nadie. Era la primera vez que sentía realmente la falta de Lucía, seguro que ella tendría algo maravilloso en su armario para prestarme o me hubiese comprado un vestido de mi gusto, de nuestro gusto, como siempre habíamos hecho. No recuerdo si alguna vez he ido de compras yo sola.

Además del vestido, habían planeado una sesión de peluquería y maquillaje que se alargó casi cuatro horas. Cuando estuve en el hospital me cortaron el pelo por motivos de higiene y me había crecido hasta un par de dedos por debajo de la mandíbula. A mí me gusta llevarlo más largo para poder recoger mi oscuro y liso cabello en una coleta y que no se me meta en los ojos ni en la boca. El resultado final fue una obra de arquitectura moderna en lugar de un moño y un milagro al conseguir disimular mis ojeras. Unas gotas de perfume —regalo de la casa— y lista para coger el metro. A mi cuñado no le hizo gracia ir al gran evento en transporte público, pero no intentó convencerme para coger un taxi porque comprendía que desde el accidente sintiese cierto rechazo a los automóviles.

—Estás muy guapa —me dijo después de darme un beso en la frente.

—No me hagas la pelota, cuñado, sigo sin ganas de ir a la fiesta, pero gracias.

Sabía que Alberto solo quería animarme y hacerme sentir bien, pero yo me conformaba con que me diese la mano para subir las escaleras del metro porque, aunque el vestido resultó ser muy cómodo y si no le daba la luz directa podría ser hasta bonito, los zapatos eran un auténtico suplicio. Los tacones también habían sido un regalo, más bien una venganza de mi madre, estoy segura, por no ir a comer a su casa todos los domingos.

—¿Serás capaz de fingir alegría por la gente que te quiere y por el mundo en general? —casi sonó a amenaza.

—Seré buena, lo prometo. —Encogí las mejillas al máximo imitando una sonrisa para que Alberto se relajase.

Hacía tiempo que no sonreía de verdad, no sé, el mundo había dejado de emocionarme. Siempre había buscado nuevos retos, nuevas metas, pero en realidad nunca terminaba de encontrar mi sitio. Dibujar y pintar fue desde pequeña mi manera de desahogarme, por eso estudié Bellas Artes, por eso y por llevarle la contraria a mi madre que se empeñaba en que hiciese una carrera más «útil». Cuando me licencié hice un viaje por medio mundo buscando inspiración y cuando regresé empecé a dar clases en varias academias para ganar algún dinero. No necesito demasiados ingresos porque tampoco tengo demasiados gastos, ya que la casa en la que vivo me la regalaron mi hermana y su marido. Cuando Lucía murió recibí una importante suma como herencia, con la única condición de que aprovechase aquel dinero para no dedicarme a otra cosa que no fuese mi arte, porque estaba convencida de que algún día tendría éxito.

Llevaba meses delante de un lienzo en blanco, ¿qué iba a pintar si no me conmovía nada, si nada me llamaba la atención ni me parecía interesante? Al principio la idea de dedicarme a los cuadros resultaba tentadora, pero ahora era angustioso y horrible. Empecé a no distinguir la noche del día, del insomnio pasé a dormir veinte horas seguidas, dejé de ver a mis amigos y a mi familia, Alberto era lo único que me mantenía unida a la realidad. La pobre Lucía se había equivocado y yo estaba desperdiciando su dinero y deshonrando su última voluntad.

Unos granos de arroz en el ojo me recordaron que estaba asistiendo a una boda.

—¡Vivan los novios! —coreaban los asistentes—. ¡Vivan! —se respondían.

De repente un maniquí de proporciones perfectas, pelo rubio cobrizo y envuelto en algo parecido a… A nada, no se parecía a nada que hubiese visto antes: gasa, seda, pedrería, perlas y encaje. ¿Quién le había elegido el vestido a Brittany?, ¿mi madre? No, algo peor, su madre, su inglesa y hortera madre. El caso es que aquel trabajo de patchwork de telas finas rebozado en abalorios de lujo y que tenía prisionera a mi amiga se abalanzó sobre mí.

—Sabía que vendrías —me dijo con lágrimas en los ojos—. No sabes lo feliz que me haces.

—¿Cómo iba a perderme el día más importante de vuestras vidas? —más tópica y falsa no pude sonar, pero resulté creíble.

—Tenemos que ponernos al día, ¿eh? Cuando regresemos de Bali

volveremos a quedar y… —Brittany no pudo terminar la frase porque ella y su vestido fueron absorbidos por una multitud de familiares y amigos ansiosos por darle la enhorabuena.

La enhorabuena por casarse, esto siempre me ha hecho mucha gracia, ¿por qué se dice? Felicitar a una pareja por haber firmado unos papeles en los que se comprometen a cuidarse, respetarse y bla, bla, bla. ¿Es que no se habían comprometido a hacerlo desde el día en el que se dieron cuenta de que se amaban? Por favor, si llevan más de una década juntos. En fin, una costumbre igual de absurda que la de desear «feliz año» a todo el mundo que se cruza en nuestro camino en Año Nuevo mientras el resto del año deseas que a esa misma gente le parta un rayo.

Alberto me pasó la mano por la espalda, notó que empezaba a palidecer y vino a rescatarme.

—Respira.

—No puedo —susurré—. Siento angustia, hay demasiada gente.

—Es normal que te sientas así, llevas casi medio año encerrada en casa. No debí dejarte llegar tan lejos.

—Tranquilo, doctor —di gracias porque existiese una especie de código de los loqueros que le impedía tratar a su cuñada, ya resultaba bastante pesado así—, nunca me ha gustado estar en medio de una multitud.

—Vayamos al restaurante, ¿un taxi? —Negué con la cabeza—. Te siguen haciendo daño los zapatos. —Asentí con gesto de dolor mientras intentaba concentrarme en respirar—. ¿Seguro que no cogemos un taxi? Estamos a unos quince minutos andando y si no puedes caminar…

Tiré de su brazo y nos pusimos en marcha. El dolor de pies me hizo olvidar el ataque de ansiedad. Alberto se había vuelto a salir con la suya, me saca de quicio no poder distinguir si su empatía es real o una técnica profesional encubierta.

Una vez en el salón de bodas me serené pues, aunque había la misma cantidad de gente que en la puerta de la iglesia, al estar sentados la situación era más fácil de controlar. A pesar de la insistencia de Alberto y de los novios en que me sentara junto a ellos, preferí ocupar el asiento que me había sido asignado en la mesa de «posibles asistentes no confirmados». Estaba a gusto en el rincón de los marginados. No conocía a nadie, así que no tenía que dar explicaciones ni adoptar un comportamiento festivo que no me

apetecía en absoluto. A mi izquierda, una señora gorda con un vestido de flores y frutas a juego con el tocado, el bolso y los zapatos, no paraba de hablar de manera estridente al hombre delgadito que tenía al lado, supuse que era su marido, el cual solo asentía con la mirada bajada. Delante de mí, una rubia despampanante, digna de la portada de una revista masculina, que no paraba de mirar alrededor y, de vez en cuando, se preocupaba de que su generoso escote se mantuviese dentro del vestido de un par de tallas menos de la que debería utilizar. Seguramente ellos también me estaban examinando a mí mientras intentaba encontrar con la mirada algo interesante en las otras mesas, como, por ejemplo, los brillantes y coloridos atuendos de la familia inglesa.

Después de los entremeses, junto a la ensalada de langosta, queso azul y mango llegó el ocupante del asiento de mi derecha. Un hombre de mi edad, puede que un par de años mayor, con el chaqué alquilado o prestado a juzgar por la tela que le sobraba por todos los sitios. Alto, ni gordo ni delgado, normal. Ni guapo ni feo, normal.

—Lo siento, me he perdido —dijo mientras limpiaba sus gafas empañadas por el calor de la carrera.

—No te has perdido mucho, la verdad —respondí mientras intentaba sacar la carne de la langosta—, un par de lonchas de embutido y un par de «que se besen».

—¿Qué? Yo… —El nuevo parecía desconcertado—. No me refería a eso, pero has estado graciosa.

No sé por qué había dicho eso, ni siquiera sé por qué había abierto la boca. Mi intento de mantenerme al margen de cualquier contacto humano había fallado.

—Soy Álex —se presentó a toda la mesa con el aliento casi recuperado.

—Vanessa —urgió a decir la rubia—, con dos eses —le guiñó un ojo de forma lasciva. Las Vanessas con ese aspecto siempre se escriben con dos eses para sisear como lagartas. Reí en silencio.

—¡Ay, qué nombre más bonito! Así se llama nuestro Yorkshire, Alejandro, Alejandro Magno, en realidad. Porque Álex viene de Alejandro, ¿verdad? —Quedé fascinada al comprobar que la gorda floreada no necesitaba aire para hablar, vaya energía—. Mi nombre es Eduvigis y este es Tristán, mi marido.

Me acababan de fastidiar por completo mi plan. Ya no tenía gracia ahora que todos conocíamos nuestros nombres.

—Julia. —Faltaba yo.

—¿Tiene alguna perra que se llame como ella? —intentó bromear la rubia.

—Mi nieta se llama Julia, como se llamaba mi abuela —la gorda se puso seria y le dio un buen corte a la tetona—. Es un nombre precioso y seguro que te lo pusieron por algo o por alguien especial, ¿verdad, cielo?

—Bueno, en realidad no fue algo demasiado especial. —Tuve que hacer un esfuerzo muy grande para no reírme de la cara que había puesto la rubia—. El médico estaba convencido de que sería un niño y mis padres se prepararon para eso, pero nací yo y como mi padre se negó a ponerme el nombre de alguien de la familia, me pusieron el nombre de la enfermera que asistió en el parto.

—Pues vaya historia —protestó Vanessa.

—Ya os lo dije. —Me encogí de hombros—. Sin embargo, cuando nació mi hermana mayor estaban más preparados y le pusieron Lucía —me dolió pronunciar su nombre—, por la canción de Serrat, que es el cantante favorito de nuestros padres.

—Da gracias a la enfermera porque si tus padres hubiesen insistido con Serrat puede que te hubieses llamado «Mediterráneo».

Todos menos la rubia nos reímos con el comentario de Álex y me di cuenta de que tenía una dentadura perfectamente alineada que hacía que su sonrisa, aparte de encantadora, fuese perfecta. Seguimos comiendo los cinco platos que nos trajeron y hablamos de tonterías, cosas sin importancia, de lo que puede hablar un grupo de personas que no se conocen de nada y aparentemente no tienen mucho en común. Me di cuenta de cuánto echaba de menos hablar de tonterías con mis amigos. Puede que asistir a la boda no estuviese tan mal, después de todo.

Los camareros apagaron las luces y arrastraron la gigantesca tarta de diez pisos de merengue rosa hasta el centro del salón y para rematar encendieron las decenas de bengalas que la adornaban. Los novios cortaron la tarta, que, por cierto, hacía juego con el vestido de Brittany, con un estoque, y se hicieron una foto lamiendo la punta, ¡qué originales!

Brittany y Lucas se deslizaban por la pista a ritmo de vals invitándonos a todos a unirnos al baile. Eduvigis enganchó del brazo a Tristón, perdón, Tristán y casi en volandas le marcaba el ritmo. Vanessa se levantó, se acercó a Álex dándome su tatuada espalda,

se inclinó o más bien dejó caer su delantera hacia él y le dijo con voz sugerente:

—Baila conmigo.

—Ay, cuánto lo siento —la disculpa sonó de lo más teatral y nada creíble—. Cuando venía corriendo hacia aquí me he hecho daño en la rodilla. Casi no puedo caminar y menos bailar.

La rubia devolvió la postura vertical a su columna, como un resorte, y me miró de arriba abajo con aires de superioridad.

—Tú te lo pierdes. —Se marchó muy ofendida.

—¿Quieres bailar? —me preguntó al tiempo que me tendía su mano.

Me quedé callada un instante, no sabía qué responder.

—No te ofendas, pero la verdad es que no me apetece, ni siquiera quería venir y, además, estos zapatos han resultado ser peores que un cepo para osos.

—Menos mal —suspiró aliviado y con gesto exagerado. Álex era divertido—. Lo de la rodilla no es broma.

—Entonces, ¿para qué te ofreces? —Le di un pequeño toque en el hombro—. Entre mis elegantes andares con estos tacones y tu cojera no íbamos a tener competencia en la pista. —Ambos reíamos—. No me has respondido.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Por qué te has ofrecido a bailar conmigo?

—Quería ser cortés. —Se encogió de hombros.

—Pues a la rubia la has dejado con tres palmos de narices.

—Ah, ya. —Se estremeció—. Con dos eses asusta, ¿no crees?

Volvimos a reír.

—¿Y yo no te doy miedo? —intenté que sonase a flirteo, pero estaba demasiado oxidada.

—No —tardó en contestar después de mirarme con detenimiento—, pareces normal, ¿a qué te dedicas?

—Se supone que soy artista, pintora, pero mi principal problema para hacerlo realidad es que soy —di un largo suspiro— normal.

—No veo dónde está el problema. Para hacer mi trabajo debo ser muy normal y pasar lo más desapercibido posible.

—¿Eres un agente secreto o algo así?

Acercó su boca a mi oreja y susurró:

—Si te lo dijese ya no sería secreto.

Me estremecí al sentir su aliento tan cerca. Él rio y se disculpó

porque tenía que ir al lavabo. Alberto se acercó a mi mesa y se sentó en la silla de la señora gorda.

—¿Qué tal? —Me dio un codazo—. Veo que has hecho un amigo.

—No es mi amigo —fingí indiferencia—. Es que tenía que hablar con alguien, me habéis arrastrado hasta aquí para eso, ¿no? Además, ¿qué otra cosa podía hacer si me has abandonado durante toda la cena?

—Sí, se te veía tan mal. Pobrecita.

—No te burles de mí.

—De acuerdo, te dejo a solas con tu amigo.

Alberto me guiñó un ojo antes de salir corriendo hacia la pista de baile mientras Álex volvía a ocupar su asiento.

—Me lo estoy pasando muy bien, pero debo irme.

—Yo también he cumplido. No creo que se den cuenta de que me he ido. ¿Vienes por parte del novio o de la novia?

—¿Qué? —La pregunta le pilló desprevenido—. Ah, no, ninguno de los dos me ha invitado, me he colado.

—¿Bromeas? —Me resultó divertido.

—No, ha sido muy fácil, solo tuve que esperar hasta el último momento. Siempre falla algún invitado.

—¿Las bodas son tu especialidad o también te dedicas a bautizos y comuniones?

—Es por trabajo. No sigas preguntando —dramatizó— porque no te lo puedo contar, ya sabes, es un secreto. —Hizo una larga pausa y después rio—. ¿Compartimos taxi?

—Había pensado en volver a casa dando un paseo. —A esas horas el metro estaba cerrado y no creí conveniente confesarle a un desconocido mis miedos.

—Te acompaño. —Se levantó y me cedió su brazo.

—Hay más de una hora de camino, pensé que tenías prisa.

—Mi urgencia es por salir de la fiesta. No quiero que me descubran, ya he tentado bastante a la suerte.

La noche era calurosa, pero de vez en cuando soplaba una brisa refrescante, convirtiéndola en ideal para pasear. A riesgo de coger una infección me descalcé para no romperme un tobillo con los tacones. Envié un mensaje de texto a Alberto para que no se preocupase. Hacía semanas que no salía a la calle, y que a esas horas de la madrugada no hubiese casi nadie hacía aún más agradable el paseo. También ayudaba el caminar al lado de Álex, al

que empezaba a ver de una forma distinta, ya no me parecía tan normal, sobre todo, después de haber metido la cabeza en una fuente para quitarse la gomina que mantenía su pelo con la raya a un lado y así pudiese hacer juego con el chaqué. Envidié ese acto espontáneo porque a mí se me estaban clavando las horquillas en el cuero cabelludo y me tiraban los pelillos de la nuca, pero no me atreví a hacerlo por miedo al desastre en el resultado final.

—Vuelvo a ser yo —dijo orgulloso y aliviado al verse reflejado en un escaparate.

No estaba mal ese «yo» suyo recuperado. Cuando su cabello se secó me di cuenta de que su pelo alborotado era de color castaño claro, con algunos reflejos cobrizos que combinaban bastante bien con sus ojos color miel escondidos tras unas gafas de pasta muy finas de color naranja. Además, durante el rato que caminé cogida de su brazo pude comprobar que debajo de aquella holgada chaqueta se ocultaba un cuerpo fuerte, no demasiado musculado, pero sí firme. Me pregunto si los demás serán conscientes de la sutileza que me gasto para hacerles un chequeo a fondo en milésimas de segundo.

—Bueno —Álex rompió el silencio—, ¿qué pintas?

—No pinto. Mi cabeza está vacía.

—¿Pues cuál es tu estilo, tus modelos?

—Antes de la nada solo eran garabatos. —Me encogí de hombros —. No hay nada que me estruje el corazón y sienta la necesidad de plasmarlo en un lienzo. Últimamente soy insensible a todo.

—¿Has probado a pintar lo que deseas? Una especie de imagen futura.

—Pintaría el lienzo de negro, pero solo me daría para un cuadro.

—Todos los grandes han tenido algún tipo de estímulo artificial — Me guiñó un ojo, reafirmando que no era normal, ¿en qué momento se había vuelto tan atractivo?—, ya me entiendes.

—No pienso tomar drogas ni estar borracha todo el día para ser creativa.

—Me refería a hacer un viaje, oír música… No creo que todos los artistas tengan que llevar una vida desordenada llena de drogas y alcohol. Cada uno tiene que encontrar su estímulo, un aliciente, no solo para pintar, sino para levantarse cada mañana.

—Puede que tengas razón y es posible que antes de encontrar la inspiración deba encontrar una razón para seguir respirando.

—¿Te encuentras bien? —Me acarició la cara, con gesto

preocupado y yo me estremecí al sentir su piel contra la mía.

—Tranquilo, solo estoy cansada, descalza y empiezo a tener frío. Ya casi hemos llegado a mi casa.

—Un problema menos. —Puso su chaqueta sobre mis hombros y miró su reloj—. Estamos al lado del Rastro y a estas horas deben empezar a montar los puestos, seguro que hay algún amable tendero dispuesto a vendernos un calzado más cómodo antes de la apertura, ¿qué te parece?

—Pero si mi casa está a tres calles —me quejé—, allí puedo coger lo que necesito.

—Acabas de lamentarte porque en tu vida no hay cosas emocionantes, ¿por qué no te arriesgas a vivir? ¿O es que no te caigo bien?

Cómo resistirme a esa mirada color miel ansiosa y esperanzada por obtener una respuesta afirmativa. Llegamos al Rastro y lo único que encontramos fue un amable tendero dispuesto a vendernos unas zapatillas a cambio de que le ayudásemos a montar el puesto. Aunque la estructura era de aluminio y no pesaba demasiado, terminé agotada de ensamblar los tubos y de ajustar las lonas, aunque no me quejé, porque nos divertimos mucho. Finalmente, el vendedor nos regaló un par de zapatillas a cada uno por haber hecho tan bien el trabajo.

Álex seguía con ganas de pasear y a mí me apetecía estar en su compañía, así que decidimos comprar café y bollos y desayunar tirados en la hierba del Parque del Retiro, en los parterres de los almendros.

—¿Has vivido siempre en Madrid? —Asentí—. Yo también. Seguro que hay lugares que no has visitado o cosas que no has hecho porque consideras que son típicas de los turistas. Por ejemplo, yo solo he visto el Museo del Prado con el colegio y no he vuelto para disfrutarlo. Podríamos ir, a lo mejor encuentras inspiración.

—¿Pretendes hundirme en una depresión profunda? Cuando voy a un museo con lo único que me encuentro es con un complejo de inferioridad impresionante. Ahora mismo no es buena idea.

—Vale —respondió de forma cansina—, lo dejaremos para otra ocasión.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que habrá otra ocasión? —Reí.

—Si nos hemos encontrado una vez, ¿por qué no dos? —Sonrió y yo tosí porque me olvidé de respirar. Es que tiene una sonrisa increíble.

—Las barcas —pude decir tras la conmoción de su sonrisa—. Nunca he subido a las barcas del estanque.

—Sus deseos son órdenes, princesa.

Me cogió de la mano y fuimos a alquilar una de esas barquitas. ¿Princesa? No era muy original, pero estaba muda y me sentía flotar y no precisamente porque estuviese sobre el agua. Lo estaba pasando como hacía tiempo no lo pasaba. Álex era amable, atento, muy divertido y físicamente mejoraba a medida que pasaban las horas a su lado. Navegar parecía tener su gracia hasta que lo intentamos y nos dimos cuenta de que no teníamos ni idea de remar, solo éramos capaces de dar vueltas, así que decidimos quedarnos quietos, a la deriva.

—Creía que a los agentes secretos no se os resistía nada.

—Soy más de persecuciones con lanchas motoras —respondió levantando una ceja para hacerse el interesante.

Nos reímos con tantas ganas que la barca empezó a tambalearse y temí caerme a la nada cristalina y maloliente agua.

—¿Estás cansada? ¿Sigues queriendo irte a casa? —preguntó cuando logramos estabilizar la embarcación.

—Me lo estoy pasando muy bien, eres muy divertido. Además, no me puedo ir hasta que no hagamos realidad tu deseo madrileño.

—No es muy castizo, pero puede estar bien. —Álex remaba hasta el embarcadero esforzándose en mantener una trayectoria recta—. Siempre he querido subir a uno de esos autobuses rojos de dos plantas que recorren la ciudad.

Las personas con las que nos cruzábamos por el camino y las que esperaban en la parada del autobús nos miraban entre divertidos, asustados y sorprendidos al ver nuestros atuendos que combinaban la elegancia de nuestros cuerpos con la comodidad de nuestros pies. Si alguien se quedaba demasiado tiempo mirándonos, Álex me cogía de la mano y me hacía girar sobre mí misma, como si estuviésemos bailando. Echaba de menos reírme de aquella forma y olvidarme durante un momento de lo que piensan los demás.

Subimos al autobús, por supuesto, al descapotado piso superior porque ese era el deseo de Álex. Como era domingo apenas había tráfico ni ruido. Desde aquella perspectiva la ciudad parecía distinta. Cerré los ojos para poder disfrutar del aire que me acariciaba la cara y aproveché para inspirar hondo porque era el primer aire que llenaba mis pulmones después del accidente sin que me sintiese culpable por

seguir respirando.

Tras una sesión de fotos por parte de los turistas japoneses que nos tomaron por una atracción más de la ciudad, Álex me invitó a comer en un restaurante cerca de mi casa, donde me conocían y ya no tenía tanta gracia ir hecha un espantapájaros, así que volví a ponerme los tacones infernales y guardé las zapatillas en la bolsa, junto a los zapatos de mi acompañante, que prefirió seguir con su calzado cómodo. Después de comer sugerí que el café nos lo tomásemos en mi casa y Álex aceptó encantado.

Alberto es un cielo. Había recogido la cocina, el baño y había hecho la cama, y a juzgar por el olor a suavizante, juraría que también se había molestado en cambiarme las sábanas. Hasta que no me tumbé en el sofá no reparé en que la pierna de la operación me estaba empezando a dar la lata. Álex insistió en ocuparse del café para que yo me quedase medio tumbada y con la manta eléctrica sobre el muslo. Di gracias porque la sesión de belleza para la boda incluyese una depilación a conciencia.

—¿Sientes alivio? —se preocupó mientras dejaba los cafés sobre la mesita.

—Un poco, aunque sería más rápido con un analgésico, pero no puedo tomarme nada porque todavía me estoy desintoxicando por haber estado varios meses usando calmantes muy fuertes.

—¿Qué te pasó?

—Tuve un accidente y me tuvieron que operar porque me rompí el hueso por varios sitios —lo dije muy deprisa para quitarle importancia —. Estoy bien, solo que hacía demasiado que no daba un paseo tan largo. —Reímos—. Supongo que con el tiempo la cicatriz se verá menos. —Levanté el vestido dejando mi muslo a la vista con menos discreción que intención.

—Las cicatrices son sexys —afirmó mientras recorría el recuerdo de mi operación guiado por mi mano. Se me aceleró el pulso y la respiración.

—¿Tienes alguna? —pregunté casi susurrando.

—Apendicitis. —Su respiración también empezaba a agitarse.

Se desabrochó el chaleco, se levantó la camisa y apartó un poco el pantalón dejando al descubierto su blanca piel, no tanto como la mía, pero de una palidez delicada y suave. Su abdomen era liso, sin marcar demasiado sus músculos, y eso hacía que su cadera resaltase y justo en ese hueco se encontraba la cicatriz.

—Tiene más relieve que la tuya —susurró mientras guiaba mi mano sobre el pequeño defecto. Tuve que contenerme para no darle un mordisco. La hendidura por encima de la cadera era una de mis debilidades.

Él acariciaba mi muslo y yo hacía lo mismo con su cadera muy lentamente, hasta que Álex, al mirar su mano, también vio su reloj y ahogó un grito.

—¿Ya es esta hora? Me tengo que ir —casi gimió—, lo siento, de verdad, ha sido un placer conocerte.

No solo me dejó con las ganas de seguir recorriendo su cuerpo en busca de alguna otra imperfección, si no que no me dio tiempo a despedirme porque cuando quise reaccionar ya se había marchado. Cuando decidí ir a la boda no tenía intención de pasármelo bien, ni de conocer a nadie ni mucho menos de tener sexo, pero las cosas habían cambiado bastante y me ponía de muy mala leche que Álex me hubiese dejado así, con las ganas.

A los diez minutos sonó el telefonillo.

—Soy Álex, creo que me he olvidado algo.

Le abrí sin contestar y cogí la bolsa con sus zapatos. Estaba dispuesta a tirárselos a la cabeza, pero cuando abrí la puerta me volvieron a temblar las piernas y a acelerárseme el corazón y no pude.

—Toma, olvidaste tus zapatos —dije seca, intentando mantenerme firme.

—Eh… no me refería a eso.

—Pues no he encontrado nada más. —Me estaba hartando.

—No habrás buscado bien. —Dibujó una sonrisa torcida.

Estaba muy enfadada e iba a soltarle cuatro verdades por haberme dejado de aquella manera cuando, de repente, me besó, bueno, nos besamos. Tuve que agarrarme a su cuello para no caerme. Era perfecto, delicado pero firme y con decisión. Lo atraje hacia mí a punto de perder el conocimiento por el deseo y la pasión, pero él se apartó.

—En serio, tengo que irme. —Intentaba normalizar su agitada respiración—. Créeme, nadie lo siente más que yo, pero de verdad, tengo que irme.

Cogió sus zapatos y desapareció en el ascensor. Pero ¿a qué estaba jugando este imbécil? Me había dejado peor. Pero es que el imbécil besaba tan bien…, era tan guapo…, olía tan bien… Caí en que su aroma seguía conmigo porque aún llevaba puesta su chaqueta y eso me hizo albergar la esperanza de un nuevo encuentro, aunque

solo fuese para recuperarla. Inconscientemente cogí un bloc y unos lápices y lo llené con la cara de Álex, sus sonrisas, sus guiños de ojos, su cicatriz… Perdí la noción del tiempo acariciando el papel, con cada trazo imaginando que le acariciaba a él. Cuando me dolía tanto la mano que ya no era capaz de sujetar el lápiz decidí irme a la cama. Estaba amaneciendo y las cortinas seguían descorridas, tal y como las había dejado Alberto. Los rayos de sol empezaban a colarse en el dormitorio, una luz brillante pero no cegadora, una luz nueva para empezar una vida nueva.

Capítulo 2

Empecé la semana con mucha energía a pesar de haber dormido más bien poco. No podía dejar de pensar en Álex ni en mis sueños y tampoco podía quitar la sonrisa boba e involuntaria que se había apoderado de mi cara. La incertidumbre de no saber cuándo volvería a verle, a besarle —si es que volvíamos a coincidir—, hacía que me costase respirar hondo y el estómago se me pusiese en la boca, como cuando caes en picado montando en una atracción de feria. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que nos habíamos separado, pero a mí me parecía demasiado tiempo sin su compañía, sin sus payasadas, que tanto me hacían reír, sin su sonrisa, sin sus labios, sin sus manos…

Me di una ducha algo más fría de lo normal para intentar pensar con claridad, pero no sirvió de nada, porque cuando me estaba vistiendo encontré su chaqueta y, como una tonta, me la puse para flagelarme con su delicioso y excitante aroma. Descolgué varias veces el telefonillo del portal para asegurarme de que funcionaba correctamente, pues la única forma de volver a ver a Álex era que regresase a mi casa. No sabía nada de él ni dónde encontrarle y, si no aparecía pronto, tendría que esperar dos larguísimas semanas hasta que Lucas y Brittany regresasen de su luna de miel para pedirles su teléfono, siempre y cuando no fuese cierto que se había colado en la boda.

Entre mi naturaleza ya de por sí sufridora y que me había levantado con ganas y fuerzas suficientes, decidí enfrentarme a ese maldito lienzo en blanco y llenarlo de color y de vida con el retrato de la persona que me había devuelto la sonrisa. Empapelé las paredes del salón con los dibujos de Álex en distintas posturas. Tendría que hacer un gran esfuerzo para mantenerme concentrada y que no se me cayese el pincel al verle por todos lados. Es que era tan mono, tan fuera de lo normal, era extraordinario.

Alberto fastidió mi trance artístico al abrir la trampilla y colarse en

mi salón.

—Julia —Se quedó estupefacto al observar con detenimiento los dibujos—, ¿no crees que ya tenemos suficientes problemas como para que ahora también te denuncien por acoso? —Rio.

—Muy gracioso —contesté molesta—. Voy a pintar un cuadro y necesito tener varias perspectivas a falta del modelo al natural. Hola, Daniela —saludé a la niña que se escondía detrás de Alberto y no recibí respuesta.

Daniela era mi sobrina, mi única sobrina. Era una niña muy deseada y querida por sus padres porque Lucía había tardado mucho tiempo en quedarse embarazada y, tras varios molestos tratamientos de fertilidad, al fin llegó su niña. Tenía siete años, era alta y algo huesuda como su padre y tenía el pelo rubio y los ojos verdes como su madre. A mí nunca me han gustado los niños porque siempre están tocándolo todo con sus manos pegajosas, huelen raro y se pasan el día entero haciendo preguntas a las que ni el más ilustre de los filósofos sabría responder. Por eso nunca hemos estado muy unidas y después del accidente no me siento cómoda con ella, porque estoy convencida de que cuando me mira piensa: «Por tu culpa me he quedado sin madre, hija de puta». Bueno, puede que con otras palabras, pero seguro que lo piensa y tiene toda la razón, aunque no sabe que doy gracias a quien tenga que dárselas porque estuviese en el colegio y no viniese con nosotras, como tantas veces había hecho.

Daniela tendría que repetir el curso porque cuando se enteró de la muerte de su madre dejó de hablar, de prestar atención y de relacionarse. Alberto y la terapeuta del colegio creyeron conveniente que el resto del curso lo pasase en casa para que las burlas de los otros niños no empeorasen su situación. Mientras mi cuñado trabajaba o se encargaba de mí, la niña pasaba el tiempo con Tita, una mujer algo mayor para ser niñera, pero parecía gustarle a Daniela y cocinaba de miedo, o eso me parecía a mí, ya que me había estado alimentando todo este tiempo con sus guisos.

—Mira, Daniela —Alberto señaló uno de los dibujos—, este es el nuevo amigo de la tía Julia y, por lo visto, se lo pasaron muy bien.

—Pues sí, nos lo pasamos muy bien —contesté con desdén—, pero no de la forma que tú crees. Fue todo muy inocente.

—Que yo no creo nada. —Levantó ambas manos con las palmas hacia mí como señal de su inocencia—. ¿Qué hicisteis?, ¿ir al cine?

—Aunque no te importa, te diré lo que hicimos: paseamos en una

barca en el Retiro y luego subimos a un autobús turístico, ya sabes, de esos rojos.

—Muy interesante —Frunció el ceño y se frotó la barbilla de manera exagerada—, muy interesante lo del autobús.

—No es para tanto, tienes una parada en cada esquina. Deberías probarlo, merece la pena.

—Vaya, esto sí que es interesante.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto? —No quería enfadarme para poder pintar relajada, pero es que Alberto me lo estaba poniendo difícil.

—Nunca creí que llegaría el día en que tú me recomendases que me subiese a un autobús. Un autobús con sus ruedas, su volante, sus frenos…

Tenía razón, por mucho que me fastidiase reconocerlo, Alberto tenía razón. Estaba tan a gusto con Álex, no sé, me sentía tan segura, hipnotizada, que me había olvidado de mi fobia a cualquier vehículo que no fuese a pedales o por raíles. De manera inconsciente y sin ningún esfuerzo, junto a Álex, volví a ser un poco más yo misma.

—Bueno, ¿has venido solo para cotillear o quieres algo más? —zanjé el tema para que se olvidase del psicoanálisis.

—Sinceramente, para las dos cosas. Tita está enferma y es posible que no pueda venir en unos días, puede que necesite toda la semana para recuperarse. —Respiró hondo—. Ya sabes que eres la última persona a la que se lo pediría, pero es que mi madre está de crucero con tus padres y el resto de personas de confianza no pueden venir a cuidar de Daniela. Yo me tengo que ir a trabajar.

—¡No puedo hacer de niñera! —me quejé—. Lo siento, no es por ti, bonita —me disculpé ante la niña.

—Será muy fácil —empezó a emplear un tono de súplica—, se entretiene sola y por la comida no tienes que preocuparte porque tengo el congelador lleno de guisos de Tita. Por favor…

—Y si hay una emergencia, ¿la llevo al hospital en metro? —Empecé a sudar solo de pensar en que algo así pudiese suceder.

—Daniela es una niña muy sana y, a menos que juguéis con cuchillos, lejía o fuego, no tiene por qué pasar nada —explicó con sorna—. Pero si surge cualquier problema, me llamas y me presentaré aquí en menos de diez minutos. Todo irá bien. Además, no creo que os venga mal pasar algo más de tiempo juntas. Gracias.

Alberto le dio un beso a su hija y salió corriendo sin dejarme poner

otra excusa. ¿Qué le pasaba a todo el mundo últimamente que desaparecían de mi casa sin despedirse? Se estaban perdiendo las buenas maneras, ¿a dónde íbamos a llegar? Me estremecí al darme cuenta de que esas palabras eran propias de mi madre, lo que me faltaba, pensar como ella.

—Daniela —No sabía cómo iba a resultar aquel experimento, así que intenté que la niña se sintiese a gusto desde el principio. Ya era suficiente con que una de las dos se sintiese nerviosa e incómoda con todo aquello—, sabes que he estado muy malita y todavía no me he recuperado del todo —empleé el tono más dulce que pude—. No es que no quiera estar contigo, es que tengo miedo de no saber cuidar de ti.

La niña seguía de pie mirando la trampilla por donde había huido su padre, con ese aire de tristeza profunda y de desamparo total que siempre le acompañaba. Aunque aparentaba no hacerme caso, yo sabía que me escuchaba perfectamente.

—Yo voy a seguir pintando con estas pinturas de mayores —Le mostré varios tubos de óleo que no miró—, pero tú puedes utilizar todo esto.

Esparcí por la mesa témperas, rotuladores, lápices de colores y un bloc de dibujo. A todos los niños les gusta pintar, ¿no?, y con todo ese material sería suficiente para entretener a una guardería entera. Daniela no se movió y yo empecé con mi cuadro de mayores.

De forma automática, casi mágica, el arte fluía a través de mis manos y me hizo terminar el boceto enseguida. Quería que fuese realista, pero con un toque pop que reflejase el divertido carácter de Álex. No pude evitar sonrojarme al recordar el tacto de su suave y cálida piel mientras hacía las mezclas de color para conseguir el tono exacto para colorear su rostro. Estaba tan concentrada en conseguir reproducir a la perfección las facciones de Álex que había olvidado por completo que no estaba sola. Daniela se había sentado en el sofá sin tocar las pinturas que le había ofrecido. Eran casi las tres de la tarde y no me había interrumpido para pedirme la comida. Encargué una pizza familiar, mitad de pepperoni y mitad de beicon porque no tenía ni idea de los gustos culinarios de mi sobrina. No quiso comer ni moverse del sofá. Estuve a punto de llamar a su padre, pero decidí que no se trataba de una cosa tan grave como para molestarle en el trabajo.

—Si no te gusta pintar puedes poner la tele o traer tus juguetes y, si

tienes hambre, solo tienes que avisarme e intentaré prepararte algo que te guste, ¿vale? —Seguí sin obtener respuesta de aquella niña con la mirada perdida, recostada en mi sofá con los brazos caídos y las piernas colgando, como si estuviese muy cansada.

Decidí seguir pintando el retrato de Álex. Casi estaba terminado, solo faltaba el pelo. El pelo iba a ser lo más difícil porque tenía que ser muy natural, despeinado y con muchos reflejos. Mezclé varios tonos en la paleta y los deseché porque siempre quedaba demasiado oscuro, demasiado claro o de un color que no se parecía en absoluto al modelo real. Repetí las mezclas mil veces hasta que di con uno que podría servir, pero faltaba un toque de ocre.

—¿Dónde estará el ocre? —pregunté en voz alta mientras registraba mi maletín—. Tengo que encontrarlo, lo necesito para terminar el cuadro.

La impaciencia se apoderó de mí, llevándome a tal estado de ansiedad que me hizo revisar los tubos de pintura con violencia. Necesitaba terminar el cuadro que había empezado como una especie de ritual, y sentía que si no lo acababa ese mismo día me traería mala suerte y nunca más volvería a ver a Álex. Me tiré al suelo, desesperada y maldiciendo para mis adentros, por si se había caído debajo del sofá o de algún mueble, pero nada, ni rastro del ocre. Sentía que el corazón me iba a estallar por lo deprisa que latía y, cuando casi me hube abandonado a la resignación de aquella maldición inventada, un bracito asomó por encima de mi hombro. Daniela había encontrado el color que buscaba. No quise preguntarle dónde estaba porque sabía que no obtendría respuesta.

—Muchas gracias —La niña seguía sin mirarme a mí, pero sí fijó su vista en el maletín y creí comprender cuáles eran sus intenciones—, ¿quieres ser mi ayudante con las pinturas de mayores?

Daniela se sentó en el suelo y volcó el contenido del maletín en su regazo y lo tomé como un «sí». La niña resultó ser de lo más eficiente porque aparte de ser muy rápida consiguiéndome el color que le pedía, agrupó los tubos según la gama cromática. Me sorprendió descubrir que era una maniática del orden como su padre, que será todo lo psiquiatra que quiera, pero estaba algo más que obsesionado con ese tema, aunque no quisiera reconocerlo. Entre las dos terminamos el retrato, que quedó tan bien, que solo me hacía falta un conjuro para darle vida. Hasta que encontrase el conjuro o Álex decidiese volver, tendría que conformarme con babear admirando mi

obra de arte.

—Tenemos que dejar que se seque antes de colgarlo. —Por supuesto, pensaba colgarlo en mi dormitorio para poder darle las buenas noches—. Y nosotras tenemos que quitarnos esto de las manos. —Cogí las diminutas manos de Daniela y las froté con un paño—. Es lo malo de estas pinturas, que manchan mucho y las tenemos que lavar con aceite de linaza —le expliqué—. Huele un poco mal, pero funciona. Los pinceles los dejaremos en remojo. ¡Listo! Ahora vamos a lavarnos con agua y jabón.

Al volver del cuarto de baño hice una parada en la cocina y Daniela me siguió. Sentí hambre, pues casi era la hora de cenar, así que cogí un trozo de pizza fría que había sobrado. Ella me imitó, aunque seguía sin mirarme a los ojos. Cuando nos terminamos la pizza quité los dibujos de las paredes. Alberto tenía razón, parecía una acosadora. De repente, oí rasgar un papel y me giré para ver qué había pasado.

—¿Qué haces? —levanté un poco la voz y Daniela, que había arrancado uno de los dibujos, dio un respingo tan bruscamente que casi le hace perder el equilibrio—. Tranquila, no te asustes —suavicé el tono—. ¿Te gusta?, ¿lo quieres? Puedes quedártelo, pero no te vuelvas a subir a esa estantería porque no quiero que te hagas daño, ¿entendido? —La bajé al suelo—. Yo te doy mi dibujo, pero me tienes que hacer uno profesional. ¿Ves esto de aquí? —Señalé la esquina inferior derecha del lienzo—. Para que sea un dibujo de verdad tienes que firmarlo y poner la fecha del día en el que lo terminaste. Puedes hacerme el dibujo cuando quieras, no hay prisa.

Alberto llamó para interesarse por nosotras y le mentí diciendo que no había pasado nada fuera de lo normal porque Daniela estaba escuchando la conversación. Mi cuñado se disculpó porque le había surgido un imprevisto en el hospital, un ingreso de última hora, y se retrasaría bastante.

—Papá ha dicho que vendrá muy tarde —le informé—, así que mejor vamos abajo para que te acuestes. Yo me quedaré en el salón de tu casa viendo la tele hasta que regrese tu padre.

La tomé de la mano, pero ella se soltó y se echó en mi sofá dándome la espalda.

—Está bien —Tardé un poco en reaccionar, pero al final comprendí lo que quería—, puedes quedarte a dormir aquí, ¿pero no prefieres dormir en mi cama? Ese sofá es muy incómodo.

Daniela no se movió y yo no insistí en que se fuera. Traje su pijama

y su almohada y, mientras se cepillaba los dientes, puse unas sábanas en el sofá y una colcha muy ligera por si refrescaba. La niña se metió en la improvisada cama y la ayudé a arroparse. Volvió a colocarse mirando hacia el interior del sofá. Le aparté el pelo de la cara y le di un par de palmaditas en la espalda como «buenas noches». A ninguna de las dos nos gustaban demasiado las muestras de afecto.

—Si necesitas cualquier cosa, ya sabes que estoy aquí al lado. —Dejé encendida una lámpara para que no se asustase si se despertaba en mitad de la noche—. Hasta mañana, que descanses.

No eran ni las diez y, a pesar del intenso día que había vivido, no tenía sueño. La antena solo estaba instalada en el televisor del salón, así que puse una película en el reproductor de DVD: Vacaciones en Roma. Es la historia de una princesa que se escapa de sus obligaciones y de su rutina para poder vivir un poco a su aire, y se encuentra con un periodista que le enseña los rincones más exóticos de la capital italiana y los pequeños placeres de la vida sencilla. En las apenas veinticuatro horas que pasan juntos se enamoran, pero son conscientes de que ambos tienen vidas muy distintas e importantes obligaciones que no pueden ignorar. Aunque la película de Audrey Hepburn y Gregory Peck no acaba con los protagonistas comiendo perdices, a mí me parecía una elección de lo más oportuna después de los últimos acontecimientos ocurridos en mi vida.

Adoro las películas antiguas desde que era pequeña, aunque entonces no las entendiese demasiado bien. Mamá se quedaba hasta tarde viendo este tipo de cine mientras papá roncaba a su lado en el sofá. Yo me levantaba y, con mucho sigilo, observaba detrás del butacón donde se sentaba mi madre. Las películas me divertían tanto como la posibilidad de ser descubierta fuera de la cama a esas horas de la madrugada.

El olor a café recién hecho me despertó justo en medio de un bonito sueño, aunque raro, pues mezclaba mi día con Álex con la película de la noche anterior. No me atrevía a echar las cortinas por miedo a no volver a ver aquel maravilloso sol, y aproveché durante un instante para detenerme a disfrutar de la luz y de su calor antes de levantarme.

—Buenos días —saludó Alberto mientras recogía los restos de su desayuno.

—Buenos días, ¿y Daniela? —saludé a mitad de un bostezo.

—Se está vistiendo porque dentro de media hora tiene cita con el psicólogo. Por lo que he visto habéis congeniado muy bien, así que tranquila, no te preocupes, porque estaremos de vuelta en un par de horas y no te dará tiempo a echarla de menos.

—¿Lo dices porque ha dormido en mi sofá? —Me encogí de hombros—. Supongo que le daría miedo estar sola en una casa tan grande como la tuya y prefirió quedarse aquí que todo está más a mano.

—Claro, claro —me dio la razón sin terminar de creérselo—. Oye, he visto que has terminado el cuadro. Es perfecto.

—Tu hija me ayudó.

—¿En serio? —Su mirada se iluminó de emoción.

—Sí, yo le pedía un color y ella me lo pasaba. Hasta me ordenó los tubos por colores.

—Deberías venir y contarle todo esto al psicólogo de Daniela —sugirió saltando.

—Creo que tendríamos que esperar a ver si da otro paso. Siempre haces hincapié en que la tenemos que tratar con naturalidad y, si el psicólogo le habla sobre lo de ayer, tal vez no lo repita.

—A lo mejor tienes razón —respondió decepcionado.

—Había pensado enseñarle a pintar al óleo, si a ti te parece bien, claro. Parecía muy interesada.

—Por supuesto. —Miró el reloj—. Me voy, que llegamos tarde. —Me dio un beso en la frente—. Gracias por todo.

Después de tomarme el café, sin prisa alguna, fui a coger agua fría. Abrí la nevera y la volví a cerrar de un portazo. Las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo al ver que, sujeto con el imán de la pizzería, estaba colgado un dibujo de Daniela, con su firma y fecha. Me había dibujado a mí pintando el retrato de Álex y a ella ayudándome y, la verdad, estaba muy logrado para ser una niña tan pequeña. En ese momento me sentí una verdadera hija de puta, no solo por haberla dejado sin madre, sino también por haberla dejado sin tía durante tanto tiempo. El corazón me ardía por la emoción de saber que significaba algo para Daniela, pero el estómago me abrasaba por los remordimientos que me causaba el no haberme dado cuenta antes.

El resto de la semana continué cuidando de Daniela y, a pesar de que seguía sin hablar y sin mirarme, hicimos muchos progresos con la pintura porque la cosa no se le daba nada mal. También avanzamos

en cuanto a la forma de comunicarnos cuando le hice unas tarjetas del tamaño de los naipes, con dibujos para diferentes necesidades: frío, calor, hambre, sueño, cuarto de baño, etc. No hacía falta que me mirase, solo tenía que enseñarme la tarjeta adecuada para poder entendernos. Le tuve que explicar con mucho tiento que aquello tenía que ser un secreto, que solo las podía utilizar cuando estuviésemos solas, y que era muy importante no mostrárselas a su padre. Alberto no quería que le enseñásemos ningún tipo de lenguaje alternativo para que no se acomodase y así, se tuviese que esforzar en hablar para hacerse entender.

A Daniela y a mí nos iba bien, yo diría que se divertía conmigo, aunque no lo exteriorizase. Mi cuñado tuvo varias guardias seguidas, así que mi sobrina se quedó a dormir casi todas las noches, circunstancia que me obligaba a irme pronto a la cama y ver esas películas antiguas para poder tener dulces sueños con mi Álex.

El domingo por la tarde, me despertaron de la siesta unas voces en el piso de abajo y escuché con atención a través de la rendija de la trampilla que comunicaba ambas casas. Al principio solo oí a Alberto, pero después oí a la otra persona. Era él, era Álex. Al principio dudé, me extrañaba que fuese él, ¿qué iba a hacer él en casa de mi cuñado? El corazón me latía a trescientos por minuto, pero cuando eché un vistazo y confirmé que sí era él, realmente era él quien se dirigía a la cocina detrás de Alberto, el corazón me iba a tres mil por minuto. Me costó ponerme en pie, y no paré de tropezar hasta alcanzar el dormitorio y coger su chaqueta. Recé un padrenuestro para no caerme por la escalera. Estaba a punto de vomitar por los nervios, no podía creer que después de tantos días deseando que eso pasase, fuese a pasar. La emoción me embriagaba de tal manera que no pude evitar dar pequeños saltitos en lugar de caminar, pero frené en seco cuando los oí hablar. Espié su conversación detrás de la puerta y no pude avanzar ni un solo paso más por lo que escuché:

—¿Por qué no me lo contaste antes? Menos mal que Julia no accedió a acompañar a Daniela a su sesión. No debiste besarla —advirtió Alberto—, ese no era el plan.

—Ya sé que ese no era el plan —Álex respondió molesto—. Sé perfectamente que no tendría que haber pasado, pero se me fue de las manos. Julia no se merece esto, todavía es muy frágil y no quiero herirla. Además, sabes que no podría corresponderla porque no puedo abandonar a Jennifer, ahora menos que nunca, y casi cometo

ese error cuando estuve con Julia. Tengo que disculparme con tu cuñada, se merece una explicación.

—Hablaré con ella —Alberto se apresuró a ofrecerse—. Es mejor que por el momento te mantengas alejado. No sé cómo se lo va a tomar porque, por lo que he visto, ella sí se ha hecho ilusiones.

Las palabras de Álex hicieron que toda la emoción y la alegría me diesen la vuelta al estómago por completo, como si de un calcetín se tratase, y el calor del deseo pasó a ser fuego de ira. Valiente cabrón, besarme a mí estando con otra. ¡Cerdo! Era demasiado bueno para ser verdad. Seré gilipollas, encima le había estado esperando para ser rescatada, cual princesa encerrada en una torre. Dejé la chaqueta encima del sofá y volví corriendo a mi apartamento, subiendo los escalones de dos en dos. Me tumbé de nuevo sobre la trampilla y desde allí pude verlos salir. Álex-soy-un-capullo-mentiroso reparó en que aquella era su chaqueta. La cogió y se la llevó a la cara.

—Huele a ella —protestó Álex.

¡Ja! Pues claro que olía a mí, ¿a quién iba a oler si no? Me la había puesto durante casi dos días enteros. Para colmo quería que se la hubiese llevado al tinte antes de devolvérsela. Si lo llego a saber se la lavo, pero con agua del váter. Estaba tan furiosa que me castañeaban los dientes y las manos empezaron a dolerme porque se me estaban clavando los barrotes de la rejilla metálica que apretaba con mucha fuerza, volcando en ella toda la rabia que hubiese descargado sobre el cuello de Álex si hubiese tenido el valor de bajar a demostrárselo. En un arrebato encolerizado, me levanté como pude y cogí una bolsa de basura para llenarla con el cuadro y los dibujos del traidor.

—¿Qué haces, Julia? —me recriminó Alberto.

—No quiero más mierda en mi casa —respondí con desprecio. Sentía el fuego de la desesperación recorriendo mis venas.

—¿Estás segura de lo que haces? —su voz calmada desentonaba con mi excitación—. ¿Y si luego te arrepientes?

—No me arrepentiré —respondí con firmeza—. Por cierto, ¿puedo saber de qué conoces a Álex? —estaba tan alterada que comencé a gritarle—. Y no me digas que de la boda porque no cruzasteis ni una palabra en toda la noche.

—Es amigo mío y también es el psicólogo de Daniela. —Agachó la cabeza, parecía avergonzado—. Yo le invité al banquete.

—¡Claaaro! Ahora lo entiendo. Tu plan era que el psicólogo de niños me hiciese un chequeo. Pues, aunque me sigas viendo como a

una niña, te recuerdo que tengo casi treinta años.

—Como no quieres ir a terapia y yo ya no tengo más recursos, pensé que alguien de confianza podría ayudarte.

—¿Ayudarme? —grité con voz muy aguda—. Ayudarme a qué, ¿a sentirme especial y la más guapa del baile?

—Por ejemplo —Alberto se puso serio, como nunca le había visto, y también elevó el tono de su voz—, pero estaba pensando en otras cosas como subirte a un autobús o que volvieses a pintar.

—Pues no ha servido de nada porque me siento igual de mal que antes, pero con el extra de haber sido engañada —mis palabras salían con tanta violencia que escupía con cada consonante que pronunciaba—. No quiero verle nunca más, y tú, más vale que no me dirijas la palabra a no ser que lo hagas para disculparte.

—¿Has oído toda la conversación? —Alberto arqueó ambas cejas, sorprendido, pero también parecía que la situación le divirtiese, y eso a mí me enfurecía aún más.

—Por supuesto —Era mentira, pero había escuchado lo más importante y eso me bastaba—, y hace que me reitere en mi decisión. Déjame en paz, dejadme en paz los dos. Me voy a tirar la basura y a dar un paseo. Necesito aire.

—Julia.

—¿Qué? —contesté con tono desafiante.

—La niña. —Señaló con un brusco movimiento de cabeza—. Tengo que ir a trabajar, ¿recuerdas?

Cogí de la mano a Daniela y me la llevé a la calle sin mirar atrás. Durante un buen rato caminamos sin rumbo, yo con paso ligero y ella casi corriendo para no quedarse atrás.

—Tú podrías haberme dicho que Álex era tu psicólogo en cuanto viste sus dibujos, ¿no te parece? —Me arrepentí de haberle hablado en ese tono tan brusco al ver cómo se encogía—. La culpa no es tuya —seguí hablando, esta vez, de forma más amable—, es mía por no haberte hecho una tarjeta específica para una ocasión así. Claro, que quién se iba a imaginar que esto pudiese suceder. Cuando volvamos a casa, recuérdame que te haga más tarjetas por si surge otra situación rara, será una señal de peligro o algo parecido.

Daniela se paró en seco y sacó de su bolsillo el gran taco de las tarjetas y se puso a buscar durante un buen rato hasta que encontró la que ponía «sí».

—Tienes tantas tarjetas que casi no te caben en la mano. Sería

más fácil y rápido si las básicas las cambiásemos por gestos. Por ejemplo, la de «sí», «no» y «no sé», ¿qué te parece? —La niña asintió mirando al suelo—. Muy bien, sabes hacerlo. A ver qué tal te sale el «no». —Daniela movió la cabeza a un lado y al otro—. ¡Genial! Y…

No me dejó terminar de preguntar porque se adelantó a encogerse de hombros para demostrarme que sabía expresar la duda sin necesitar una tarjeta. Resulta fácil llevarte un niño a tu terreno siempre y cuando el niño quiera dejarse llevar, claro.

Entramos en un restaurante. Seguro que el vacío que sentía en mi estómago no era hambre, pero se estaba haciendo tarde para Daniela.

—No necesito ver la carta —Rechacé con la mano la cartulina que me ofrecía—, cenaremos tortitas.

—Lo siento, señora, pero la hora de las meriendas terminó hace una hora —respondió la camarera.

—No creo haber dicho que merendaríamos tortitas, lo he pedido para cenar. —Solo me faltaba que aquella adolescente de pelo grasiento recogido en una trenza me llevase la contraria.

—Pero no entran en el menú, le van a salir más caras —insistió.

—Ofrecen las tortitas en la carta, ¿verdad? Pues tráigame unas puñeteras tortitas y un vaso de leche a cada una, y si me tiene que cobrar cincuenta euros por cada bocado, hágalo, pero traiga las tortitas.

Había levantado un poco la voz y los de las mesas de alrededor nos miraban y cuchicheaban. A mí me daba igual, yo quería mis tortitas para cenar. Me encantaba cenar cosas de desayuno. Era una tradición que había empezado Lucía, algo que al principio era solo entre nosotras dos. Siempre me preparaba tortitas cuando mis padres salían a cenar o al cine. Con el paso de los años, se unieron a nuestro ritual Alberto y Daniela, y todos los domingos mi hermana y su familia subían a mi casa para cenar y todo olía a tortitas, chocolate y a caramelo casero. Aunque no me gustaba pasar demasiado tiempo en familia, no me perdía ninguna de esos desayunos para cenar porque durante una hora volvía a sentirme feliz, sin preocupaciones.

Las tortitas del restaurante no eran como las de mi hermana, pero el azúcar me ayudó a serenar mi tensión, aunque seguía muy enfadada y decepcionada, sobre todo, conmigo misma, por haberme hecho tantas ilusiones con respecto a Álex. Después de todo, apenas le conocía. Estaba claro que le había idealizado.

—No te preocupes, Daniela, tu padre y yo no nos hemos enfadado de verdad —quise explicárselo porque la veía algo más triste de lo habitual—. Lo que sucede es que se pone muy pesado y siempre quiere que estemos bien, protegernos, cuidarnos y, a veces, hay cosas que no podemos controlar ni solucionar, y se preocupa tanto que se enfada. Tiene que entender que no hay rosas sin espinas ni vida sin dolor. —Vaya, dos frases de mi madre en la misma semana. Empezaba a preocuparme—. ¿Me has entendido? —Daniela se encogió de hombros—. Lo que intento decir es que hay cosas que no podemos evitar, como, por ejemplo, el invierno. Aunque no nos guste pasar frío, ver a los árboles con las ramas peladas y que se haga de noche muy pronto, tenemos que aguantarnos porque no podemos hacer nada para impedirlo. Cuando nos topamos con este tipo de cosas, lo mejor es asumirlo y mirar el lado positivo. ¿Te gusta la nieve? —La niña asintió—. La nieve es una cosa buena del invierno. Y cuando llegue la primavera, ¿nos vamos a quedar en casa tristes porque sabemos que el invierno volverá? ¡No! No podemos dejar que tres meses de frío nos estropeen el resto del año, ¿qué te parece?

Daniela asintió, aunque no estoy muy segura de que hubiese entendido la metáfora. No sé por qué me empeño en dar consejos que no cumplo. Sé que el accidente fue un accidente y que no podría haber hecho nada para impedirlo y, aunque sea muy duro, no será lo único que me hará sufrir en esta vida. Solo necesitaba creérmelo. Oficialmente el invierno se había acabado, pero en mi interior seguía haciendo demasiado frío como para considerarlo primavera.

—Tengo que pedirle perdón a tu padre. —Daniela sacó la tarjeta correspondiente—. Gracias, pero prefiero utilizar el teléfono.

Envié un escueto mensaje de texto a Alberto diciéndole que lo sentía y que ya hablaríamos al día siguiente para arreglar nuestras diferencias.

Daniela volvió a pasar la noche en mi casa y yo me puse a ver unas de mis películas antes de dormir. Como no tenía el cuerpo para romances, elegí Crimen perfecto, nadie como Hitchcock para ayudarme a desconectar y, además, para darme la idea de planear un asesinato, el de Álex concretamente. Aunque me ayudó a conciliar el sueño rápidamente, no descansé demasiado bien ya que me desperté en varias de ocasiones sobresaltada por un par de pesadillas. Puede que no fuese tan buena idea quedarme dormida viendo ciertas películas.

A la mañana siguiente, la luz que entraba por la ventana ya no era especial, ya no sentía que el sol brillaba solo para mí. Puede que la luz fuese distinta porque casi era mediodía, pero no pude evitar sentir que el brillo y la calidez de esa luz se habían esfumado, al igual que el hormigueo de la ilusión por volver a encontrarme con Álex. ¡Álex, Álex, Álex! ¿Por qué no podía apartarlo de mis pensamientos? ¿Tan mal me sentía, que me enamoré del primero que se cruzó? ¿Enamorarme? Sí, estaba muy mal, fatal, si hablaba de amor al referirme a lo que había experimentado. Si no me había enamorado de nadie en veintinueve años, ¿cómo iba a estarlo de Álex en apenas unas horas? Eso solo pasa en las películas. Decidí convencerme de que solo se trataba de atracción física, como me había sucedido otras veces, pero pareció más intenso de lo que realmente fue porque era vulnerable y susceptible a cualquier tipo de atención o gesto de amabilidad. Eso había sido, una ilusión, nada más que un simple truco de trileros en el que aposté todo, dejándome llevar por la desesperación y, claro, por supuesto, como siempre que se apuesta contra un timador, se pierde.

Descubrí una nota de Alberto en la mesa de la cocina:

Buenos días, Julia:

Me he llevado a Daniela a su sesión de terapia y después iremos a hacer algo divertido porque hace mucho que no pasamos tiempo los dos solos.

Acepto tus disculpas, aunque no tenías por qué hacerlo. Llevabas razón, estaba equivocado, no necesitas ayuda y soy un pesado. Dado que fuiste capaz de salir anoche sin que nadie te obligase, considero que estás preparada para seguir tú solita con tu vida.

Supongo que como estás perfectamente, ya te puedes ocupar tú misma del coche. Está en el garaje cogiendo polvo y no sé si la batería se habrá descargado. No le vendría mal una revisión, por si acaso.

En fin, tú sabes lo que tienes que hacer con tu vida y con tu coche. No quiero darte órdenes porque, es verdad, eres una persona adulta y prometo tratarte como tal, así que lo único que puedo es hacerte una sugerencia de vez en cuando, siempre que me lo permitas, claro.

Un beso.

Alberto.

Junto a la nota estaban las llaves del garaje y del coche. ¿Qué se había creído? Me había dado cuenta perfectamente de que el tono de sus letras era más irónico que sincero. ¿No me creía capaz? Pues claro que podía hacerlo «yo solita». Cogí las llaves con rabia y bajé con decisión al garaje, con decisión y en pijama para no perder ni un segundo.

Me quedé paralizada a unos diez metros frente al coche. No pude evitar sentirme culpable por haber abandonado también a Piolín, que tan buen servicio me había prestado durante los cinco años que llevábamos juntos. Daniela había bautizado como «Piolín» al Seat Ibiza porque era del mismo tono que el dibujo animado. Al principio me daba un poco de vergüenza conducir un coche tan llamativo, pero es que en ese color estaba de oferta y lo preferí a la otra opción barata: un odioso azul, como todos los azules.

Se me partía el corazón al verle debajo de aquella masa de polvo y tan solo entre las frías columnas de hormigón, pero no podía. No podía moverme, una invisible barrera de pánico me impedía acercarme. A pesar de que el accidente lo había tenido con el coche de mis padres, al verme frente a otro vehículo, aunque fuese mi querido Piolín, se me revolvió el estómago, un sudor frío me bajaba por la espalda y se me empezó a nublar la vista hasta el punto de solo ver una mancha amarilla.

No pude hacer nada, bastante tenía con esforzarme para respirar. No podía. Solo conseguí comprobar que la batería funcionaba cuando al apretar los puños con fuerza para contrarrestar los temblores que sacudían mi cuerpo, también apreté la llave de forma involuntaria, las luces se encendieron y el cierre centralizado emitió su característico sonido al desactivarse.

Capítulo 3

Había pasado casi un mes desde la boda y, a pesar de que solo quería esconderme bajo las mantas, hacía lo imposible para que eso no sucediese, aunque mis únicas distracciones se limitasen a limpiar la casa e ir al supermercado de la esquina. Volvía a estar en el limbo, donde mi alma se había detenido a la espera de la redención o de alguna señal que me indicase el camino a seguir. No sabía qué hacer con mi vida, ni con mis miedos y remordimientos, que me atormentaban y me hacían tan doloso seguir respirando. No sabía qué hacer ahora que ya no podía escudarme en la recuperación de las heridas físicas. A pesar de que la pierna me dolía de vez en cuando, no era excusa suficiente para encerrarme en mi casa y en mí misma para evitar enfrentarme al otro dolor, al que no se podía operar y al que ni el más potente de los analgésicos podría calmar. Nunca hubiese imaginado que ciertos tipos de sentimientos podrían doler tanto o más que una herida abierta y convertirse en una auténtica tortura si no hubiese experimentado en mis propias carnes esa aflicción.

Daniela ya no pasaba tanto tiempo conmigo porque Tita había vuelto a cuidar de ella. Quién iba a imaginar que echaría tanto de menos a la niña, a sus tarjetas, a que durmiese en mi sofá y que escuchase mis monólogos sin sentido. Alberto intentaba mantenerse a una distancia prudencial y ya no estaba tan encima de mí, pero como no podía evitar ser cómo es, de vez en cuando teníamos una discusión de las nuestras solo para mantener viva la relación.

Todos parecían seguir con sus vidas. Me enfurecía esa frivolidad con la que habían aceptado la desaparición de Lucía, pero, por otro lado, sentía envidia, yo también quería pasar página, aunque no se me ocurría cómo hacerlo sin olvidar a mi hermana. Unos de los que siguieron con su rutina fueron mis padres. Era miércoles y, como todos los miércoles desde que se había prejubilado, mi padre vino a mi casa buscando refugio, huyendo de mi madre y de sus amigas, que

quedaban ese día para jugar a la brisca, pero no era más que una excusa para poder reunirse y despellejar a media ciudad. Mi madre no le había dicho nunca a mi padre que los miércoles por la tarde saliese de casa, pero el señor exdirector de banco era lo suficientemente inteligente como para escapar de aquel grupo de arpías.

—Te veo muy bien, Julieta. —Papá siempre me llamaba así cuando estábamos solos——. Estás algo más animada. Los antidepresivos no te sentaban nada bien, ahora casi eres del todo tú.

Él lo había descrito a la perfección, casi era yo, y aunque mi padre se mostraba esperanzado, yo no estaba tan segura de poder recuperar algún día esa parte que me faltaba para ser la de siempre.

—¿Qué tal el coche? —preguntó mirando las llaves que estaban encima de la mesita del salón.

—Tiene batería —respondí sin la menor emoción.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? Alberto dice que todavía tienes ciertos reparos para volver a conducir.

—No, gracias. No voy a sacar el coche solo para dar una vuelta. —Intenté que sonase a autosuficiencia—. Si tengo que ir a algún sitio lo sacaré del garaje y punto.

Mi padre sabía que le estaba mintiendo con una absurda excusa, pero no dijo nada, solo asintió mientras servía el batido de chocolate casero que había preparado. Siempre que estábamos solos nos tomábamos un batido. A mí ya no me hacían tanta gracia como cuando era pequeña, pero no quería decepcionarle ni arrebatarle ese momento en el que podía seguir teniendo a su pequeña Julieta.

—Hoy, aparte de venir a pasar la tarde contigo, he venido a advertirte… —Miró hacia ambos lados, como para asegurarse de que nadie nos espiaba—. Tu madre te está preparando una fiesta.

—Sabe que no tengo ánimos para celebrar nada.

—Pues lo va a hacer este sábado y será una fiesta de disfraces —murmuró con temor.

—¿Disfraces? —mi voz se volvió tan aguda que hizo que mi padre tuviese que masajearse las orejas para aliviar el dolor—. Mamá se aburre mucho, ¿verdad? No me apetece ir a ninguna fiesta y, menos, alquilar un disfraz.

—Eso es lo peor, Julieta —se lamentó—, tu madre tiene preparados los trajes de toda la familia, pero será un secreto hasta el mismo día de la fiesta.

—¿No podemos ir a comer a un asador como siempre? —me

quejé.

—Tu madre dice que es una ocasión muy especial. Creo que tiene razón —intentó animarme—, no se cumplen treinta todos los años.

—Confío en que será algo íntimo. Dudo que se ponga a gritar a los cuatro vientos que su hija pequeña cumple treinta porque enseguida se pondrían a hacer cuentas y, tal vez, alguien diese con su verdadera edad, que con tanto celo ha custodiado durante todos estos años —no intenté bromear, lo decía de verdad.

—No tengo ni idea, hija, es todo lo que puedo decir, porque es todo lo que sé. El sábado por la noche todas nuestras dudas serán despejadas —afirmó con voz misteriosa.

¿No se daban cuenta de que mi vida ya era suficientemente asquerosa como para tener que preocuparme por mi cumpleaños? Mi madre seguía siendo una egoísta, apenas habíamos hablado desde el accidente. La verdad es que nunca habíamos hablado demasiado, ni siquiera cuando era pequeña, porque nuestra relación no era ni buena ni mala, simplemente cordial, casi como la que se tiene con un vecino al que solo le hablas para saludar en el ascensor. Sabía que mi madre me quería, bueno, al menos que sentía algo por mí, ya que era su hija, pero tenía suficiente para presumir con Lucía y estar orgullosa de ella. Nunca tuve celos de mi hermana, al contrario, solo sentía admiración por ella, y por eso me fastidiaba tanto que mi madre se mostrase tan insensible ante la muerte de su hija favorita.

Me pasé el resto de la semana preocupada por el disfraz y por otra cosa en la que no había caído antes porque mi mente se mantenía ocupada con otros pensamientos. Treinta años. Iba a cumplir treinta y no me había tomado mi tiempo de reflexión. Mi tiempo. Tiempo que se agotaba, pues los treinta eran una especie de barrera donde se encontraban las metas que nos habíamos propuesto alcanzar en la adolescencia y, si no, era el inicio de la cuenta atrás. Cuando era pequeña creía que la gente de esta edad era vieja, pero yo me veía igual de bien que a los veinte hasta que no se me ocurrió peor idea que mirarme en el espejo de aumento del baño. ¿Desde cuándo mis maravillosos ojos azules estaban rodeados por arrugas? Mis pobres ojos se sentían intimidados por aquellos surcos en mi piel, cual pelotón de ejecución a punto de acabar con lo único que me gustaba ver frente al espejo.

Una oleada de desesperación invadió mi cuerpo. Cerré los ojos con fuerza para intentar apartar esa visión de mi retina, pero caí en la

cuenta de que ese gesto solo ayudaba a fortalecer a aquellas asesinas de miradas. Me armé de valor para inspeccionar mi cabello, casi pelo a pelo. Si tenía canas quería saberlo cuanto antes. Respiré aliviada al comprobar que seguía intacto, tan negro como el día de mi Primera Comunión. Menos mal, no creo que hubiese podido afrontarlo el mismo día que había descubierto que era tan vieja como había imaginado de pequeña que lo sería.

Empujada por el pánico corrí, en un intento desesperado por detener el tiempo, hacia el centro de belleza del que tan buenos resultados había obtenido el día de la boda.

—No te preocupes —la profesional intentó tranquilizarme al verme tan alarmada, pero no pudo evitar reírse. No me importaban las burlas siempre y cuando consiguiese una solución—, solo se trata de pequeñas líneas de expresión.

Qué tonta había sido al preocuparme tanto por unas simples líneas de expresión. Aunque el alivio me duró poco al pensar que con el tiempo se convertirían en arrugas permanentes de verdad. Menos mal que no se trataba de nada serio porque entre la limpieza facial, el peeling regenerador y unas cuantas cremas me gasté casi quinientos euros. No quería ni imaginarme el dineral que se gastaría mi madre para mantener su piel joven.

El sábado apareció Alberto para acompañarme a casa de mis padres, que era donde se iba a celebrar la maldita fiesta.

—¿Se puede saber qué haces? —gritó Alberto.

Mi cuñado me dio tal susto, que hizo que me diese en la cabeza contra el techo del congelador. Sí, qué pasa, tenía la cara metida dentro del congelador. Los efectos de las cremas no eran tan rápidos como pensaba, así que busqué en Internet algunos trucos caseros para acelerar el proceso. No me apetecía ir a la fiesta y menos me apetecía que mi madre criticase mi aspecto, aunque sabía que lo haría de todos modos, intenté disimular mis taras lo máximo posible.

Daniela, Alberto y yo llegamos en metro hasta el chalet de mis padres en Arturo Soria.

—Cumpleaños medieval —dijo mi padre, avergonzado, a modo de saludo.

Intenté salir corriendo, movida por el pánico, al ver a papá disfrazado de trovador, pero Alberto me agarró del brazo y me empujó al interior de la casa.

—Julia, tenías que estar aquí hace diez minutos —después de

reprenderme, mi madre me dio dos besos casi sin rozarme y lo mismo hizo con Alberto. Mamá lucía un disfraz genérico de cualquier madrastra de cuento de hadas, aunque ella se empeñase en decir que era una reina—. Menos mal que yo me ocupo de todo, si no, esto sería un desastre. Vaya, has traído a la niña. —Observó con desagrado, haciendo honor a su disfraz.

—Por supuesto —contesté al ver la descompuesta cara de mi cuñado, enrojecida y furiosa—, no se puede perder el cumpleaños de su tía favorita.

—Eso lo dirás porque no tiene otra tía —mi madre respondió con desdén.

—Ni tú tienes otra nieta. —Acababa de llegar y ya estaba furiosa.

—Y parece que así será siempre, porque de ti…

Estuve a punto de gritarle lo que pensaba de ella y dejar la educación y la cordialidad para los vecinos cuando mi padre nos arrastró a los recién llegados a mi antigua habitación, donde estaban nuestros disfraces. Alberto y yo nos miramos con indignación ante el comportamiento de mi madre, pero no quisimos decir nada por respeto a Daniela.

—¡Ay! —se quejó Alberto al mismo tiempo que se levantaba de la cama—. Estas mallas son inhumanas, me aplastan los huevos. —Me entró un ataque de risa—. Voy a preguntarle a tu padre cómo consigue caminar con esto.

La verdad es que para un hombre debe resultar difícil ir vestido de Peter Pan sin que su anatomía se resienta. La mejor parada con los disfraces fue Daniela. Papá había rescatado un traje de princesa de cuando Lucía y yo éramos pequeñas y parecía una muñeca. En cambio, yo era una campesina con falda dorada, corpiño azul, por supuesto, con mangas de farol y un lazo de raso rojo para adornar mi cabeza. Me sentía lista para salir a animar el desfile de un parque temático.

Me senté en el tocador y empecé a maquillarme y, por un instante, la mirada de Daniela se cruzó con la mía a través del espejo, pero ella la apartó rápidamente, como si la hubiese sorprendido haciendo algo malo.

—Se me había olvidado que las princesas también se pueden maquillar hoy—fingí que no me había percatado de su espionaje—, ¿quieres que te ayude?

Daniela se sentó a mi lado en la banqueta. No volvió a mirarme,

pero se le notaba entusiasmada a juzgar por la sonrisa que intentaba ocultar. Le enseñé a pintarse los labios sin salirse con un poco de brillo y también a rizar sus pestañas con máscara transparente. Por un momento volví al pasado, a ser una niña que miraba a su hermana mientras se maquillaba. Admiraba tanto a Lucía que intentaba imitarla y, cuando se arreglaba para salir, me dejaba maquillarme como ella. Ahora que Lucía no estaba para enseñarle estas pequeñas cosas a su hija, me sentía con la responsabilidad de, por lo menos, intentar llenar ese vacío. Se me partía el alma. Lucía era la mejor para estas cosas, como madre y como hermana mayor.

Mi madre nos mantuvo prisioneros en mi cuarto a papá, a Alberto, a Daniela y a mí hasta que se cercioró de que todos los invitados hubiesen llegado, para así poder hacer nuestra entrada triunfal. A pesar de ser mi cumpleaños, no quería ser la protagonista ni llamar la atención delante de a saber quién había invitado mamá, resultaba imposible creer que pasaríamos desapercibidos vestidos de aquella guisa. Más que los invitados a una fiesta, parecíamos un grupo de comediantes de provincias venidos a menos.

Fuimos anunciados con solemnidad tras el sonido de las fanfarrias. Alberto asía mi brazo con fuerza para que no me escapase y también para apoyarse, ya que seguía teniendo dificultades para caminar con normalidad. Apenas reconocí unas cuantas caras y me consoló comprobar que todos los asistentes también iban disfrazados y así sería más fácil esconderme entre la multitud.

—¡Felicidades, Julia! —Lucas y Brittany me estrujaron a la vez.

—Siento que os hayáis tenido que vestir así, pero me alegro de veros.

—Bromeas, ¿no? Es muy divertido —afirmó mi amiga con entusiasmo—. Tu madre siempre ha organizado muy buenas fiestas.

—Sí, es divertido, pero estos pantis me están matando —mi amigo se quejó intentando estirar la licra.

—Ven conmigo, Lucas. —Alberto le pasó el brazo por los hombros —. Alfonso tiene un truco para aliviar la presión, ya me entiendes. Julia, ¿vigilas a Daniela mientras vamos a buscar a tu padre?

—Eso, huid, cobardes —bromeó Brittany y todos reímos.

Nos pusimos a caminar por el jardín, que habían decorado con antorchas, cintas de colores y un cenador con techo de terciopelo bajo el que tocaban los músicos una dulce melodía. De vez en cuando se cruzaba un malabarista que jugaba con aros de fuego o un equilibrista

subido en zancos de gran altura. Daniela estaba boquiabierta, algo asustada y al mismo tiempo emocionada. Nos servimos unos canapés del bufet, por suerte, la comida era de este siglo, y nos sentamos en el banco que hay bajo el limonero, donde de pequeña me tumbaba durante horas a pintar.

—¿Qué tal la vida de casados? —pregunté para empezar una conversación en un intento por recuperar la confianza que una vez tuvimos.

—Pues igual de maravillosa que de solteros —Brittany suspiró—. Lo importante es estar juntos. Aunque no te voy a engañar diciéndote que la boda no ha servido para nada. Ahora tenemos un montón de electrodomésticos y la cuenta bancaria está un poco más abultada. —Reímos—. En serio, el viaje a Bali nos ha salido gratis. Bueno, y tú, ¿qué tal? Íbamos a llamarte, pero con la casa nueva se nos ha ido de la cabeza.

—No te disculpes, tonta. Supongo que estoy bien. —Hice una pausa—. Aunque tuve un momento de enajenación mental y casi os interrumpo la luna de miel.

—¿Y eso?

—Nada, una tontería. —Puse los ojos en blanco—. ¿Recuerdas que durante el banquete estuve hablando con un tío?

—Sí, claro, el amigo de Alberto. Le avisó a última hora, por eso llegó tarde y con aquellas pintas, pero aun así tenía su puntito.

—Ese mismo. Se llama Álex. Te iba a llamar para que me dijeses quién era y dónde localizarle porque no me enteré de que era amigo de Alberto hasta unos días después.

—¿Y tanta curiosidad? —Abrió aún más sus ya de por sí ojos saltones—. No me digas que te lo…

Le di un manotazo en la pierna para frenarla en seco al señalar discretamente a Daniela, porque estaba segura de que cualquier palabra que utilizase para terminar la frase no sería apta para los inocentes oídos de mi sobrina.

—Solo nos besamos una vez —le informé sin que mi voz expresase ningún tipo de emoción.

Daniela, que parecía ajena a la conversación, se volvió con brusquedad y me miró a los ojos con el ceño fruncido durante unos segundos y luego siguió, pensativa, mirando su comida. No creí haber dicho nada escandaloso como para que la niña reaccionase de aquel modo. Intentaría ser más cuidadosa con las palabras que pronunciase

delante de ella, pero no me preocupé demasiado, ya que era la segunda vez que se producía un contacto visual en menos de una hora.

—No sé qué se me pasó por la cabeza —continué con mi historia —. Me hice unas ilusiones absurdas, creí que me había enamorado en serio por primera vez en mi vida. ¡Hasta le hice un retrato!

—Pues sí que tiene que besar bien…

—Ya te digo —suspiré—, pero solo fue un arrebato, nada más, un calentón. —Miré a Daniela de reojo para asegurarme de que no había entendido el significado de esa palabra—. Luego descubrí que fue un experimento de Alberto y, además, Álex está con otra, una tal Jennifer.

Daniela dio un respingo y no pude averiguar cuál fue el motivo de su reacción, porque en ese mismo instante aparecieron Alberto y Lucas.

—Tu padre dice que le has traído una medicina. Te espera en la terraza del segundo piso. Nosotros nos vamos —Alberto cogió a su hija en brazos—, se está haciendo tarde para las princesas y también porque no aguanto más con estas mallas.

—Me voy con vosotros. —Reaccioné con desesperación.

—No gracias, no quiero padecer la ira de la señora Eugenia. —Fingió temblar de miedo.

—Traidor —contesté simulando enfado.

Acudí al encuentro con mi padre. Las medicinas a las que se referían no eran otra cosa que un par de minibotellas de whisky. El médico le había prohibido tomar alcohol, azúcar, sal y grasas y mamá era muy estricta respetando sus indicaciones. Yo era su cómplice en la lucha contra la dieta sana.

—Julieta, qué guapa estás, te sienta muy bien el disfraz de campesina.

—¿Es de campesina? —Me miré por todos los lados—. Vaya, con este traje, la melenita y mi nívea piel, llevo toda la noche pensando que era Blancanieves.

—Pues ahora que lo dices… —Ambos reímos.

—La que estaba muy rica era Daniela.

—Sí, me recuerda tanto a tu hermana, tiene sus mismos ojos. —Hicimos un largo silencio—. Me he fijado en que estáis muy unidas. Al ser tan introvertida, en cierto modo también se parece a ti.

—Aunque no hable es muy divertida. Hay mucha complicidad entre

nosotras. No sé cómo ayudarme a mí misma y me da mucha rabia no poder hacer más por ella.

—Es cuestión de tiempo, ha sido un duro golpe para todos.

—Pues mamá parece que necesitó poco para seguir con su vida.

—Julieta, tu madre también sufre, pero tiene extrañas maneras de expresar sus sentimientos.

—He traído la mercancía —quise cambiar de tema porque me resultaba doloroso y a papá se le empezaban a humedecer los ojos—. Me siento como uno de los esbirros de Al Capone durante la ley seca.

—Pues date prisa, porque por ahí viene Eliot Ness. —Se guardó los botellines entre las calzas—. Eugenia, ¿vienes a controlar la fiesta desde aquí arriba?

—Alfonso, ¿no estarás bebiendo? —Mi madre le arrebató el vaso de refresco y dio un sorbo—. Muy bien, querido, ya sabes que es por tu bien. —Sonrió como solo una malvada madrastra sonreiría—. De tu padre podría esperarlo, pero de ti, Julia, ¿se puede saber qué haces aquí? Vamos, baja a cortar la tarta y a relacionarte con los invitados.

Asentí mientras se alejaba.

—Papá, ¿crees que seguiré cabiendo en la despensa?

—Lo siento, Julieta, pero creo que hace como veinte años que no puedes ocultarte ahí, pero si encuentras otro sitio, que sea de dos plazas, por favor.

Desde pequeña empecé a detestar las multitudes, a los desconocidos y a las visitas, por eso, cuando venía alguien a casa me escondía en la despensa, que era un pequeño armario con una mosquitera en la puerta, desde el cual podía observar y escuchar lo que sucedía en la cocina y en el salón sin ser vista. Recuerdo el primer día que papá permitió que Alberto viniese a casa porque, según él, ya eran novios formales. En cuanto entró por la puerta, salí disparada hacia mi escondite, desde donde vi a Lucía darle un beso de forma furtiva y yo tuve que poner la misma cara que había puesto Daniela. Como todos sabían que era imposible convencerme de que saliese, no insistían, y yo podía pasarme horas espiando y dibujando a la luz de mi linterna de Snoopy. Como mis padres confiaban en Lucía, se fueron al cine dejándome a su cargo. Una vez los tres a solas, pensé que se olvidarían de mí, pero Lucía jugó sucio.

—Es una pena que Julia no quiera salir, porque hoy las tortitas me han salido mejor que nunca.

—¿Tortitas para cenar? —preguntó su novio extrañado—. Es un

poco raro, pero están buenísimas.

—Julia y yo siempre cenamos cosas de desayuno cuando nuestros padres no están. A lo mejor tendríamos que preguntarle si está de acuerdo con que tú también formes parte de esto.

Sabía perfectamente que lo hacían aposta y, entre que no quería alargar sus tonterías y que nunca me he podido resistir a las tortitas de Lucía, salí de mi escondite. Repartí las tortitas en tres platos, le di uno a mi hermana, otro a Alberto y el tercero me lo llevé a la despensa, pero no cerré la puerta, esa fue mi forma de decirle a Alberto que me caía bien y que le aceptaba en nuestro club. Ojalá hubiese podido esconderme en algún rincón sin que nadie me buscase, porque no me estaba divirtiendo nada en la fiesta de disfraces.

—Julia, aflójate un poco las cintas del escote, por favor —Mi madre parecía un pulpo abriéndome el escote, alisándome la falda y atusándome el pelo—, que ya no eres una cría. —Puso su cara muy cerca de la mía—. Deberías empezar a utilizar una crema para el contorno de ojos.

—Sí, mamá —fue lo único que pude contestar. Sabía que mis líneas de expresión no pasarían desapercibidas para la detective de los defectos.

Me cantaron «cumpleaños feliz», soplé las velas, las treinta, e hice el primer corte de la tarta de nata y fresas que tanto odiaba y que mi madre había encargado a pesar de saber que solo me gustaba la de chocolate. El corte no fue perfecto porque los de las fanfarrias se pusieron justo detrás de mí, y cuando empezaron a tocar me asusté y, debido al sobresalto, hinqué el cuchillo en un lateral en lugar de hacerlo en el centro de la tarta.

—No tienes remedio —me reprendió—, te has manchado la falda con nata.

—Si no llevase nata no me habría manchado. —No podía apretar más los dientes para tragarme todas las palabras que me pasaban por la mente.

—Sabes que de noche las tartas de chocolate resultan muy oscuras y las de nata son más vistosas. Mira, ¿te acuerdas de Víctor? —Me empujó a los brazos de un apuesto joven—. Es el hijo de mi amiga Pilar, que Dios la tenga en su Gloria. Creo que cuando erais pequeños alguna vez vino a casa y hasta jugasteis juntos.

—Sí —Me dio dos besos a modo de saludo—, es cierto que estuve

en su casa en un par de ocasiones, pero ella se había escondido en un mueble de la cocina y nunca pudimos jugar.

—Ah, sí, esta hija mía era muy rara de pequeña, algo estrambótica, pero ahora es normal.

Las palabras de mi madre sonaron totalmente falsas, como si estuviese vendiendo un caballo defectuoso e intentase desviar la atención sobre la tara. El caso es que nos dejó solos.

—A mí no me parecías rara. Al contrario, resultabas intrigante, misteriosa. Siempre me he preguntado cómo sería aquella niña que se escondía tras la mosquitera. Ahora que he conocido a la mujer en la que se ha convertido, he de decir que ni en mis mejores sueños hubiese imaginado tanta belleza.

Puede que Víctor no fuese disfrazado y se tratase de un príncipe encantado de verdad, encantado de haberse conocido, claro, porque desprendía tanta seguridad en sí mismo que solo había tardado diez segundos en lanzar la caña. Era alto, fuerte, de mandíbula ancha, pelo moreno, piel canela y ojos verdes, vamos, un Rock Hudson del siglo xxi. Iba disfrazado de príncipe azul y, a pesar del asqueroso color, las mallas y la armadura no le quedaban mal.

—Bailemos.

No me dio tiempo a rechazarle y, de pronto, me vi bailando un vals. Tuve que aguantarme las ganas de reír porque no podía dejar de preguntarme dónde se habrían metido los animalillos del bosque que no estaban bailando junto a Blancanieves y el príncipe azul.

—Aunque soy buen bailarín, te pido perdón de antemano por si te piso. No sé si seré capaz de mantener la concentración en el ritmo si sigo mirándote a los ojos. Son preciosos, me atrapan con ese color tan intenso e inusual.

—Gracias, nadie antes había halagado mis ojos —respondí con desgana. Aparte de modestia, también le faltaba originalidad. Qué lástima de cuerpo vacío.

—Me imagino que todo el mundo te dice lo de los ojos, pero quería esperar un par de canciones más para resaltar la belleza de tu canalillo, desde aquí tengo muy buena perspectiva.

¡Vaya buitre! Bajé la vista y casi me caigo del susto al comprobar que mi madre había dejado muy poco a la imaginación.

—Hace mucho calor, ¿no crees? Estos disfraces no son apropiados para el mes de julio. Voy a beber algo para refrescarme.

—Ahora mismo traigo unos refrescos —se ofreció muy

amablemente.

—Para mí un whisky, por favor.

—¿Con qué lo tomas?

—Con whisky —respondí de forma automática.

—¿Ni un hielo? —negué con la cabeza y él se encogió de hombros —. Pensé que querías algo refrescante. No te escondas, ahora vuelvo. —Me besó la mano y se marchó.

Lucas me abrazó por detrás y Brittany por delante. Estaba claro que habían venido a sonsacarme información. Los conocía perfectamente y sabía que no podían resistir la curiosidad.

—¿Y ese principito? —preguntó mi amigo con sorna.

—Estoy alucinando. Va a saco.

—Pues aprovecha, tonta. Te vendría muy bien un desahogo.

—Brittany, estoy desentrenada y, lo peor de todo, es que mi madre me lo ha presentado.

—Eugenia siempre ha tenido muy buen gusto. Mira a tu padre. —Rio Lucas.

—Si yo no digo que esté mal, es que me asusta.

—Julia, las palpitaciones que notas no están provocadas por el miedo. —La pareja volvió a reír—. No estás pensando con claridad. Tu madre te lo ha presentado para ver si sientas la cabeza. No se me ocurre mejor rebeldía contra Eugenia que tirártelo y no volver a saber nada de él.

—¡Pero si no le conozco de nada!

—Más misterio. Julia, no frunzas el ceño que te van a salir tantas arrugas como a mí, ¿ves?

Lo sentía por mi amiga, pero era un alivio saber que no era la única que sufría un envejecimiento precoz.

—No son arrugas —la quise tranquilizar igual que lo había hecho la profesional de la estética conmigo—, solo son líneas de expresión. La semana que viene quedamos y te llevo a un sitio donde nos solucionarán el problema.

—El sexo suaviza las líneas de expresión —dijo Lucas—, así que no te lo pienses y rejuvenece junto al principito.

Mis amigos me empujaron contra Víctor, con tanta fuerza, que casi le tiro las copas encima.

—Su whisky con whisky, señorita.

—Gracias. —Di un trago largo—. Ahora que tenemos las manos ocupadas será mejor que no bailemos.

—Sentémonos en aquel banco —se refería al banco donde horas antes había estado con Brittany y Daniela.

—Bien, el limonero mantendrá alejados a los mosquitos. —Pero pensé que el árbol nada podía hacer contra los moscones como él.

—Feliz cumpleaños, Julia, todavía no te lo había dicho. —Chocó su copa contra la mía.

—Gracias. —Di otro buen trago. Hacía tiempo que no bebía y con el calor se me estaba empezando a subir a la cabeza.

—Yo pasé mi treinta cumpleaños en un avión y no pude celebrarlo así. Es una fecha muy importante, el comienzo de una nueva etapa.

—Pues yo me siento igual que ayer, cuando tenía veintinueve. Has dicho que lo pasaste en un avión, ¿el día entero?

—Sí, rumbo a Australia. Viajo mucho debido a mi trabajo.

—¿En qué trabajas? —pregunté de manera automática porque, la verdad, no tenía ningún interés en saberlo.

—Soy el gerente de una multinacional y tengo que viajar por todo el mundo para abrir nuevos mercados.

—Hummm… Qué interesante. —Volví a beber para no tener que hablar.

—No creas, solo conozco los hoteles. Tengo treinta y dos años y necesito algo más tranquilo, ya me he cansado. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—A respirar. —Seguí bebiendo.

—Ojalá yo pudiese dedicarme a eso. —Miró al cielo y sonrió, dejándome ver que al hacerlo sus mejillas se marcaban con hoyuelos.

No sé si fue el whisky, los hoyuelos, el calor o una mezcla de todo, pero solo me apetecía besarle y, si la cosa se daba bien, seguir con el consejo de Lucas y Brittany. Apuré la copa de un trago.

—¿Qué bebes? —pregunté.

—Whisky con naranja.

—Perfecto, en mi casa tengo de eso, ¿quiere que vayamos? —Patético, lo sé.

—Claro. —Volvió a mostrarme sus hoyuelos.

Mi madre no puso ninguna objeción a que fuese una de las primeras en abandonar la fiesta porque lo hacía con su príncipe. Víctor había aparcado su Z8 gris metalizado en la puerta.

—No voy a subir en tu coche y, menos, si has bebido.

—Apenas he bebido, pero tienes razón, tomaremos un taxi.

—Un taxi tampoco.

A esas horas el metro estaba cerrado e ir caminando desde Arturo Soria hasta el centro era impensable y, menos, con nuestros disfraces. El alcohol y la necesidad me dieron fuerzas suficientes para reunir el valor necesario para coger un autobús nocturno.

—¿Me tomas el pelo? ¿Transporte público? —se quejó.

Resultó ser un clasista además de arrogante, pero me daba igual, solo me interesaba su cuerpo. Insistí en ir en autobús y le dije que era la única forma de venir a mi casa y, si era inteligente, sabría descifrar lo que eso suponía. Aceptó, aunque de no muy buena gana. Durante el trayecto permanecí callada mientras el gallardo y altanero príncipe no paraba de enumerar las ventajas de haber ido en su magnífico coche frente a ese cochambroso autobús. También sacó a relucir que tenía varias casas, incluso una en las Bahamas, y que su sueldo le permitía también llenar el garaje con algunos coches de lujo que solo unos pocos podrían conseguir. A mí me daba igual su fortuna, como si se trataba de un verdadero príncipe, no prestaba atención a sus palabras porque andaba distraída admirando su perfecto cuerpo de modelo de calzoncillos.

Cuando llegamos a la puerta de mi apartamento, me volví hacia él.

—Tengo que confesarte una cosa. —Él se mostró algo tenso ante mis palabras—. No tengo whisky en casa.

—Ya lo sabía —contestó susurrando en mi oído y comenzó a besarme el cuello.

Intenté abrir la puerta, pero me resultaba imposible hacerlo de espaldas, y temblaba tanto que al final se me cayeron las llaves al suelo. Víctor sonrió mostrándome sus hoyuelos, se agachó con elegancia, recogió las llaves, abrió la puerta y me invitó a pasar a mí primero. Cerré la puerta y lo empujé contra ella, le sujeté la cara con ambas manos y le besé en la boca. Con firmeza, pero sin demasiada brusquedad, fue él quien entonces me puso contra la puerta y comenzó a aflojar los cordones de mi corsé, besando lentamente cada milímetro de piel que iba dejando al descubierto. Le despojé de su armadura y de su camisa. Ese cuerpo no podía ser real, cada músculo estaba perfectamente definido y resaltado por el tono bronceado de su piel. Nuestras respiraciones se agitaban por momentos, me sentía mareada al sentir los pulsos en cada poro de mi piel. Estaba tan excitada que creí que sufriría algún tipo de embolia genital si esperaba más tiempo. Lo llevé al dormitorio y por el camino nos terminamos de desnudar el uno al otro. Me sentía un poco abrumada y, por qué no

decirlo, algo acomplejada porque nunca había estado con alguien como él, con un cuerpo digno de un dios del Olimpo, pero intenté suplir con hábiles caricias mi falta de perfección corporal.

—¡Mierda! —exclamé una vez tumbados en la cama—. ¡No tengo preservativos!

—Un príncipe ha de estar siempre preparado para cualquier batalla.

Me mostró una ristra de preservativos al mismo tiempo que sonreía con picardía. ¡Malditos hoyuelos! Es lo único que puedo recordar antes de perder la cabeza, tres veces. No es que mi experiencia sexual fuese extensa, pero suficiente como para decir que Víctor era el mejor amante que había tenido nunca. Llegué a una conclusión: hoyuelos significaban multiorgasmos.

Capítulo 4

Víctor ya no estaba cuando me desperté al día siguiente. Se había marchado. Me dio igual, casi lo preferí porque me costó mucho esfuerzo levantarme. Tenía agujetas hasta en las pestañas, estaba desentrenada y si no lo volvía a ver no importaba porque lo de la noche anterior me había dejado servida para un año. Mientras me duchaba, me venían recuerdos de las caricias de Víctor y no pude evitar llevarme las manos a la cara, algo avergonzada, y morderme el labio inferior para disimular una sonrisa. Llamaron a la puerta y casi me resbalo al perder el equilibrio debido al sobresalto.

—Hello! —saludó Brittany con una sonrisa tan amplia que mostraba hasta las muelas del juicio. Daba miedo—. Tu madre dijo que te habías dejado los regalos y nos ofrecimos a traértelos. —Pasó y siguió con su siniestra sonrisa mientras inspeccionaba el salón—. Lucas no ha podido venir porque tiene resaca, ya que para encubrir a tu padre se tuvo que beber también sus copas.

—Los regalos, ya, seguro que has venido por eso. —Desconfié.

—Claro —contestó con su tono más inocente.

—Estamos solas —le dije cansinamente—, así que deja de husmear.

—¿Qué insinúas? —Fingió indignación.

Puse los ojos en blanco y le ayudé a entrar las bolsas con los regalos. Brittany había traído un par de cafés y unos churros.

—Bueno, ¿qué?, ¿no me vas a contar nada? —Ya no podía aguantar más y descubrió el verdadero motivo de su visita—. ¿Qué tal con el principito?

—¿Quién? ¿Víctor? —Me hice la despistada—. Me acompañó a casa y se fue.

—Sí, por supuesto, y por eso está tu ropa tirada por el suelo.

—Ya sabes que soy un desastre con el orden.

—¿Y qué me dices de esas mejillas sonrosadas y ese brillo en los ojos? —Me dio un codazo—. Tienes la misma cara que cuando

perdiste la virginidad, me acuerdo perfectamente.

—Pues si te soy sincera —Hice una pausa para darle un toque solemne a mi declaración—, creo que hasta anoche no había dejado de ser virgen realmente.

—¡Joder con el principito! —Ambas reímos—. ¿Habéis vuelto a quedar?

—No, cuando me he despertado ya no estaba.

—¡Será cerdo!

—No, solo fue sexo. Además, así podré decir orgullosa que me tiré a un desconocido que estaba buenísimo. Porque no te imaginas cómo está sin ropa. —Un agradable calor recorrió mi cuerpo al recordarlo—. Me lo tomaré como un regalo de cumpleaños que alguien tan, tan, tan perfecto se haya fijado en alguien como yo. Eso solo pasa una vez en la vida, mejor dicho, una noche en la vida.

—¿En alguien como tú? Julia, eres tonta. Eres guapa, tienes un cuerpo perfecto que ya lo quisiera para mí y es muy agradable hablar contigo, ¿qué más quieres?

—Si no me quejo de mi físico, solo es que no soy tan despampanante como él. Bueno, y dejemos el tema por hoy que luego me toca contarlo dos veces cuando esté Lucas, ya sabes lo que le gustan los detalles escabrosos.

—¿Qué le vamos a hacer? —respondió algo decepcionada—. Tienes razón, mi marido es un cotilla. Ay, se me sigue haciendo raro llamarle así. Menos mal que yo no he venido a entrometerme en tu vida, simplemente he venido para intercambiar información.

—Yo no tengo nada más que contar, te toca.

—Verás —suspiró—, no debería, pero qué demonios, que Lucas hubiese tenido más cuidado con el alcohol. —Hizo una pausa mientras miraba su vaso de café—. Estoy embarazada.

—¿Enhorabuena? —Dudé, siempre dudo ante este tipo de revelaciones.

—¡Claro! Hacía tiempo que lo estábamos intentando.

—Pues, ¡enhorabuena!

Brittany me abrazó con fuerza e hizo que volviese a darme cuenta de lo que me dolía el cuerpo. Tal vez era el momento de ir a clases de yoga, pilates o de hacer algún tipo de ejercicio físico. Mi amiga no se quedó mucho más tiempo con la excusa de tener que cuidar de su marido, pero yo sabía que la verdadera razón era que no había sido capaz de sonsacarme más detalles de la noche de pasión

«victoriana». No tenía fuerzas ni ganas de moverme así que me entretuve abriendo los regalos. Aunque la mayoría eran invitados de mi madre que yo apenas conocía, se portaron bastante bien: tarjetas regalo valoradas en cien euros, un juego de pendientes con pequeños diamantes, un bolso de marca, un vale para un balneario, una cafetera de cápsulas y cosas así. Mi padre me regaló una edición especial de la colección de películas de Doris Day que me hizo mucha ilusión y mi madre, con el siniestro humor que la caracteriza, un libro de autoayuda titulado Después de los treinta todavía estás a tiempo de encontrar marido. Se había tomado las molestias de marcar las partes que consideraba importantes. No me enfadé, no podía hacer nada, mi madre era así y peor hubiese sido que me regalase ropa.

Dejé para el final el de Víctor. Sentía curiosidad por descubrir qué tipo de regalo le haría a una desconocida. Estaba segura de que se trataría de algo impersonal, por supuesto, pero dependiendo de si se decantaba por un cheque regalo, un libro o un artilugio para la cocina podría deducir si se trataba de un perezoso, una persona que intenta imponerte sus gustos literarios o alguien al que le han regalado por partida doble un electrodoméstico y quiere darle salida. Dentro de la caja había una orquídea. Empezaba bien, a todo el mundo le gustan las orquídeas. Si solo hubiese sido la flor habría dicho que Víctor era un hombre elegante, algo ostentoso pero delicado y con buen gusto. Pero deduje que era un estúpido, engreído, narcisista y arrogante que, seguramente, le había encargado el regalo a su asistente cuando leí la tarjeta que la acompañaba: «Querrás volver a verme», y debajo de la frase apuntó su número de teléfono móvil. ¿Perdón? ¿El príncipe engreído tenía planeado acostarse conmigo? Tanta seguridad en sí mismo me irritaba. Por un instante, hasta me pasó por la mente que se trataba de un gigoló contratado por mi madre para levantarme el ánimo, pero deseché la idea porque mi madre se había pasado toda la vida hundiendo mi autoestima y no iba a cambiar ahora y, también, porque las fuertes convicciones morales de la señora Eugenia eran demasiado sólidas como para contratar ese tipo de servicios.

¡Valiente gilipollas, chulo vanidoso! Me puse a deambular por la casa gruñendo y maldiciéndole. Estuve a punto de llamarle por teléfono para decirle lo que pensaba de su regalo y de su persona, pero decidí que ni siquiera se merecía eso. Estaba furiosa. En circunstancias normales habría cogido el coche para conducir sin rumbo fijo hasta que me consiguiese calmar, pero no era capaz de

hacerlo. De solo imaginarme al volante se me revolvía el estómago y comenzaba a temblar. Puesto que no podía escaparme por la carretera decidí intentarlo en el garaje. Cogí un par de bayetas y jabón del cuarto de limpieza del conserje y la manguera. Al lado de cada plaza había una toma de agua donde poder conectar la manguera y en el suelo un desagüe para desalojar el agua. Normalmente le pedíamos a Samuel, el conserje, que se encargase de estas cosas y le dábamos una propina, pero esta vez lo iba a hacer yo sola, necesitaba lavar el coche y dejarlo impecable, ya que no podía hacer lo mismo con mi conciencia. No es que me arrepintiese de haberme acostado con Víctor, lo que no soportaba era el hecho de habérmelo pasado bien olvidando por completo todo lo que había sucedido en los últimos meses. Sentía remordimientos por haber intentado seguir con mi vida y quitar la porquería era mi expiación.

Froté con desesperación varias veces, me empapé y me saltó jabón a los ojos, pero no me importó porque era insensible, ni siquiera me molestaron las agujetas. Antes de aplicar la cera debía esperar a que se secase por completo, así que decidí continuar con el interior. Abrí todas las puertas para esquivar la sensación de claustrofobia. Inspiré hondo varias veces antes de intentar introducir la cabeza, pero rápidamente volví a sacarla. Me apoyé en la puerta porque me sentía mareada, se me nublaba la vista, sentía náuseas y las manos me sudaban. Me concentré en mi respiración para que fuese más lenta y me agarré con fuerza a la puerta. Intenté razonar con mi cerebro: «Vamos, ambos sabemos que no vamos a movernos. Solo voy a pasar un trapo por el salpicadero». Mi cerebro se mostró comprensivo y generoso al permitirme que, poco a poco, entrase en el coche sin sufrir taquicardia. Tenía la boca seca y no me sentía cómoda del todo, así que recordé el consejo que me dio mi profesor de la autoescuela el primer día de clase: «Si el silencio te pone nerviosa, pon la radio». Eso haría, encender la radio para no escuchar mis ridículos pensamientos. ¡Mierda! Para oír la radio tenía que encender el coche. Había llegado hasta allí y no estaba dispuesta a detenerme por un nimio detalle como aquel. «No vamos a movernos», me repetí y con la mano temblorosa introduje la llave en el contacto y, de una patada, presioné el embrague. Cerré los ojos con fuerza y saqué todo lo que pude la cabeza fuera del vehículo al girar la llave, como si esperase una explosión. Arrancó a la primera y no hubo ninguna explosión, salvo la del motor al encenderse y, tal vez, una microscópica en mi

torrente sanguíneo. Al oír el familiar murmullo del motor de mi coche me invadió la nostalgia.

—Lo siento, Piolín —empecé a hablar en voz alta—, siento haberte dejado aquí solo, es que últimamente lo he pasado bastante mal, ¿sabes? Lucía ya no está, se ha muerto —me di cuenta de que era la primera vez que decía esas palabras en voz alta y sentí como si una bala de cañón atravesase mi cuerpo. No era tanto el dolor como el agujero, el vacío que sentí al pronunciar aquello—. Siento comunicarte que ya no volverás a oler igual, yo no sé hacer la mezcla de cáscaras de naranja y de limón que hacía ella. —Hasta para mantener el aroma fresco de mi coche necesitaba a Lucía. Le echaba mucho de menos —. Tendremos que conformarnos con un ambientador industrial. —Me encogí de hombros—. Te mantendré limpio y te prometo que vendré a visitarte todos los días, aunque lo de dar una vuelta… Eso será más complicado.

El móvil, que estaba en mi bolsillo, sonó estrepitosamente, lo que me hizo dar un respingo y activar el limpiaparabrisas de un manotazo. Al ver la luna empapada me hizo recordar el día del accidente y lo difícil que me resultaba achicar el agua para apenas conseguir unos segundos de visibilidad de la carretera. Estaba paralizada por los recuerdos hasta que me estremecí al oír en mi cabeza el impacto entre los dos vehículos. El sonido era tan real como si estuviese volviendo a suceder. Apagué el coche y salí corriendo del garaje, no sin antes besar la palma de mi mano y pasarla por el capó, acompañando ese gesto con un sincero «lo siento» entre susurros.

Casi no me dio tiempo a llegar al baño de mi casa para vomitar. Me encontraba muy mal, sentía mareos, tenía sudores fríos y me dolía el pecho. Abracé mis rodillas y me quedé hecha un ovillo en el suelo del baño, con la cabeza escondida entre las piernas mientras el teléfono sonaba con insistencia.

—¡Julia! —Alberto exclamó al verme tirada y corrió hacia mí—. ¿Qué te pasa? —Negué con la cabeza—. Vine a buscarte para pedirte que te quedaras con Daniela y, como no estabas, me fui a mi casa para llamarte. He vuelto a subir al oír la melodía de tu móvil. Estás empapada, ¿estás bien? —Volví a negar con la cabeza aún metida entre las piernas—. ¿Qué has hecho? —se dirigió a mí con una mezcla de preocupación y reprimenda al tiempo que me obligaba a mirarle a la cara—. Dime, ¿qué has hecho?

—Lavar el coche —respondí con un hilo de voz antes de volver a

vomitar. No quería hablar para contener las náuseas, pero no me quedó más remedio ante su insistencia.

Alberto me sujetó el pelo y me acarició la espalda para tranquilizarme. Me preparó una infusión de tila para calmar los nervios y manzanilla para el estómago.

—Llamaré al hospital para decirles que no puedo ir.

—Estoy bien, Alberto. —No era del todo cierto, pero empezaba a notar mejoría—. No te preocupes por mí.

—No me lo creo, pero lo tendré que aceptar. Llevaré a Daniela con mi madre. —La niña se sentó en mi regazo—. Disfrutáis llevándome la contraria, ¿verdad? —aseguró divertido—. ¿Podrás cuidar de ella?

—Sí —respondí—, solo necesito echarme un rato.

—Se lo preguntaba a Daniela. —La niña asintió. Al ver la cara de estupefacción de su padre caí en la cuenta de que era la primera vez que lo hacía delante de él—. Pues… pues me quedo más tranquilo —se fue tartamudeando, aunque contento.

—Estoy muy cansada, creo que voy a echarme la siesta. —Me dejé caer sobre la cama, pero de un salto volví a ponerme en pie. Las sábanas olían a Víctor y no tenía cuerpo para recordar lo que allí había sucedido—. ¿Me ayudas a hacer la cama? —Daniela asintió y entre las dos terminamos en un periquete—. ¡Qué gustito, sábanas limpias! Ven, échate conmigo. ¡Daniela! —La niña salió corriendo y la alcancé en medio de la escalera con dos regalos en las manos y me los ofreció—. ¿Son regalos de cumpleaños? —Asintió—. Muchas gracias, pero no vuelvas a correr por las escaleras porque te puedes caer y hacerte daño, ¿entendido? —Volvió a asentir.

Abrí los regalos encima de la cama. El de Alberto era un abono de transporte, ¡qué gracioso!, y un libro de cocina con una dedicatoria: «Deposito todas mis esperanzas en que aprendas a cocinar y podamos salvar a mi colesterol de las garras de Tita». La niña me regaló el cuadro de una flor que le había ayudado a pintar su padre.

—Muchas gracias, me han gustado todos los regalos, pero el tuyo es el que más. Mañana mismo lo cuelgo en el salón para que todos puedan verlo.

Daniela sacó un pañuelo de seda de su bolsillo y me lo ofreció.

—Es el pañuelo de tu madre, ¿me lo vas a regalar? —Negó y me lo acercó a la nariz. El pañuelo estaba un poco raído, pero seguía oliendo a Lucía. Reparé en que en un par de ocasiones la había visto jugando con él, pero no le había dado importancia—. Cuando estás

triste lo hueles, es eso, ¿verdad?

La niña hizo que me incorporase, extendió el pañuelo sobre la almohada y puso la cabeza sobre él y me invitó a hacer lo mismo. Daniela era pequeña, pero no era tonta, se había dado cuenta de que yo también estaba triste porque echaba de menos a mi hermana y quiso reconfortarme como lo hacía ella. Nos miramos a los ojos y le sonreí, agradecida. Ella cerró los ojos y suspiró satisfecha.

Dormíamos profundamente cuando el timbre de la puerta nos despertó, llevándome tal sobresalto que casi me caigo de la cama. Me arrastré hasta la puerta para abrir, siendo incapaz de abrir los ojos por completo.

—¿Quién es? —pregunté con voz pastosa.

—Víctor.

—No estoy —respondí como si fuese un contestador automático.

—Julia, ábreme, por favor.

—¿Qué quieres?

—Entre otras cosas, no tener que hablar a gritos a través de una puerta.

Abrí de mala gana.

—Ya no hay puerta, ¿qué quieres? Estaba echándome la siesta y, si te das prisa, puede que aún esté a tiempo de reengancharme al sueño.

—¿Por qué no me has llamado? —hizo la pregunta más como si quisiese la respuesta a un misterio científico que como un reproche.

—¿Qué? —Seguía adormilada.

—Veo que recibiste mi regalo y si no hubiese sido así, podrías haberle pedido mi teléfono a tu madre. ¿Por qué no me has llamado?

—¿Por qué habría de llamarte? —Empezaba a espabilarme y no me estaba sentando nada bien—. Apenas hace unas horas que te fuiste, aunque, claro, no puedo decírtelo con exactitud porque no te molestaste en despedirte de mí.

—No quería despertarte y ahora que sé con qué humor te levantas, menos mal que no lo hice. —Simuló secarse el sudor de la frente—. Pensé que después de haber estado toda la noche…

—¡Bailando, toda la noche bailando! —le interrumpí y señalé con la mirada a Daniela. ¿Es que nadie tenía en cuenta a la niña a la hora de hablar?

—Hola, niña. —Víctor fue a acariciarle la cabeza, pero ella se escondió detrás de mí.

—Tampoco le gusta que la despierten —respondí casi con un gruñido.

—Pues eso, después de estar toda la noche… bailando, creí que querrías por lo menos tomar un café conmigo. Por cierto, tu tía baila muy, pero que muy bien —se dirigió a Daniela y a mí me sonrió. ¡No! No iba a caer en el truco de los hoyuelos.

—No entiendo tu insistencia. ¿Acaso nunca se te ha torcido un plan? Porque por la frase que venía junto a la orquídea parece que lo tenías todo planeado, pero qué se le va a hacer —Me encogí de hombros—, no se puede controlar todo. Siento ser yo quien te lo diga, pero unas veces se gana y otras se pierde.

—¡Qué vergüenza!

Víctor se tapó la cara con las manos y, antes de que me diese tiempo a darle con la puerta en las narices, se sentó en el sofá. Daniela dio un portazo y, de reojo, le miraba con desconfianza mientras se volvía a esconder detrás de mí.

—Qué vergüenza —volvió a murmurar—. No te voy a negar que en el fondo tuviera la esperanza de que tú y yo… bailásemos, pero en absoluto lo había planeado.

—Entonces, ¿de qué te avergüenzas? —Me planté de pie frente a él, con los brazos cruzados esperando su excusa.

—Es una mezcla entre humillación y decepción. —Hizo una pausa para tomar aire—. Soy idiota, creí que lo recordarías.

—¿Recordar qué?

—Seríamos tan pequeños como ella —señaló a Daniela—. Yo había ido con mi madre a tu casa y tú, como siempre, te habías escondido en el armario de la cocina. Desde el principio supe que te ocultabas allí, pero hasta ese día no había reunido el valor suficiente para hablar con esa misteriosa y huidiza niña. Me acerqué al armario y quise presentarme. «Soy Víctor», te dije, y enseguida me interrumpiste diciendo: «Eres hijo de la amiga de mi mamá. ¡Vete, no quiero volver a verte!», y yo, antes de irme casi llorando a refugiarme en las faldas de mi madre, orgulloso y desafiante te prometí: «Algún día querrás volver a verme». La nota de la orquídea hacía referencia a ese encuentro. Pensé que lo recordarías y nos podríamos reír de cómo han cambiado las cosas desde entonces.

Sentí como si me hubiesen metido los pies en cemento y después me hubieran lanzado a un lago. Me hundía lentamente, sin remedio, en las aguas de la ruindad, en cuyo fondo reposaban los más

despreciables. ¿Pero qué me estaba pasando? ¿En qué clase de ser insensible, desconfiado y egoísta me había convertido? Víctor se mostraba arrogante y seguro de sí mismo, pero tenía sentimientos dulces y tiernos. No me había convertido en nada porque de pequeña ya apuntaba maneras. Con siete años le había roto el corazón y había estado a punto de despreciarle de nuevo sin haberle dado una oportunidad y, lo peor, es que hasta que él no lo mencionó yo no lo recordaba. Tenía que redimir una infancia de tiranía obstinada y Víctor era muy guapo, con buen cuerpo, rico, amable… Los hoyuelos terminaron de convencerme para darle esa oportunidad. Los hoyuelos, el embarazo de Brittany y una imagen difícil de borrar que me vino a la mente donde aparecía yo dentro de veinte años, rodeada de unos mil gatos, sola y mi madre recién salida de su vigésimo lifting señalándome con el dedo mientras sonreía al decir: «Te lo advertí, ese Víctor era muy buen partido y lo dejaste escapar».

Sacudí la cabeza para aclarar mis ideas y me dejé caer en el sofá junto al candidato a tener una posible relación seria. Nunca había tenido un candidato de este tipo, así que me llevaría un tiempo acostumbrarme.

—La que se avergüenza ahora soy yo. Lo siento.

—No importa —Me cogió de la mano—, cuando eres pequeño dices cosas que no sientes.

—Eso sí que no. Puede que fuese y siga siendo imbécil e insoportable, pero siempre he sido muy sincera —afirmé—. Espera, creo que sé cómo arreglar esto.

Cogí la tarjeta de su regalo, fui corriendo a mi habitación y le llamé por teléfono.

—¿Sí?

—¿Víctor? Soy Julia. No sé si te acuerdas, soy la de anoche.

—Por supuesto que me acuerdo. —Le oí reír.

—Esto… —fingí estar nerviosa—. Te llamaba para decirte que me lo pasé muy bien y que me gustaría volver a verte. Si te parece bien, claro.

—Podríamos tomarnos un café —propuso con voz sugerente.

—No, mejor —seguía hablando a través del teléfono mientras volvía al salón— podrías traer unas pizzas porque va siendo hora de cenar.

—Ahora mismo vuelvo. —Ambos reímos.

Antes de salir me dio un sutil beso en los labios, que me hizo dar un

respingo porque me sentí incómoda, no estaba acostumbrada. Además, Daniela me miraba fijamente con el ceño fruncido.

—¿Te cae bien Víctor? —le pregunté cuando nos quedamos a solas.

La niña se encogió de hombros, pero no apartó su mirada de la mía, como si quisiese leerme el pensamiento, transmitirme un mensaje telepáticamente o… ¡Por Dios! Los niños no juzgan, ¿verdad? Esperaba que no estuviese juzgándome y que solo intentase salir de la confusión que le produjo haber escuchado que besé a Álex y después verme besar a Víctor. Soy una mala tía, qué ejemplo le estaba dando a Daniela. ¿Acaso había dejado de respetarme y, por eso, casi siempre me miraba a los ojos, cosa que no hacía con nadie más? Tendría que comentarlo con Alberto, ahora sí creía necesarios sus consejos profesionales.

Víctor regresó con las pizzas y cenamos en la cocina.

—¿No habla? —susurró mientras miraba a la niña con desconcierto.

—Claro que habla —contesté molesta—, pero prefiere observar. No sé, pregúntale a ella y no hagas como si no estuviese.

—Es que si no estuviese… —intentó besarme y yo me aparté.

—Los bailes en privado, por favor. —Con esa metáfora esperaba dejarle claro que delante de la niña no se mostrase tan impulsivo y cariñoso.

—Podríamos ver la televisión un rato —propuso.

—A estas horas no hay programación infantil, ¿qué tal una peli? —sugerí—. Te dejamos elegirla por ser el invitado. Están en ese armario.

—¿No tienes algo más actual? —Hizo un mohín de asco—. No sé, con efectos especiales o algo así.

—Lo siento, eso es todo lo que hay. —Tendría que recordarme a mí misma que nunca podríamos ir juntos al cine.

—Bueno, la verdad es que no puedo quedarme porque tengo que estar en el aeropuerto en unas horas.

—¿Te vas de viaje? —Mostré curiosidad, aunque hubiese preferido que sonase a «¿y me dejas aquí solita sin tus besos?», porque se suponía que era lo que tendría que decir, pero no me salía.

—Sí, casi un par de semanas. Sé que me echarás de menos, pero te llamaré cuando pueda.

—No te preocupes, sobreviviré —respondí altiva.

Víctor se despidió con un beso de los de verdad, con su lengua, sus babas y sus ruiditos, cosa que a mí me incomodó al pensar que la niña pudiese vernos. Sentí una extraña sensación de alivio al cerrar la puerta. Daniela me esperaba encima de la cama con Pijama para dos en sus manos y la felicité por su elección.

A la media hora de empezar a ver la película se quedó dormida encima del pañuelo de su madre. Apagué el televisor y me fui al salón para poder sacar la cabeza por la ventana y respirar aire fresco. Estaba inquieta y no tenía sueño. Alberto asomó tímidamente la cabeza por la trampilla.

—¿Se puede?

—¿Desde cuándo pides permiso para entrar? —Su actitud me desconcertó.

—Tu madre me ha llamado y pensé que tal vez tendrías compañía.

—Por supuesto, pero ya se ha marchado, no sin antes habérnoslo montado delante de tu hija. ¿Estás tonto?, ¿qué crees que íbamos a estar haciendo?

—No había pensado en eso. —Alberto se sentó junto a mí en el sofá—. Podrías habérmelo dicho y me hubiese llevado a Daniela.

—Daniela estaba antes —respondí algo molesta—. Se ha quedado dormida viendo una peli de Doris Day. ¿Sabes que cuando se siente mal duerme con un pañuelo de Lucía?

—¿Te lo ha dicho ella? —Se sorprendió.

—Sigue sin abrir la boca, pero he hecho muchos progresos y casi leo todos sus pensamientos. Digo «casi» porque sus miradas me tienen muy desconcertada.

—¿Te mira? ¿A los ojos? —su voz se volvió muy aguda por la impresión.

—Sí, cada vez con más frecuencia y descaro. No sé si me juzga o solo intenta comprenderme. Resulta muy inquietante.

—¿Y qué tal con Héctor?

—Víctor —le corregí—. No sabría decirte, ya sabes que a Daniela no le gustan los desconocidos.

—Gracias por la información, pero preguntaba por ti, ¿qué tal tú con Víctor?

—Anoche nos acostamos y esta tarde se ha presentado aquí. No sé, parece majo.

—No lo dices muy entusiasmada.

—Es que estoy cansada y tengo una extraña sensación en el

pecho, como de angustia. Ha sido un día muy intenso.

—Ahora que estás más tranquila, ¿quieres contarme qué ha pasado en el garaje?

—Ya te lo dije, lavé el coche, solo eso. —Me tumbé en el sofá con los pies apoyados sobre las rodillas de Alberto—. No es por criticarte, pero creo que el tratamiento debería haberse alargado un poco más. No es normal que me haya puesto así, no es normal que me haya pasado semanas enfrente del coche, paralizada por el pánico sin poder acercarme, como si tuviese delante a una bestia salvaje o algo peor.

—Claro que es normal. —Alberto comenzó a masajearme los pies para tranquilizarme y funcionó—. Todo lleva su tiempo. La culpa es mía, no tendría que haberte retado casi obligándote a que te ocupases del coche.

—Es que echo tanto de menos conducir, conducir a Piolín, y me da mucha rabia no poder hacerlo —suspiré pesarosa—. Me da tanta pena que esté ahí tan solo que hasta me he disculpado.

—¿Le has pedido disculpas al coche? —Silbó—. Vaya, tal vez sí necesites medicación.

—¡Oye! —Le di un talonazo en la pierna y ambos reímos.

—¿Sabes? Estoy pensando que ahora que Daniela se muestra algo más receptiva tal vez vaya siendo hora de que tenga más contacto con niños de su edad.

—Estaría bien.

—Y como está más cómoda contigo y en esta casa…

—Ni hablar —me incorporé—, no pienso montar una guardería.

—Pensaba en clases de pintura. Puedo conseguir a unos cuantos niños, sería una buena terapia para ellos también.

—¿Quieres llenarme la casa con niños pirados?

—Tranquila, no les diremos a los padres que la más loca es la profesora.

—En eso llevas razón. Me lo pensaré. Bueno, cambiando de tema, ¿qué más te ha contado mi madre?

—¡La hora de poner verde a Eugenia! —Se frotó las manos—. No te imaginas cuánto lo he echado de menos.

Antes aprovechábamos cuando no estaba Lucía cerca para criticar a mi madre. Ella no tenía nada que aportar porque al ser la hija perfecta nunca tuvo problemas, pero Alberto y yo, al ser simples seres humanos con nuestras respectivas imperfecciones, nos llevábamos

algún que otro reproche y nos vengábamos poniéndola a caldo. En alguna ocasión mi padre se unió al aquelarre.

—Pues tu querida madre, lejos de disculparse por su gélido recibimiento el día de la fiesta, volvió a reprenderme y a dejarme claro que en las celebraciones de los adultos no hay sitio para niños. Cuando Daniela nació, no estaba tan emocionada como se debía esperar y lo achaqué a que tu madre siempre ha llevado muy mal envejecer y que una nieta no haría más que confirmar que su juventud se había esfumado, pero desde el accidente es peor. El desprecio y la indiferencia han ido en aumento, como si durante estos años solo la hubiese tratado como a alguien de la familia porque era la hija de su hija, pero ahora que Lucía no está parece que nada la obliga a sentir algún tipo de cariño.

—Bastante tiene con aguantarse a ella misma. Peor para ella, no sabe lo que se pierde. Yo siempre he estado cerca de Daniela físicamente y, la verdad, le prestaba la atención justa porque los niños nunca me han interesado, pero siempre la he querido porque es mi sobrina. Ahora que pasamos tanto tiempo juntas me arrepiento de no haberlo hecho de otra forma porque me he perdido muchas cosas. Espero que mi madre se dé cuenta de eso antes de que sea demasiado tarde, como le pasó conmigo, ya es tarde para cualquier tipo de relación entre nosotras.

—Es que tu madre es insufrible, no sé cómo Alfonso la aguanta.

—Yo se lo he preguntado varias veces y siempre contesta: «Porque sigo igual de enamorado que el primer día».

—Puede, o también puede ser un eufemismo para expresar que es muy buena en la cama.

—¡Albertooo! —grité con los ojos cerrados y me tapé los oídos—. Ya tengo suficientes problemas como para que ahora empiece a tener pesadillas por tu culpa. —Alberto rio con tantas ganas que se le caían las lágrimas—. Bueno, aparte de lo de Daniela, ¿te ha contado algo más? —Me tapé la cara—. Si se trata de la vida sexual de mis padres, paso de saberlo.

—También me ha facilitado la biografía entera del tal Víctor. Por lo visto tiene mucho dinero, buen trabajo, está soltero y físicamente bastante agraciado. Tu madre opina que es justo lo que necesitas, que es un buen partido.

—Se le ha olvidado decirte que en la cama es un tigre insaciable.

—¡Nooo! —En esa ocasión fue él quien se tapó los oídos—.

Ahórrate los detalles, por favor, te prometo que no volveré a insinuar que tus padres son sexualmente activos.

—Vale. —Reí—. Por cierto, hablando de la actividad sexual y sus consecuencias, no te he contado que ha venido Brittany y me ha dicho que está embarazada.

—Lo sé, también me lo ha contado tu madre, ya sabes lo que le gusta difundir las noticias.

—¿Difundir? —Solté una carcajada—. Yo nunca hubiese empleado ese verbo para referirme a su pasatiempo favorito.

—Bueno, ¿qué?, ¿ya te has pensado lo de las clases?

Me encogí de hombros. Sabía que aunque quisiese no podría negarme porque Alberto insistiría hasta conseguirlo. Pensé que tal vez no sería tan mala idea, me distraería y podría ayudar a Daniela y a otros niños con problemas. Solo confiaba en que no fuesen pequeños psicópatas porque ya, de por sí, me asustaban bastante los niños.

Capítulo 5

Los días pasaron sin las prometidas llamadas de Víctor, pero estaba presente en las rosas que me enviaba a diario. Las rosas no son las flores que más me gustan, pero qué iba a saber él si no me conocía de nada. Las rosas eran un bonito detalle, pero hubiese mejorado bastante si fuesen acompañadas de una tarjeta.

Alberto no tardó en reunir a tres niños de entre siete y nueve años interesados en aprender a pintar, mejor dicho, encontró a unos padres dispuestos a que sus hijos se entretuviesen fuera de casa, pero los niños pasaban de mí. El primer día Alberto se quedó conmigo para ayudarme con la jauría. No es porque sea mi sobrina, pero Daniela era la mejor con diferencia. Mi cuñado no quiso contarme las historias que les habían llevado hasta esa situación para que fuese objetiva, pero me recomendó esconder los objetos delicados y también los punzantes. Agradecí sus consejos y que la pintura que utilizábamos se eliminaba con agua y, al no ser tóxica, no tenía que preocuparme demasiado si le daban un lametazo al pincel.

Daniela se concentraba en pintar sin acercarse a ningún otro niño, puede que estuviese tan asustada como yo con aquellos salvajes pintando en las paredes y saltando encima del sofá. Los primeros días les grité y les regañé, después les supliqué y, finalmente, opté por ignorarles. Convertí mi casa en un refugio anárquico donde los niños pudiesen expresarse con total libertad, si estaban allí era porque ya sufrían bastante en el mundo real, y yo no era quién para fastidiarles la hora de desconexión de la que disfrutaban en mi casa. Como la pintura no les resultaba interesante, decidí hacer una especie de bufet de manualidades donde podían pintar, hacer collares, moldear con plastilina, papiroflexia… En fin, todo lo que se me ocurría para entretenerles. Cada uno hacía lo que le apetecía, hasta podían echarse la siesta. No puedo asegurar que se lo estuviesen pasando bien, pero por lo menos conseguí que estuviesen un poco más calmados, sobre todo Daniela, quien había dejado de mirarme y de

negar con la cabeza, como si estuviese decepcionada conmigo y con mi comportamiento.

—Me ha dicho un pajarito que das clases a unos niños. Ya sabes lo que me gustan. —Brittany vino a visitarme.

—Pues si quieres que te sigan gustando, será mejor que no entres.

—¡Qué boba! —Se quedó boquiabierta y algo asustada al ver el desorden que reinaba en el salón—. Julia, ¿qué le ha pasado a tu casa?

—Ahora es un espacio multiartístico. —Me encogí de hombros—. La nueva decoración me compensa con tal de que no empiecen a gritar ni a tirarse de los pelos. ¿Cómo llevas el embarazo?

—Muy bien, si no fuese porque como a todas horas, vomito, vuelvo a comer y vomito. Y lo peor, es que entre vómito y vómito hago pis cada cuarto de hora. Por lo demás, todo genial.

—¿Y Lucas?

—Trabajando —gimió—. Se me cae la casa encima, le echo mucho de menos. Me había acostumbrado a tenerle a mi lado a todas horas durante las vacaciones y ahora con las hormonas revueltas necesito mimos todo el rato.

El embarazo era una excusa, siempre había sido así, no conocía a nadie más empalagoso que mi amiga. Si Brittany se aburría en casa era por su culpa, ella misma había decidido dejar de trabajar para comportarse como la esposa perfecta que todas hubiésemos sido de haber vivido en los años cincuenta.

—Hablando de mimos, ¿has vuelto a ver al principito?

—No, pero me envía rosas todos los días. Toma —le ofrecí el ramo que había llegado hacía unas horas—, llévatelo, empiezo a asfixiarme con tantas flores frescas en este apartamento tan pequeño.

—Gracias. Ese Víctor es muy detallista. Eso es que le gustas.

—Eso es porque no me conoce.

—No sé por qué dices eso. Hasta ahora no se ha dado el caso de que un hombre salga corriendo cuando te conoce. Más bien, la que huye eres tú.

—Antes era diferente —suspiré tan hondo que el pecho me escoció.

Mi padre y Alberto aparecieron. Entre los ramos de rosas, los niños y los cuatro adultos, mi salón empezó a resultar claustrofóbico.

—¿Qué tal se han portado? —se interesó mi cuñado.

—Creo que estoy consiguiendo que puedan utilizar estos

momentos delante de un juez cuando dentro de unos años se conviertan en delincuentes habituales. Ya sabes que lo de los traumas infantiles siempre reduce la condena.

—Por lo menos servirá para algo. —Rio—. Me los llevo que sus padres están esperando abajo.

Brittany se marchó con Alberto y los niños. Cerré los ojos durante un instante y respiré hondo para disfrutar de la tranquilidad que habían dejado.

—Papá, ¿te importa si hoy cambio el batido por un café? Estos monstruos me dejan agotada.

—No, para nada, yo también tomaré un café. Además, de eso quería hablarte.

—¿De los batidos? —Me extrañé.

—Más bien, de los miércoles. —Bajó la vista avergonzado—. No es que no me guste venir aquí todas las semanas, pero creo que va siendo hora de dejar de escondernos, por lo menos de que yo deje de esconderme aquí. Me he pasado toda la vida trabajando y siento que ha llegado el momento de hacer cosas que nunca he podido hacer por falta de tiempo, y ahora que tienes novio necesitarás estos días para pasarlos con él.

—Novio, ¿qué novio? —Me puse tan nerviosa que casi derramo el café.

—Tu madre me ha dicho que estás saliendo con el hijo de Pilar, que en paz descanse.

—¿Y mamá te ha contado algo más? —Estaba furiosa—. Parece cosa de brujas porque no ha hablado conmigo desde el día de la fiesta y resulta que sabe más que yo.

—Vaya —Parecía azorado —, al ver todas estas flores pensé que serían de Víctor.

—Y son de Víctor —respondí con brusquedad—, pero no le he vuelto a ver desde el día siguiente a la fiesta, así que ya me dirás tú de dónde se saca mamá lo del noviazgo.

—Lo siento, Julieta, no quería que te molestases.

—No tienes que disculparte por los cotilleos de mamá —gruñí—. ¡Es que me saca de quicio!

—Te entiendo, ¿por qué crees que estoy buscando un entretenimiento?

—¿En qué habías pensado? —pregunté algo más tranquila para cambiar de tema, aunque mi saliva seguía sabiendo a bilis.

—Aún no lo tengo decidido del todo, pero mis opciones están entre golf, vela o aprender a bailar tango.

—¿Tango? —pregunté con escepticismo.

—No sé, se me ocurrió que podría darle una sorpresa a tu madre. Ella aprendió bailes de salón cuando era una cría y siempre se quejaba de que no podíamos bailar juntos. Sería una excelente forma de reavivar nuestro matrimonio, ya me entiendes.

Todavía no había podido borrar la imagen de mis padres y sus prácticas sexuales que Alberto había insinuado y, con las palabras de papá, estaba segura de que iban a seguir en mi mente para siempre.

—Haz lo que te haga más feliz, aunque lo de la vela lo veo un poco difícil tan lejos del mar.

—Tengo que pensarlo un poco más. ¿Y tú has pensado en hacer algo para distraerte?

—Con los niños ya tengo suficiente distracción y agotamiento.

Papá se marchó enseguida porque quería conseguir más información para terminar de decidir en qué ocupar su tiempo libre. Últimamente mi padre se comportaba de un modo extraño, parecía más un adolescente en plena ebullición de rebeldía que un hombre de su edad. A veces olvidamos que los padres también son personas como los demás, pero es algo que cuesta aceptar. Puede que tuviese la crisis de los sesenta y cinco y empezase a chochear o simplemente quería perder de vista a mi madre durante unas horas, pero de todas formas me propuse vigilarle de cerca para que no apareciese un día de estos con mechas en el pelo donde ahora había canas o algo peor.

Aproveché el momento de soledad para bajar al garaje, como hacía cada día, y visitar a mi coche, tal y como le había prometido. Había progresado bastante, ya era capaz de sentarme a escuchar la radio, incluso llevaba un par de días con las puertas cerradas. Aún seguía sintiendo náuseas, escalofríos y la vista se me nublaba hasta que no pasaba un buen rato hablando con Piolín.

—¿Sabes? Creo que me está empezando a gustar esto de trabajar con niños —le mantenía informado de todos los sucesos que acontecían en mi vida—. Supongo que una vez que los conoces ya no son tan repulsivos. —Pisé el embrague, quité el freno de mano y metí la primera marcha de forma automática—. A Daniela no parece hacerle mucha gracia que la obliguemos a estar con otros niños y, creo que al ser tan tranquila, se pone nerviosa con el alboroto que arman los demás.

Cuando quise darme cuenta estaba saliendo de mi plaza de aparcamiento, estaba tan nerviosa que la pierna izquierda me temblaba con tanto brío que resultaba muy difícil de controlar. Al no sujetar con firmeza el embrague, todo el coche comenzó a temblar y antes de que el motor se calase metí segunda. Me agarraba al volante con tanta fuerza que mis dedos perdieron el color debido a la falta de circulación sanguínea. Ya que estaba a punto de sufrir un infarto, las sienes me latían con fuerza, me pitaban los oídos y un hilo de sudor me bajaba por la espalda, aproveché para dar una vuelta por el garaje. Para controlar mi respiración y así no perder el conocimiento por la hiperventilación, me puse a cantar la canción que sonaba en la radio.

No tardé ni diez minutos en volver a aparcar en mi plaza, pero me sentía como si hubiese estado conduciendo durante horas porque me dolían los brazos y el empeine del pie izquierdo por haberlo tenido en vilo y en tensión para que el coche no se calase.

Llegué hasta mi casa tambaleándome, con las piernas temblorosas y la boca seca, aunque satisfecha por haber sido capaz de haber movido el coche. Puede que la alegría se debiese al subidón de adrenalina producido por el paseo dentro del garaje, daba igual, lo que importaba era que había sido capaz. Una de las heridas parecía comenzar a curarse, pero todavía quedaba un largo camino para cicatrizarla.

Estaba agotada, así que me tumbé en el sofá a disfrutar de una taza de té, pero el timbre del teléfono me arrebató la posibilidad de descanso.

—¿Diga?

—Hola, nena —escuché la seductora y confiada voz de Víctor al otro lado—. He estado muy liado con el trabajo y no he podido llamarte antes. Espero que las rosas hayan servido para que te acordases de mí.

—Muchas gracias, no es que sean mis flores favoritas, pero te agradezco el detalle de todas formas.

—Qué tontería, las rosas son las flores preferidas de todo el mundo, en particular, de las mujeres. Seguro que lo dices porque te ha molestado que no te llamase, ¿a que sí? —No quise contrariarle, parecía orgulloso al imaginar que me moría por sus huesos—. Mañana regreso a Madrid, comemos juntos. En cuanto llegue te digo dónde quedamos. Ahora cuelgo porque tengo una reunión. No te

preocupes, nena, quedan menos de veinticuatro horas para que vuelvas a verme.

Colgó antes de que pudiese responderle, aunque, pensándolo bien, no era una propuesta, más bien se trataba de una orden. Comería con él solo por averiguar hasta dónde llegaba su ego. Parecía divertido.

No me había dado tiempo a soltar el teléfono cuando volvió a sonar.

—Julia, hija, ¿qué tal estás?

El sobresalto al oír a mi madre casi me hizo derramar el contenido de la taza que sujetaba. No recuerdo la última vez que me había llamado por teléfono, puede que hubiesen pasado años, y nunca había sido para interesarse por mí porque para pasarle el reporte de mi vida ya tenía a mi padre y a Lucía.

—¿Ha pasado algo? ¿Papá está bien? —pregunté sobresaltada.

—Sí, sí, estamos todos bien —respondió de forma cansina—. ¿Tan raro te parece que una madre llame a su hija para preocuparse por ella? Ni que fuese la primera vez —respondió la muy hipócrita.

—Estoy bien, papá te dará más detalles, ha estado aquí esta tarde.

—Bien. También te llamaba para recordarte que el domingo tenéis que venir a casa a comer. Todavía no he decidido el menú, pero será algo especial, no te preocupes.

¿Había dicho que no me tenía que preocupar? Eso me preocupaba más.

—Mamá, para recordarme algo, ¿no me lo tienes que decir antes?

—Se lo dije a Víctor —se refería a él con demasiada familiaridad para lo poco que le conocía—, pero como anda liado con tanto trabajo sería de lo más comprensible que se le olvidase, por eso te lo estoy diciendo. Como tú no tienes mucho que hacer no se te olvidará.

—¿Quiénes van a la comida?

—Hija, qué pregunta. Estaremos tú, tu novio, tu padre y yo. Para eso es la comida, para celebrar vuestro noviazgo.

—Siento desilusionarte una vez más —hice hincapié en las tres últimas palabras—, pero Víctor y yo no somos novios.

—Ay, se me olvidaba que ahora os produce salpullido utilizar esos términos. Si te quedas más tranquila, no me importa celebrar que sois amigos especiales, ¿se dice así?

—No somos amigos —le corregí muy seria.

—Víctor es muy interesante y tiene muy buenos modales —ella seguía hablando como si fuese una grabación, haciendo caso omiso a

mis palabras—. Y te diré que le he podido sonsacar que está loquito por ti. No lo estropees, Julia, hombres como él hay pocos y se te empiezan a agotar las opciones.

—Por cierto, gracias por el libro, siempre tan atenta —recordé el desagradable regalo de cumpleaños que me había hecho.

—Sabes que solo quiero lo mejor para ti. Te dejo, que empiezan las noticias en la televisión. —Para ella el noticiario de la noche era un ritual tan sagrado como ir a misa los días de fiesta—. Nos vemos el domingo.

No pensaba ir ni aunque mi vida dependiese de ello. Colgó antes de poder decírselo y me pareció justo que se enterase de mi decisión cuando llegase el domingo y no me viese aparecer por Arturo Soria, así le serviría de lección para aprender de una vez por todas a dejar de organizarme la vida. Fui a prepararme otro té porque con tantas llamadas se me había enfriado. Me quedé medio atontada viendo cómo giraba la taza en el microondas mientras en mi cabeza se mezclaba la conversación de Víctor con la de mi madre. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos, tan ofendida y furiosa de que esos dos conspirasen contra mí que grité por el susto que Alberto me dio cuando me tocó el hombro.

—Tengo que instalar una cerradura o ponerte un cascabel. ¡Casi me explota el corazón!

—Lo siento, Julia, pero es que estoy muy nervioso. Vengo a ver si tienes tila —hablaba al mismo tiempo que registraba los cajones—. ¿No te parece irónico que un psiquiatra no tenga ni valeriana en su casa?

Estaba desencajado y sudoroso. Le preparé la infusión para que se calmase.

—¿Qué te pasa? Me estás asustando.

—Tita se va —gimió—. Dice que ya no tiene la misma energía que antes para cuidar de una niña. Ella y su marido se vuelven al pueblo a disfrutar de su vejez y de su pequeño huerto.

—Me parece razonable —intenté tranquilizarle.

—Por un lado lo entiendo, pero por otro no puedo dejar de pensar en que esto será el principio del fin, el Armagedón.

—¡Qué exagerado eres! No se va a acabar el mundo porque Tita no esté. La echaremos de menos, pero nos irá bien.

—No creo que a Daniela le guste que meta a una extraña en casa.

—Yo cuidaré de tu hija cuando tú no puedas y nos organizaremos

para hacer las tareas domésticas. No hace falta que contrates a nadie, ya te he dicho que nos irá bien.

—Lo dices muy confiada —Alberto seguía mostrándose reacio—, pero hay cosas que no puedes hacer.

—Hoy he paseado el coche por el garaje.

—¿En serio? —Me abrazó emocionado—. ¿Qué tal, cómo te has sentido?

—No me he llevado ningún sofocón, pero todavía me pongo muy nerviosa. Estábamos hablando de otra cosa, ¿qué consideras que soy incapaz de hacer?

—Llevar mañana a Daniela a terapia.

Nos quedamos en silencio. Necesitaba tomarme un tiempo para recapacitar sobre mi respuesta. Acompañar a mi sobrina a su terapia implicaba ver a Álex. Sabía que lo que me había pasado con él era producto de mi imaginación, alentada por varios meses de encierro, traumas y desesperación por acelerar el proceso de normalización de mi vida. No sentía nada por Álex porque estaba segura de que no había sentido nada cuando creí que era real, pero me producía cierta inquietud saber que Alberto le habría contado todo lo que dije de él, y puede que estuviese enfadado conmigo.

—Apúntame la dirección y la hora. Siempre y cuando llegue el metro la llevaré.

Quise restarle importancia y no le di más explicaciones a Alberto, aunque esa noche no pude dormir demasiado pensando en cómo me recibiría Álex, imaginando posibles contestaciones para defender mi pueril comportamiento, si es que él optaba por echármelo en cara. Tenía treinta años, así que no me quedaba otra que afrontar con madurez el error de una vergonzosa pataleta sin sentido.

No necesité mirar el callejero porque, en cuanto salimos del metro, Daniela me guio hasta nuestro destino sin dudar en ningún momento. Sentadas en la sala de espera empecé a ponerme nerviosa, pero no me dio tiempo a utilizar ninguna técnica de relajación porque enseguida Álex abrió la puerta de su consulta.

—¡Hola, Daniela! —saludó y pude comprobar que seguía conservando su perfecta sonrisa y, eso, me aceleró el pulso—. Qué tal, Julia, ¿cómo te va?

—Bien —murmuré, porque apenas me salía la voz.

—Estupendo, pasad, por favor —nos invitó con un entusiasmo inesperado.

Intenté resistirme, pero Daniela me cogió de la mano y tiró de mí.

—No sé cómo funciona esto —Tenía que salir de allí antes de desmayarme por la taquicardia—, pero creo que es mejor que estéis solos.

—No te preocupes, Julia —respondió mientras se sentaba en uno de los pufs que había en la sala—. Seguro que a Daniela no le importará. Además, sería muy interesante que hablásemos de cómo se comporta contigo, de cómo es vuestra relación.

—¿Podéis empezar sin mí? —casi supliqué—. Tengo que hacer una llamada. —Empecé a caminar de espaldas hacia la puerta—. Cuando termine traeré café, he visto que hay una máquina de bebidas en el pasillo.

—Muy bien, yo quiero un cortado con doble de azúcar.

—Ahora lo traigo.

No calculé la distancia y me giré con tanta fuerza que mi cara chocó contra el marco de la puerta. Me di un buen golpe, pero no emití ningún quejido ni me volví para mentir diciendo que estaba bien. Me sentía tan abochornada que simplemente cerré la puerta y hui hasta la máquina de bebidas. Me faltaba el aire y sentía que mi estómago había llegado al programa de centrifugado. ¡Qué vergüenza! Si Álex ya tenía un mal concepto sobre mí, con ese espectáculo no le dejaba lugar a dudas de que su diagnóstico era cierto. Me lavé la cara con agua fría para aliviar el dolor del golpe y para que se difuminasen los rubores de la vergüenza. ¿Se habría reído? Seguro que sí, yo lo hubiese hecho.

Aunque no podía dejar de resoplar y de frotarme la cara para borrar el bochorno del incidente con el marco de la puerta, tenía que volver a la consulta porque la excusa de la llamada falsa solo me daba para un máximo de diez minutos. Álex abrió la puerta tras mi llamada con la punta del pie, ya que tenía las manos ocupadas sujetando con mucho cuidado los tres vasos con las bebidas.

—Déjame ayudarte. —Cogió su café y le dio el chocolate a la niña.

—Gracias —susurré, y me atreví a mirarle durante una fracción de segundo y eso no me ayudó a calmar mis nervios—. Tened cuidado, están muy calientes.

—Los chicos están haciendo muchos progresos con tus clases. —Señaló un mural donde se exponían los trabajos que hacían en mi casa—. Lo estás haciendo muy bien.

—El mérito es de ellos.

No era falsa modestia, era la verdad. Yo no ejercía ninguna influencia sobre ellos, solo les facilitaba los medios para expresarse. Era cierto que el progreso era notable. Antes eran más oscuros y desordenados. Estaba a punto de sentirme orgullosa de aquellos niños cuando descubrí, debajo de un collar de macarrones, el retrato de Álex que le había regalado a Daniela. Ahogué un grito y me estremecí con tanta brusquedad que derramé el café sobre mi blusa.

—Julia, ¿de verdad que estás bien? —se preocupó mientras me ofrecía una caja de pañuelos de papel—. Te noto muy nerviosa.

—Estoy bien. Lo que me pasa es que no he dormido mucho.

No era del todo cierto, pero no estaba dispuesta a revelar el verdadero motivo de mi descoordinación. Tomé asiento en el puf que quedaba libre mientras ahuecaba mi blusa para que se secase y, también, para aliviar el escozor que sentía en el pecho debido al contacto del café caliente sobre mi piel.

—No te preocupes, es normal sentirse así durante el comienzo de una relación. Seguro que es por ese Víctor.

—¿Que qué? ¿Cómo? —Parecía una gallina cacareando—. ¿Quién te lo ha contado?

—Tengo mis informadores —respondió divertidamente satisfecho y me guiñó un ojo. Di gracias por estar casi tumbada tan cerca del suelo por si me caía debido al impacto de aquel gesto—. Necesito conocer todos los detalles del entorno de mi paciente.

—Pues hablemos de tu paciente, ¿qué quieres saber de Daniela? —No me sentía cómoda hablando de Víctor con él.

—Tenía ganas de comentar contigo el tema de las tarjetas. Me parece un sistema genial para comunicaros. Al principio pensé lo mismo que Alberto, que sería un error, pero ha servido para uniros y ahora casi no las necesitáis para entenderos.

—¿Cómo sabes todo eso? —Me sorprendió que lo describiese con tanto detalle.

—Nosotros también nos entendemos, aunque no de un modo tan original —su voz sonó tan interesante y sugerente que casi me derrito, como un trozo de mantequilla en una sartén.

—Vaya, qué rápido ha pasado la hora. —Para disimular mi aturdimiento, quise levantarme rápido y de forma elegante, pero de un puf solo puedes hacerlo con torpeza, por lo menos yo.

—No tengo más pacientes hasta esta tarde. Os invito a comer y podríamos seguir charlando.

—Gracias por el ofrecimiento, pero ya tenemos planes. En otra ocasión.

—En otra ocasión —repitió mis palabras algo decepcionado—. Cuidado con la puerta al salir —me advirtió mientras sonreía con picardía.

—Sí, ya, gracias —respondí sin poder evitar que el rubor volviese a mis mejillas.

Cogí en brazos a Daniela para poder caminar más deprisa y salir de allí sin demora. Seguía con los nervios en la boca del estómago y las piernas temblorosas. No me esperaba que Álex me recibiese con tanta amabilidad después del desprecio que le había manifestado a través de Alberto. Eso era, la falta de hostilidad en aquel encuentro era lo que me había removido las entrañas. No había otra explicación, ¿qué otra cosa iba a ser?

Entramos en unos grandes almacenes que había cerca de la consulta. Necesitaba cambiarme la ropa manchada antes de ir a comer con Víctor y no me daba tiempo de ir a casa y regresar. Caí en la cuenta de que desconocía mi talla. Hasta entonces no me había hecho falta saberla, pues Lucía me compraba la ropa y me dejaba ponerme la suya porque teníamos medidas similares.

—Daniela, ayúdame a encontrar una blusa, camiseta o cualquier parte de arriba que me valga. —Revisé el resto de mi indumentaria—. Con eso será suficiente, porque los vaqueros y las sandalias están bien.

Recorrimos todas las plantas probándonos sombreros, estolas de plumas, gafas de sol, collares… Había aceptado la comodidad de que mi hermana eligiese la ropa porque no me gustaba perder el tiempo en un sitio abarrotado de gente peleándome por una prenda de vestir, pero con Daniela resultaba muy divertido ir de compras. Tras casi una hora vagando por el edificio, encontramos una camisa sin mangas de color rosa chicle estampada con diminutos lunares amarillos. Compré una para mí y otra para la niña, ya que también la había de su talla. Daniela eligió unas pulseras de plástico de colores para adornar nuestras muñecas. Yo estaba satisfecha por ir limpia y por haber hecho mis primeras compras y Daniela caminaba dando pequeños saltos, demostrando su alegría por ir vestida con ropa de mayores.

Cuando llegamos al restaurante, Víctor ya nos estaba esperando, algo nervioso a juzgar porque no paraba de mirar su reloj. Parecía uno de los maniquíes del centro comercial con su traje gris oscuro, camisa

blanca con un toque rosáceo a juego con el pañuelo que llevaba en el bolsillo. Su pelo oscuro estaba peinado con una perfecta raya al lado. No llevaba corbata, supongo que quería darle un toque informal a nuestro encuentro.

—Como les he avisado con tan poco tiempo de que seríamos tres en lugar de dos nos han dado la peor mesa —se quejó.

—Esta está bien. —A mí me parecían todas iguales.

—¿Has tenido algún imprevisto antes de venir?

—No, ¿por qué lo dices?

—El otro día no le di importancia porque te acababas de levantar de la siesta, pero me sorprende que no te hayas arreglado para venir a comer conmigo. —Me miró de pies a cabeza—. No sé, un poco de maquillaje no estaría de más.

—¿No te parezco guapa con la cara lavada? —respondí más divertida que ofendida—. No te quejes, que nos hemos comprado las blusas exclusivamente para esta ocasión tan especial.

—Está bien —dijo con la boca pequeña—, aunque no me parezca apropiado disfrazarse, agradezco el detalle.

Víctor se pasó toda la comida hablándonos de su viaje a Tokio y explicándonos cada detalle de sus aburridas reuniones y de los beneficios que había obtenido en tan poco tiempo. Daniela bostezaba y yo asentía como si me interesase su relato.

—He llamado a tu madre para disculparme por no poder ir el próximo domingo a comer a su casa —se lamentó y, lo peor, es que parecía sincero. Nunca imaginé que viviría lo suficiente como para conocer a alguien que sintiese librarse de una comida con mi madre —. Me ha surgido otro viaje. Ojalá pudiese delegar en alguien, pero es que no tengo más que inútiles a mi alrededor. Es un negocio muy importante y no puedo dejarlo en manos de cualquiera.

—Se habrá llevado un gran disgusto. —Me llevé la mano al pecho dramatizando de forma irónica.

—Supongo que sí. Todos teníamos muchas ganas de compartir una comida familiar, pero lo ha entendido. Es una mujer muy comprensiva y agradable. Tienes suerte de tenerla como madre.

—Oh, sí, cada mañana, cuando me levanto, doy gracias al universo por tener tanta suerte.

—Para compensarla, le he dicho que iríamos a tomarnos un café.

—¿Cuándo? —reaccioné asustada.

—Pues ahora, nena, ¿cuándo va a ser? Me he permitido comprar

unas pastas para no presentarnos con las manos vacías.

¿Por qué tenía que ser la última en enterarme de sus planes? Tanta educación y corrección por parte de Víctor le convertían en el alma gemela de mi madre. Podrían fugarse juntos a su maravillosa casa de las Bahamas y dejarnos vivir en paz a los demás. No me seducía la idea de ver a mamá, pero mi crueldad alcanzó límites insospechados cuando vi una oportunidad para poder desenmascarar a la perfecta Eugenia apareciendo con Daniela. Rechazar a su nieta la dejaría en evidencia.

—¡Víctor! —Mamá salió a recibirnos y le dio un par de besos a su yerno imaginario—. ¡Anda, pero si has traído a mis dos chicas favoritas!

Me giré y escruté mi alrededor en busca de las personas a las que se refería y que tanta ilusión le hacía ver. Por desgracia, hablaba de nosotras y, no contenta con haberlo anunciado con su voz más aguda, tuvo que expresarlo con un exagerado abrazo.

—¿No tenías otra cosa que ponerte? —me susurró al oído antes de separarse.

Daniela me miró con los ojos como platos.

—Yo también estoy asustada —le confesé.

Estuve a punto de aplaudir y de gritar «¡Bravo!» ante la magnífica actuación de mi madre. No dejaba de sorprenderme que fuese capaz de utilizar cualquier tipo de artimaña para salirse con la suya. Papá no estaba, así que Daniela y yo estábamos indefensas ante los conspiradores. Me había salido el tiro por la culata porque Víctor y mamá no paraban de lanzarse cumplidos y hacían planes sobre nuestra futura vida juntos. Para desconectar, me puse a garabatear un viejo recibo que saqué de la cartera.

—Julia, ¿qué haces? —Mi madre me lanzó una mirada asesina.

—La inspiración se presenta cuando menos te lo esperas. Eso dicen.

Víctor solo sabía repetir frases hechas y mamá no paraba de alabar su nada original conversación. Cuando se acercó para apreciar mejor mi pequeña obra, me quedé petrificada al darme cuenta de que había vuelto a dibujar, de forma inconsciente, el retrato de Álex. Menos mal que Daniela estuvo rápida al coger el papel y guardárselo en el bolsillo, a la vez que ponía los ojos en blanco y suspiraba profundamente.

—Qué traviesa es esta niña —intenté disimular—. Creo que es su

manera de decirnos que se quiere ir a casa.

Mamá insistió en que nos quedásemos a cenar, pero Víctor la convenció de que sería mejor que volviésemos en otra ocasión sin Daniela, para poder estar más tranquilos. Mamá, por supuesto, aceptó, como aceptaba cada cosa que salía de la boca de su adorado Víctor.

Cuando devolví a Alberto a su hija le sugerí que vigilase el sueño de Daniela, porque lo más seguro sería que tuviese pesadillas al recordar la siniestra amabilidad con la que nos había tratado mi madre.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Víctor una vez que nos quedamos solos en mi apartamento.

—Tengo hambre de ti.

Fueron sus últimas palabras antes de abalanzarse sobre mí. El sexo volvió a ser estupendo, pero nada más. Ni siquiera había pensado en él durante los días que no nos habíamos visto, no le había echado de menos. Era el momento de acabar con aquella permanente sensación de «la mañana siguiente». Solo se trataba de una reacción física que no daba para más. Tal vez no tendría que haberme vuelto a acostar con él, pero soy humana y quería mi despedida con indemnización.

—Víctor, creo que no deberíamos volver a vernos —le dije con toda la delicadeza que pude—. Esto no va a ningún sitio, no tenemos nada en común.

—Lo dices en broma, ¿verdad? Entiendo que puedas sentirte intimidada por estar conmigo y, en ocasiones, te supere un sentimiento de inferioridad, pero no te preocupes, déjalo en mis manos y podrás estar casi a mi altura.

—Gracias, qué generoso —respondí muy ofendida—, pero no serviría de nada porque, insisto, esto no nos lleva a ningún sitio. Necesito algo más.

—¿Algo más? —preguntó desconcertado e hizo una larga pausa—. ¡Cásate conmigo! Eso es, si nos casamos tú tendrás lo que necesitas y yo podré ocupar un mejor puesto en la empresa. Los que están casados siempre tienen mejores puestos.

—¡¿Qué dices?! —Si no hubiese estado tan enfadada, seguro que me habría reído—. Una promesa es una promesa, así que me esforcé en cumplirla ayudando a Alberto y, a un día de la fiesta, lo único que nos faltaba eran los vasos y los platos de plástico, así que aproveché

que Daniela estaba con su padre para salir a comprarlos. No necesito casarme contigo y, además, debería ser una proposición en lugar de una orden. ¡Y bajo ningún concepto deberías utilizar el matrimonio para ascender en tu carrera profesional! —le grité.

—Tu madre me advirtió de que serías difícil de llevar, pero esto no me lo esperaba.

—Pues vete con mi madre a organizar otro plan de ataque contra otra, porque aquí no hay más que rascar.

—Julia, ¿me estás echando? —Asentí—. Que te quede claro que el que se va soy yo. Espero que cuando te arrepientas de esto no sea demasiado tarde.

—Eso no pasará nunca. Adiós.

Le di un empujón y cerré la puerta tras él. Me sentí aliviada al instante, como más ligera. Tenía que haberlo hecho desde la primera vez, cuando me di cuenta de que no soportaba ni media de sus arrogantes palabras. Sabía que me esperaban días de llamadas, puede que incluso alguna visita de mi madre para martirizarme, pero me sentía con fuerzas suficientes para afrontarlo.

Capítulo 6

Los niños se mostraban cada vez más confiados bajo mi supervisión, aunque eso no significaba que estuviesen más tranquilos y quietos. A veces, compartían conmigo algún secreto o los deseos de ver ciertos cambios en sus vidas. Estaba sopesando la posibilidad de alquilar un local para ampliar el número de alumnos, pero tendría que meditar mucho esa idea porque, aunque me causaba gran satisfacción poder ayudar a esos niños, también suponía una enorme responsabilidad. A Daniela seguía sin entusiasmarle la idea de compartirme con aquellas bestias, porque así era como los miraba, como si fuesen bestias indomables.

Según las informaciones de mi padre, a mamá no le había dado ningún soponcio al enterarse de que había rechazado a Víctor, y tampoco había pronunciado ni un suspiro con respecto a ese tema en casi el mes que había transcurrido desde entonces. No es que me tranquilizase demasiado el silencio de mi madre, pero por lo menos sabía que estaría a salvo de sus molestas llamadas, porque si no lo había hecho ya, no tendría motivo para hacerlo.

No había tenido que volver a llevar a Daniela a terapia porque Álex estuvo todo el mes de vacaciones y, para que no perdiese todo lo que había progresado, Alberto se encargó de que la niña cumpliese con los ejercicios que le había recomendado el psicólogo.

A diario seguía visitando a mi coche y paseándolo por el garaje. Un día intenté salir a la calle, pero al llegar a la puerta me sentí como si estuviese al borde de un precipicio, era consciente de que esa barrera estaba en mi cabeza y era totalmente imaginaria, pero seguía siendo demasiado para mí y me hizo abandonar la idea de salir al exterior. No dormía muy bien porque casi todas las noches recordaba el accidente en forma de pesadilla. La frecuencia de los malos sueños había aumentado desde que Daniela posó el pañuelo de Lucía sobre mi almohada, impregnándola con su aroma. Un dulce aunque doloroso olor imposible de eliminar, aún después de varios lavados.

Alberto llevaba varios días muy ocupado con los preparativos del nuevo curso escolar de Daniela, ya que faltaba menos de un mes para el comienzo. Aunque la niña seguía sin hablar y no mostraba ningún interés en relacionarse con otros niños, Alberto había llegado a un acuerdo con la directora del colegio para que Daniela pudiese hacer dos cursos en uno y así no perder el ritmo ni a sus compañeros, que algún día querría recuperar aunque ahora se mostrase indiferente. También nos traía de cabeza la proximidad del cumpleaños de mi sobrina y no sabíamos cómo organizar la celebración.

—Lo haremos en mi casa —decidió Alberto—. Encargaré los aperitivos y la tarta en esa pastelería tan buena que hay al lado del hospital.

—Yo puedo encargarme de los adornos. Puedo utilizar a mis pequeños esclavos, ya veré. Pero creo que la comida y la decoración no es lo más importante, ¿has pensado en los invitados?

—Llamaré a sus amigos del colegio para que se vaya entrenando para retomar su antigua vida.

—Saldrá bien —le intenté animar porque estaba muy nervioso—. Además, tenemos la gran ventaja de que mis padres están en París y mi madre no podrá criticarnos ni molestarnos desde tan lejos.

—Tienes razón. Mi madre no iba a poner ninguna pega, pero tampoco podrá venir. Por lo visto se ha echado un medio novio y está en Benidorm con él. Ya conoces a mi madre, no le gusta quedarse en casa.

El reclutamiento infantil resultó ser un fracaso absoluto, ya que la mayoría estaba de vacaciones o regresando de las mismas. Era un fin de semana muy complicado para celebrar una fiesta, pero era el único que Alberto tenía libre. Finalmente, decidimos invitar a mis alumnos, a pesar de que Daniela no mostrase afinidad con ellos, y Alberto llamó a alguno de sus amigos para hacer de figurantes. Cuando me comunicó que uno de los asistentes sería Álex, sentí mi sangre burbujear casi al punto de ebullición. Me apetecía volver a verle, tenía muchas ganas de hablar con él, no por nada en especial, sabía que lo nuestro solo podía ser amistad y eso era lo que necesitaba. Aun sabiendo que nada había existido y que nada existiría, no podía evitar sentirme nerviosa y algo avergonzada por la posibilidad de volver a verle, ya que la última vez que habíamos coincidido hice bastante el ridículo.

—Tita me ha confirmado su asistencia y se ha ofrecido a hacer su famosa tarta de tres chocolates que tanto le gusta a Daniela. El resto,

ya lo he encargado y tenemos que recogerlo el domingo por la mañana. —Alberto tachaba las tareas que había escrito en una lista—. ¿Cómo va la decoración? Casi no queda tiempo.

—¿Quieres hacer el favor de relajarte y tomarte esto con un poco más de calma? No estamos organizando una boda, es solo el cumpleaños de una niña.

—Es mucho más importante que eso —aseguró muy serio—. Es el cumpleaños de mi hija, el primero sin su madre, y tiene que salir perfecto, como cuando se encargaba Lucía. —Se le humedecieron los ojos y la voz se le quebró.

—Saldrá perfecto, te lo prometo.

Una promesa es una promesa, así que me esforcé en cumplirla ayudando a Alberto y, a un día de la fiesta, lo único que nos faltaba eran los vasos y los platos de plástico, así que aproveché que Daniela estaba con su padre para salir a comprarlos. Empezaba a chispear, pero eso no me impidió ir caminando hasta una tienda cercana a la Plaza Mayor. No me gusta el frío, pero sí la lluvia, así que cerré los ojos para inspirar el refrescante aroma a tierra mojada y para disfrutar de las gotas purificadoras que se estrellaban contra mi cara.

—Tal vez me meta donde no me llaman, ¿pero no resulta peligroso caminar por la calle con los ojos cerrados?

La suave y divertida voz me resultaba familiar, pero no la reconocía. Abrí los ojos y me sobresalté al descubrir que el amable caballero que se había preocupado por la seguridad vial era Álex. Di un par de pasos hacia atrás y, de forma compulsiva, me empecé a sujetar el pelo detrás de la oreja una y otra vez.

—Hola —pude decir después de un par de toses para aclararme la voz—. No intentaba suicidarme ni nada de eso, solo disfrutaba de la lluvia.

—Claro, debí haber imaginado que eres de esas personas a las que les gusta el otoño.

—Odio el otoño.

—Lo decía por el toque melancólico.

—¿Me estás llamando triste? —pregunté divertida y él negó con la cabeza, algo azorado porque no sabía cómo arreglarlo—. Puede que tengas razón en eso, pero odio el otoño porque es el principio de la muerte de la naturaleza.

—Al contrario —respondió mirando hacia otro lado, pensativo—, es un mecanismo de defensa. Las hojas se caen para que el árbol no se

hiele en invierno y acabe muriendo. El otoño es pura supervivencia.

Nunca me había parado a pensar en ese punto de vista. Si el otoño era como Álex lo definía, yo era una chica de otoño permanente, experta en mecanismos de defensa para sobrevivir. Paseamos bajo la lluvia mientras me contaba sus peculiares vacaciones en un pueblo de Toledo donde se había reunido con casi toda su familia. Echaba pestes del pueblo, del calor, de los mosquitos y de las preguntas incómodas de los vecinos, pero se le iluminaban los ojos cada vez que nombraba a su abuela y demás parientes que no veía el resto del año. Por lo que entendí, había ido sin compañía a las vacaciones familiares, pero no quise preguntarle porque consideré que no era asunto mío.

Cuando terminamos de hacer nuestras compras, decidimos tomarnos unas cañas y picar algo de comer. Elegimos una taberna típica del centro de Madrid. Álex abrió la puerta y me puso la mano en la espalda para invitarme a entrar. Fue un ligero roce, apenas me tocó, pero fue suficiente para hacer que mis rodillas flaqueasen haciéndome tropezar con el pequeño escalón de la entrada. Álex tuvo los reflejos necesarios para cogerme antes de caer. Ojalá me hubiese dado de bruces contra el suelo en lugar de quedarme entre sus brazos porque me puse muy colorada, no tanto por la vergüenza como por la excitación, cosa que me había pillado por sorpresa.

—Te juro que no soy tan torpe como puede parecer a simple vista —dije escapando de sus brazos y buscando desesperadamente un sitio donde sentarme para evitar otra caída.

—No te disculpes —Intentaba disimular las carcajadas detrás de su perfecta sonrisa—, tu torpeza encierra cierto encanto.

—Beberé una clara con limón —Oculté mi enrojecido rostro detrás de la carta— y para comer, no sé, pide algo que no manche demasiado por si me lo tiro por encima.

La risa de Álex se escuchó por todo el local y yo también me reí, ¿qué otra cosa podía hacer? Me sentía muy a gusto con él, pero estar cerca empezaba a resultar peligroso para mi integridad física. Tendría que trabajar en ello si quería tenerlo como amigo y pasar más tiempo con él para no acabar con un brazo roto o algo más grave. El primer paso fue pedir el resto de cervezas sin alcohol para no empeorar mi ya de por sí desastroso equilibrio. Sabía que no era cuestión de permanecer sobria, ni de evitar los escalones o de utilizar calzado con suela antideslizante lo que me hacía estar tan cerca de una caída.

Tener cerca a Álex desajustaba mi aparato locomotor y también el circulatorio porque mi sangre se acumulaba con rebeldía en los lugares más incómodos. El respiratorio también se veía afectado porque no podía dejar de suspirar en un intento de robar todo el oxígeno que había a mi alrededor y el estómago se me encogía, como si me forzase a expulsar las tontas palabras que salían por mi boca, así que también se resentía el aparato digestivo. Estar cerca de Álex me ocasionaba un fallo multiorgánico, pero para nada me resultaba desagradable. No podía ser. No podía sentirme igual que la noche de la boda de Lucas y Brittany porque, sencillamente, no podía ser.

—Tienes buen saque. Me gusta. No soporto a la gente que entra en un sitio como este y pretende encontrar algo bajo en calorías.

—Es que estoy aprendiendo a cocinar, no se me da demasiado bien y paso mucha hambre. —Era verdad, pero en ese momento atacaba a los calamares rebozados para no mirarle a los maravillosos ojos, que se escondían tras las gafas y que resaltaban con el revuelto pelo oscurecido por el agua de la lluvia. No quería desmayarme ante la perfecta visión que tenía delante.

—Seguro que cocinas muy bien, pero no puedo ser crítico gastronómico sin probar la comida. A ver, ¿cuándo me invitas a cenar a tu casa?

La sola idea de tener a Álex en mi casa, cenando, de noche y solos, hizo que mi cuerpo se estremeciese dando una fuerte sacudida, cosa que provocó que el trozo de calamar que tenía en la boca tomase el camino equivocado. Me puse a toser y a toser, intenté mantener la calma, pero era muy difícil hacerlo mientras me resultaba casi imposible respirar. No paraba de toser y supongo que Álex, al verme casi azul, se levantó preocupado y empezó a darme palmadas en la espalda sin conseguir ningún resultado. Me sujetó la cara con ambas manos, y se acercó tanto, que creo que reaccioné por el sobresalto, y pude escupir en una servilleta el maldito trozo de calamar que había estado a punto de acabar con mi existencia.

—Qué mal rato he pasado. —Bebí de mi vaso mientras intentaba volver a respirar con normalidad—. Creo que ya he comido suficiente por hoy.

—Si buscabas una excusa para que te hicieran el boca a boca no tenías más que pedirlo —dijo con una de sus sonrisas más devastadoras: la torcida.

—Preferiría la maniobra… esa de nombre impronunciable, que es

lo más apropiado en caso de atragantamiento, pero tendré en cuenta tus primeros auxilios.

Todavía no sé cómo pude ser capaz de decir algo así y seguirle la corriente con el flirteo. Eso me pareció a mí, que estaba flirteando conmigo y tuve mucho cuidado de no beber ni comer nada más porque ya estaba a punto de volver a atragantarme con solo ver su sonrisa.

Álex insistió en acompañarme a casa con la excusa de dejar allí el regalo que había comprado para Daniela y también porque dijo que quería asegurarse de que llegaba de una pieza, ya que seguía lloviendo y el pavimento era muy resbaladizo y, dado mi historial, sería mi apoyo en caso de emergencia.

—Vaya colección —dijo al ver todas las películas que había en el armario—. Todo cine foráneo, ¿no?

—¿Foráneo? —No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Qué? —Me miró sorprendido—. Son películas extranjeras.

—Sí, son películas extranjeras, así parece todavía más fantasioso cuando sucede en un lugar lejano. Foráneo está bien, es solo que me ha hecho gracia que utilizases un término tan culto.

—Oye, que tengo una carrera —fingió ofenderse.

—Anda, yo también, y lo único que digo últimamente es «sácate el dedo de la nariz» y «no te comas la plastilina».

Ambos reímos. Álex cogió la película Oficial y caballero.

—Son todas románticas —afirmó.

—Son de ciencia ficción —le corregí—. Lo que sucede en esas películas no pasa en la vida real. ¿Acaso conoces a alguien que, vestido de marinerito, saque a su amada en brazos del trabajo y bla, bla, bla?

—No, pero seguro que en la vida real hay actos de amor que superan a la ficción. Puede que no nos demos cuenta porque no van acompañadas de palomitas y una buena banda sonora, pero estoy convencido de que existen.

Le invité a tomar un café, pero lo rechazó disculpándose porque tenía mucho trabajo pendiente.

—Me he divertido mucho, Julia. Nos vemos mañana.

Cuando se fue, me quedé esperando en la puerta como una idiota por si volvía, como la otra vez, y nos besábamos. No podía ser, pero en lo único que pensaba era en besarle. No podía ser, pero si le besaba puede que se me reajustase el organismo. No podía ser y

estaba enfermando de… de yo qué sé, pero el caso es que no podía ser.

Esa noche no dormí nada trazando un plan para enmascarar lo que sentía por Álex y así poder sobrevivir al cumpleaños de Daniela. Mi desvelo también se debió a que para una vez que cerré los ojos tuve otra pesadilla con el accidente. Parecía tan real. En la radio sonaba It's my life de Bon Jovi y Lucía la cantaba, más bien la gritaba, era muy fan de ese grupo y, cuando era adolescente, tenía empapeladas las paredes con pósteres de Jon Bon Jovi, al que en aquel entonces ella le llamaba «mi futuro marido». Las gotas de lluvia se estrellaban contra el parabrisas, cada vez con más frecuencia, hasta convertirse prácticamente en un chorro continuo de agua. Estaba demasiado ocupada en intentar ver la carretera y no podía hacerle los coros a mi hermana. De repente, en medio de la vía estaba mi madre gritándome: «¡Eres un desastre, nunca serás como Lucía!». Me giré hacia mi hermana y ella me sonrió con la dulzura que siempre lo hacía y tuve que girar el volante con brusquedad para no atropellar a mi madre. Entonces fue cuando me desperté por el sonido del impacto y el chirrido del acero. «Tendrías que haberla atropellado», me dije mientras intentaba recuperar el aliento y secarme el sudor sacando la cabeza por la ventana de la habitación.

—¡Feliz cumpleaños, preciosa! —Cogí en brazos a Daniela y le di un sonoro beso en la mejilla. Ella no huyó de mi muestra de afecto. Creo que no la había abrazado así desde que era un bebé—. ¿Preparada para la fiesta? —La niña se encogió de hombros sin demasiado entusiasmo—. Nos lo pasaremos muy bien, ya verás. Tenemos que ponernos guapas, así que necesitarás mi regalo.

Daniela sonrió y me dio otro beso al abrir el set de maquillaje infantil que le había regalado. Ambas nos arreglamos y yo me probé varios modelos hasta que encontré el adecuado, con la aprobación de mi sobrina, por supuesto. Quién me iba a decir a mí que me tomaría tantas molestias para asistir a una fiesta infantil, claro que nunca había estado en una en la que estuviese Álex.

Terminamos de colgar las guirnaldas y los globos y de colocar la comida poco antes de que llegasen los primeros invitados. Los afortunados asistentes fueron Tita y su marido, que traían la tarta de tres chocolates que medía más de un palmo de alto. También tuvo el detalle de traernos unas cuantas tarteras con comida para una semana porque no se fiaba de nuestras dotes culinarias y, en eso,

tenía razón. Mis alumnos llegaron casi todos al mismo tiempo. Parecían otros niños, porque delante de sus padres se comportaban de otra manera, no eran los salvajes, libres y ruidosos que soportaba durante mis clases. Lucas llamó para disculparse y avisarnos de que no podían asistir porque Brittany no se encontraba demasiado bien.

Estuve hablando con los amigos de Alberto y los padres de mis niños, renunciando a comer, ya que solo disponía de una mano libre porque Daniela no me soltaba la otra en ningún momento. La fiesta era perfecta para ella, salvo porque faltaban sus amigos y, sobre todo, su madre. La niña no sonrió en ningún momento y mantenía la mirada perdida, como si estuviese en un universo paralelo. Yo procuraba animarla, pero sin forzarla ni agobiarla, mientras intentaba mantener la concentración en las conversaciones con los invitados, pero me resultaba muy difícil hacerlo, porque además de estar ocupada con mi sobrina, mi atención se centraba en la puerta de la entrada, esperando a que apareciese el único invitado que faltaba. Hacía más de dos horas que había comenzado la fiesta, estaba a punto de terminar y Álex no aparecía.

—¡Abro yo!

Me ofrecí, histérica, a abrir la puerta cuando el timbre sonó. Pasé los dedos por mi cabello para asegurarme de estar perfecta cuando Álex me viese, porque seguro que era él. Sí, era Álex, pero no venía solo. Vanessa, la lagarta que había compartido mesa con nosotros en la boda de Lucas y Brittany, se había adherido a Álex rodeándole la cintura con el brazo.

—¡Feliz cumpleaños, Daniela! —dijo Álex muy alegre.

—¡Feliz cumpleaños, niña! —repitió la muy escotada invitada sorpresa. Daniela, asustada y con razón, se escondió detrás de mí.

—Llegáis tarde —respondí seca—. Álex, he dejado tu regalo junto a los demás. Todavía no lo ha abierto, pensé que querrías estar presente.

—Muchas gracias, Julia.

—¡Julia! —reaccionó la del siseado nombre—. Sabía que era un nombre muy corriente, pero no lo recordaba.

—Todavía queda tarta —les informé mientras les acompañaba al salón.

—¿De chocolate? —se quejó Vanessa al ver el pastel, con cierto toque de desesperación y lascivia al mismo tiempo.

—De tres chocolates —le corregí—, ¿no te gusta?

—Me vuelve loca, pero no puedo. A ver si te crees que este cuerpo se mantiene solo —presumió mientras se pasaba la mano por su ceñida silueta.

—Pues el mío sí —respondí divertida, para fastidiarla—. Tengo muchísima suerte porque como como una cerda, no hago ejercicio y mira qué bien estoy.

—Esa es tu opinión. Está bien mantener la autoestima, pero, bonita —lo dijo con una sonrisa casi de lástima—, hay que ser realista.

Me mordí la lengua porque se trataba de una fiesta infantil, pero si había algo real allí era mi cuerpo, por lo menos mis pechos, cosa de la que esa no podía presumir. Al verlos aparecer juntos me había quedado pasmada. ¿No estaba con otra?, ¿una tal Jennifer? Lo que quedaba claro era que a Álex le gustaban las mujeres con nombres exóticos. No se separaron ni un instante, ni siquiera un milímetro, cada vez que Álex inspiraba, ella aprovechaba para estrujarle más fuerte, como una boa constrictora. A ver si con un poco de suerte terminaba asfixiándole y a ella se le cortaba la digestión cuando lo engullese. Ya no estaba tan segura de querer ser su amiga si también tenía que cargar con Vanessa.

No me encontraba bien. Me sentía tan aturdida como cuando me tropecé con el marco de la puerta de la consulta de Álex. El estómago me ardía, igual que la sangre y necesitaba escapar de allí antes de montar un numerito delante de los invitados.

—Lo siento, Daniela —le dije con el corazón encogido por tener que dejarla sola—. Me subo a mi casa, creo que estoy enferma. Puedes quedarte con papá y con Tita, ellos te cuidarán. Lo entiendes, ¿verdad?

La niña se encogió de hombros, me dio un beso y se fue con Alberto. Subí corriendo a mi casa sin despedirme de nadie. Me costaba respirar. La culpa por haber abandonado a Daniela en la fiesta de su cumpleaños me quemaba el alma, pero no podía estar en la misma habitación que Álex y su acompañante pegados como lapas. No debería haberme sentido decepcionada al verle con otra mujer, pero lo estaba, y mucho. A pesar de repetirme en mi cabeza una y otra vez que Álex y yo solo podíamos ser amigos, mis entrañas decían otra cosa. Me tumbé en el suelo, bocarriba, para estar más fresca y para evitar desplomarme debido al mareo que sentía. La habitación me daba vueltas, un agudo pitido me atacaba los oídos y sentía una fuerte opresión en el pecho. Eché los brazos hacia atrás para intentar

respirar mejor y tiré uno de los archivadores que había en la estantería. Al caer, se abrió justo donde guardaba uno de los trabajos del primer curso de la carrera. Se me hizo un nudo en la garganta cuando vi el retrato de Lucía, ella había sido mi primer modelo real. No había vuelto a ver su rostro después del accidente y era como una puñalada en el corazón.

—¿Por qué me haces esto? —le recriminé al retrato—. Nos has abandonado en el peor momento. No te imaginas cuánto te necesitamos. Yo te necesito. —Una lágrima resbaló por mi mejilla—. ¿Qué me está pasando? Solo quiero tener una vida normal, pero no sé cómo hacerlo. Tal vez no merezca tener una vida normal, ni siquiera tener una vida. Todo sería más fácil si la que hubiese desaparecido aquel día hubiese sido yo.

Enfadarme con Lucía no era la solución, ni lo que pretendía, y me arrepentía tanto de lo que había dicho que me escocían los pulmones con cada bocanada de aire que inspiraba.

—Lo siento —volví a hablar, pero esa vez en un tono más sumiso —. Te necesito tanto, tanto, tanto… Si estuvieses aquí no habría llegado a esto. Si estuvieses aquí me harías unas tortitas, me aconsejarías y entre las dos encontraríamos una solución.

Abracé la carpeta que contenía el retrato y rompí a llorar sin consuelo. No había derramado ni una sola gota por ella. No había llorado desde que era pequeña, no podía permitirme mostrar ni un ápice de debilidad. Lloraba a lágrima viva y sentía un intenso dolor físico en el corazón.

—No pude despedirme de ti —dije entre sollozos— porque estaba en coma. Pero, aunque hubiese asistido a tu entierro, no habría querido despedirme de ti. No quiero despedirme de ti. Necesito que estés presente, necesito recordarte, necesito sentirte cerca, necesito que Daniela te sienta cerca. —No podía parar de llorar—. Necesito a mi hermana mayor, necesito que la casa huela a tortitas.

Puesto que era domingo y casi la hora de la cena. Me arrastré, sorbiéndome los mocos, hasta la cocina. Necesitaba normalidad, rutina en mi vida y no se me ocurrió mejor cosa que preparar tortitas. Junto al retrato de Lucía, coloqué el libro que Alberto me había regalado por mi cumpleaños porque sabía que allí podía encontrar la receta, ya que lo había utilizado en un par de ocasiones para intentar hacer unas lentejas. Comprobé que tenía todos los ingredientes necesarios y empecé con el ritual de la preparación. Me costaba leer

las indicaciones porque tenía los ojos inundados por las lágrimas. Mezclé los ingredientes, pero no había manera de quitar los puñeteros grumos de la masa. Con grumos y todo eché un cazo a la sartén. Ni olía ni sabía como las que preparaba Lucía, así que lancé contra la pared el bol con la mezcla.

—Julia, ¿qué haces? —Alberto y Daniela estaban en mi cocina—. Los invitados ya se han ido, estábamos recogiendo y hemos oído golpes, ¿estás bien?

—¿A ti te parece que estoy bien? —le grité mostrándole que me había rebozado toda la ropa en harina—. No, no estoy bien. —Aunque las lágrimas seguían brotando, a la tristeza se le unía el enfado—. No soy capaz ni de hacer unas puñeteras tortitas. Es domingo y tenemos que cenar tortitas —aseguré con desesperación mientras rompía un par de huevos en un nuevo bol.

—Tranquila, respira. —Se acercó a mí—. Seguro que entre los dos seremos capaces y tendrás tus tortitas para cenar.

—¡No es solo por las tortitas! —Le aparté con brusquedad el brazo que Alberto me pasó por la espalda para tranquilizarme—. ¡Quiero recuperar mi antigua vida porque esta es un desastre! —Las lágrimas eran de rabia—. Quiero salir a la calle, conducir y vivir sin sentirme sobresaltada, angustiada y asustada. Hace más de nueve meses que Lucía murió y es la primera vez que puedo llorar, ¿te parece normal?

—Llorar es bueno, desahógate todo lo que quieras —susurró Alberto.

—¿Por qué no he podido hacerlo hasta ahora? ¿Se supone que después de este sofoco todo será más fácil? —Seguía mezclando los ingredientes con rabia, sin preocuparme que todo salpicase—. Como mis padres. Es increíble, ¿no? Han perdido a su hija, a su favorita, y parece que no les ha afectado demasiado. Siguen viajando desde el primer día, siguen con sus compromisos sociales como si les diese igual, como si no hubiesen sentido su pérdida. ¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Me lo preguntas a mí? Joder, Alberto, eres un témpano de hielo —le reproché, arrastrando las palabras con rabia y decepción—. Siempre con tus rollos de psiquiatra, pero ¿qué hay de los sentimientos? Te empeñas en que sigamos como si no pasase nada, pero si todo es tan normal, ¿por qué no te ocupas de tus asuntos en lugar de jugar a ser mi protector? ¿Por qué te escudas en mí? Si todo es tan normal, ¿por qué tu hija no es capaz de emitir ninguna palabra?

No he visto llorar a Daniela y tengo entendido que eso no es muy normal para un niño. Tal vez no lo haga porque no puede imitar a su padre, porque a ti tampoco te he visto sufrir por Lucía.

—¿Sufrir? ¿Me acusas de no tener sentimientos? —Alberto me sujetó por el brazo y tiró el bol al suelo—. ¿Crees que no sufro al ver a mi hija así y no poder hacer nada más por ella? —fue elevando el tono de su voz y apretándome cada vez más el brazo—. ¿Crees que no sufrí cuando estabas en coma y estuvimos a punto de perderte en varias ocasiones? ¿Acaso crees que no sufro, que me he recuperado tras el golpe de perder a mi mujer? —aunque seguía gritando enfadado, sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas—. Lucía era mi compañera, mi amiga y amante, mi amor, el amor de mi vida, la madre de mi hija, mi ángel, ¿crees que algún día podré superarlo? —Aparté la mirada de la suya porque no era capaz de soportarla, pero él me sujetó la barbilla para que le mirase a los ojos—. No, no lo superaré nunca y jamás desaparecerá el dolor que siento cada vez que intento telefonearla desde el trabajo para decirle que la quiero y me doy cuenta de que jamás volveré a hacerlo. No podré evitar que mi corazón se paralice cuando veo la sonrisa de Lucía en la cara de Daniela. Nunca podré y tampoco quiero que desaparezca ese dolor porque así mantengo vivo su recuerdo, aunque no sea demasiado bueno para mi salud mental. —Alberto me soltó y se dejó caer en una silla, abatido—. No podía derrumbarme ni esconderme debajo de las mantas. No puedo permitírmelo porque si no, tú no estarías aquí, no quiero ni imaginarme qué habrías llegado a hacer si yo no hubiese estado a tu lado en todo momento, y podría haber sido peor para Daniela. Me necesitabais, me necesitáis.

—Tú también nos necesitas.

Abracé a Alberto y ambos rompimos a llorar. Era una egoísta, no había pensado en mi cuñado y en lo mal que lo estaba pasando. Alberto sí había perdido toda su vida cuando murió Lucía y yo no tenía derecho a reprocharle nada. No podía dejar de llorar por la combinación de sentimientos que se habían apoderado de mi corazón: compasión, tristeza, agradecimiento, rabia y, aun en poca medida, también felicidad. Aunque me dolía el pecho por culpa del llanto, poco a poco, comencé a sentir mi cuerpo más ligero, descansado, relajado, libre.

—Mami no me dejaba acercarme a la sartén.

Desenterré la cabeza del pecho de Alberto al oír la vocecita de

Daniela.

—Has habla… —Alberto me hizo señas con la cabeza para que no me mostrase demasiado sorprendida—. ¡Has hecho una masa sin grumos! —dije mientras le cogía el bol con las manos temblorosas—. Tendrás que decirme cómo lo has hecho porque yo no he sido capaz.

—Mami me enseñó a hacerlas, pero no puedo contarle a nadie cómo se hacen las tortitas —Daniela hablaba y nos miraba a los ojos como si fuese la cosa más corriente del mundo—. Es un secreto y solo podré enseñárselo a mi hija. Mami me hizo prometerlo.

Con manos temblorosas, eché en la sartén un cazo de la mezcla intentando disimular las lágrimas de alegría y de sorpresa que intentaban escapar de mis ojos. Alberto estaba atónito, apenas se movía para no estropear la situación, para que la niña no volviese a enmudecer.

—Huele a tortitas de verdad. Te nombraremos la chef oficial de las tortitas de los domingos —propuse.

—¿Es que nadie me va a preguntar por qué estoy hablando? —Daniela se plantó en medio de la cocina con los brazos cruzados—. ¿Vais a seguir disimulando como si no pasase nada?

—Cariño, si no has hablado hasta ahora será porque no te ha hecho falta —dijo Alberto con una orgullosa sonrisa mientras se terminaba de secar las lágrimas.

—No, papi. Si no he hablado hasta ahora era porque no quería poneros tristes. Por eso tampoco me habéis visto llorar. No quería abrir la boca para no decir cosas feas.

Alberto se agarró al asiento, supongo que para no caerse. Estaba pálido, desencajado y con los ojos vidriosos. Me arrodillé delante de Daniela para estar a su altura y la cogí de las manos.

—No tengas miedo, di lo que necesites decir. Mira qué tontos hemos sido tu padre y yo por no haber hablado antes. Hemos estado más mudos que tú. Expresar lo que sientes no es feo, no te preocupes.

—Echo de menos a mi mami porque la quería mucho y ella a mí. —La niña hizo una pausa y empezó a temblar—. También me gusta mucho estar contigo, tía, pero no quiero decirlo para que mami no se enfade si me oye desde el Cielo y se crea que me pone contenta que se muriese. Si mami estuviese todavía conmigo no me querrías tanto.

—Daniela, yo siempre te he querido. —Sentí como el corazón se me partía en mil pedazos y la abracé—. Perdóname si no te lo había

demostrado hasta ahora, es que he estado bastante mal, mi vida era una porquería.

—Eso tampoco quería decirlo.

—¿El qué?

—¡Deja de quejarte tanto, deja de autocomparecerte! —Daniela se zafó de mis brazos y me echó una mirada recriminatoria.

—¿Qué? Querrás decir «autocompadecerte». ¿Dónde has aprendido esa palabra tan difícil? —pregunté sorprendida.

—Álex me la enseñó. Siempre estás diciendo que estás mal, pero luego haces cosas de no estar triste como ser novia de Víctor. A mí me caía muy mal y creo que a ti también.

Me quedé sin palabras ante el rapapolvo de la niña.

—Eso es verdad, Julia. Tiene razón —pudo decir Alberto.

—¿Y tú, papi? No eres mejor que la tía. Siempre tratándome como si me fuese a romper, haciendo que los demás no se diesen cuenta de que no hablaba. Si me hubieses preguntado cómo me sentía, a lo mejor te hubiese contestado. ¡No soy tu paciente, soy tu hija!

—Lo siento, no sabía cómo hacerlo bien.

Alberto la cogió en brazos y ambos se pusieron a llorar. Yo lloré en solitario mientras doraba o, más bien, quemaba el resto de las tortitas. Cómo podíamos haber sido tan idiotas adelantándonos a solucionar los problemas de la niña sin haberle preguntado antes. Intentábamos protegerla para que no sufriese, pero no nos habíamos dado cuenta de que el dolor ya estaba dentro de los algodones en los que la envolvíamos y, aunque era una niña, sufría tanto como un adulto y al ser tan inteligente, se daba cuenta de todo lo que le rodeaba demostrando más madurez a la hora de afrontarlo que nosotros mismos.

Aparte de las tortitas, en esta peculiar familia, los domingos se convirtieron en el día de los reproches, de las felicitaciones y de expresar lo mucho que nos queríamos.

Capítulo 7

Tras la explosión de sinceridad que habíamos padecido durante la noche de las tortitas, nos sentíamos más libres a la hora de manifestar nuestros sentimientos y más fuertes para afrontar con valentía el hecho de seguir viviendo sin Lucía. En la que más repercutió la liberación fue en Daniela, no solo porque ahora no paraba de parlotear a todas horas, sino porque volvía a cantar sus famosas canciones inventadas con letras sin sentido y a reírse a carcajadas, contagiándonos a quienes estábamos a su alrededor.

Además de pretender ver fotos de mi hermana recordando con alegría la anécdota del momento en el que se retrató en lugar de ahogarme entre lágrimas, de dejar a un lado la autocompasión como me había sugerido Daniela y demás cosas que antes me revolvían el estómago; mi terapia liberadora incluía usar un poco de esa energía para conseguir poder ver a Álex sin sufrir un colapso nervioso. No tenía ningún derecho a sentirme traicionada cada vez que le viese con otra mujer porque no existía nada entre nosotros. Ya que no podía deshacerme de lo que sentía por él y no me quedaba más remedio que amarle de forma platónica y todo lo secretamente que mi fisiología me permitiese, decidí poner a prueba mi autocontrol acompañando a Daniela y a Alberto a la terapia para contarle la gran noticia de la recuperación de la niña.

—¡Hola, Daniela! —saludó Álex.

—¡Hola! —respondió la niña con total normalidad.

Esas fueron casi las únicas palabras que escuché de la boca del psicólogo y un pequeño saludo con la cabeza, pues solo pasó a la consulta Alberto por expreso deseo de Álex. Solo pude verle durante un minuto, pero fue suficiente para que el corazón se me acelerase. Había ido hasta allí, pero a pesar de mis esfuerzos no creía, sabía que iba a costarme mucho más de lo que imaginaba. Me sentía como cuando tenía doce años y el chico que me gustaba esa semana me saludaba por el pasillo del colegio. Resultaba muy difícil disimular la

sensación de babear cada vez que le veía.

Los días pasaron y mi vida empezaba a ser rutinaria, cosa que para mí estaba muy bien porque me daba cierta seguridad y estabilidad. Papá se había decidido finalmente por las clases de tango tres veces por semana, así que convertí las tardes de los miércoles en sesiones de cine acurrucada en la cama. Uno de esos tranquilos miércoles fue interrumpido por una visita tan inesperada como incómoda.

—Mamá, ¿qué haces aquí, no tienes partida con tus amigas?

—La he cancelado porque me apetecía estar contigo.

Después de cuarenta años sin faltar a una sola partida, mi madre había decidió pasar la tarde conmigo. Me resultaba inquietante, pero no me apetecía otra cosa que seguir viendo películas en la cama, así que eso hice y ella se echó a mi lado.

—¿Qué tal estás?

—Bien, aunque me duele un poco la pierna. Será por el cambio de tiempo.

—¿Quieres que te dé unas friegas o vaya a comprarte algún calmante? —se ofreció.

—Gracias, mamá, pero no puedo tomar calmantes, ¿recuerdas? Ya te avergüenzas lo suficiente de mí, imagínate cómo te sentirías si me convirtiese en una drogadicta.

—No me avergüenzo, Julia, ¿por qué dices eso? —Parecía dolida y sorprendida por mi comentario.

—No sé, como siempre estás sacándome defectos y no paras de decirme todo lo que hago mal he llegado a esa conclusión.

—Solo quiero lo mejor para ti. —Acarició mi mano para intentar reconfortarme—. ¡Vaya, creo que tenemos un ratoncillo espiándonos! —susurró mientras señalaba a la puerta—. Tú también te escondías para ver estas películas.

—¿Lo sabías? —La miré extrañada—. Daniela, puedes pasar si quieres. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

La niña entró en la habitación y miró de reojo a mi madre, con desconfianza. Se acostó a mi lado, lejos de su abuela.

—Creí que lo preferías así. —Me apartó el pelo de la cara con delicadeza—. Si hubieses querido que te cogiese en brazos para verlas juntas me lo habrías pedido.

—Siempre has dado por hecho muchas cosas y nunca te has preocupado por saber qué era lo que necesitaba. Nunca me has querido tanto como a Lucía.

—No digas eso, claro que te quiero. Lo que sucede es que tú siempre has sido muy independiente, has hecho lo que has querido sin necesitar ayuda de nadie.

—Sí que necesitaba ayuda, pero no podía esperarla de ti.

—Lucía era más cariñosa y necesitaba más apoyo porque era muy sensible. Yo sabía que tú podrías salir adelante sola. Me hubiese gustado poder abrazarte más, pero siempre has sido muy esquiva, y encerrada en aquel armario resultaba muy difícil demostrarte mi cariño.

—Pues a papá no le costó —le reproché.

—Julia, no he venido a batallar. Al contrario, quiero que nos llevemos bien, eres la única hija que me queda.

—Claro, tienes que conformarte con las sobras.

—Julia, por favor.

No dije nada más durante toda la película para no seguir discutiendo. Daniela tampoco se atrevió a abrir la boca. Mi madre no sabía que había vuelto a hablar y la niña parecía querer seguir manteniéndolo en secreto. Mamá salió aquella tarde de mi casa con la promesa de una nueva relación madre e hija, sin tantos reproches ni obstáculos. Estaba tan sorprendida que no pude reaccionar ni bien ni mal ante la propuesta de mi madre, solo me sentía aliviada de que no hubiese mencionado a Víctor.

—Daniela ha estado vomitando y tiene un poco de fiebre —informé a Alberto en cuanto llegó por la noche—. Creo que tiene la gripe o ha sufrido un colapso después de la visita de la abuela Eugenia.

—¿Tu madre?, ¿aquí? —Alberto levantó una ceja como reflejo de su escepticismo.

—Sí, creo que yo también me he puesto enferma cuando me ha dicho que quería que nos llevásemos bien.

—No me extraña. —Se estremeció e hizo un mohín de asco—. Quién sabe, a lo mejor lo dice de verdad. Puede que se le haya aparecido el fantasma de las navidades futuras y se haya asustado por lo que ha visto.

—Mi madre no es tan fácil de impresionar, debe ser otra cosa. —Me quedé callada un instante, pensativa—. Bueno, volvamos a Daniela. Le he dado una aspirina que encontré en tu casa.

—Será mejor que me quede con ella para controlarle la fiebre.

—Descansa, mañana tienes que ir a trabajar. Ya me ocupo yo.

—Está bien, pero me quedo un rato con mi hija.

Al día siguiente me desperté algo mareada, con náuseas y dolor de cabeza. Daniela seguía dormida con unas décimas de fiebre. Cuando decía que odiaba a los niños, siempre se me olvidaba mencionar que otra de las razones por las que no merecían mi simpatía era porque son capaces de contagiarte ciertos virus, que amplifican cien veces sus devastadores efectos en un cuerpo adulto.

—Me muero. —Alberto salió del trabajo antes de tiempo, hecho trizas, con los ojos vidriosos y malestar general.

—¿A ti también te ha pegado la gripe? Me duelen las axilas, las ingles y hasta el pelo, debe ser por la fiebre.

—Me muero —repitió Alberto antes de tirarse sobre mi cama.

Pasamos la noche arrastrándonos hasta el baño con vómitos y diarrea. Pusimos tres mantas, pero seguíamos teniendo frío y no parábamos de tiritar. Daniela era la más tranquila, la que llevaba mejor la enfermedad, por lo menos, la que menos se quejaba de los tres. No sé cómo se sentiría Alberto, pero yo creía que me iba a estallar la cabeza y que en cualquier momento iba a ser desmembrada por lo que me dolían las articulaciones. Daniela se levantó de muy buen humor y bastante recuperada, a juzgar por los saltos que daba encima de la cama.

—Como no te estés quieta, llamo a la abuela Eugenia para que venga a cuidarte —la niña se sentó de inmediato ante la amenaza.

—Perdón, es que me aburro —se disculpó la pequeña— y tengo hambre.

—No pasa nada, tu padre te preparará el desayuno —la tranquilicé.

—Me muero, no puedo hacer nada —Alberto se excusó mientras se giraba en la cama, dándome la espalda.

—Yo también estoy fatal —contesté con voz gangosa por las flemas—, pero es tu hija.

—Es tu sobrina, tu única sobrina, y, encima, te quiere muchísimo.

—No seas ruin, Alberto. —Casi no podía abrir los ojos—. Comprobemos quién está peor.

Me puse el termómetro y tenía 39,2 ºC. Alberto hizo lo mismo y su fiebre alcanzaba los 38,9 ºC.

—Tú estás mejor —afirmé victoriosa—. Te toca atender a Daniela. —Le di un leve empujón para que se levantase porque no tenía fuerzas suficientes para sacarlo de la cama—. Ya que vas a la cocina, tráeme un poco de agua, por favor.

—Es posible que tenga menos fiebre, sí, pero recuerda que soy

hombre y aguanto peor la enfermedad —dramatizó mientras volvía a hacerse un ovillo dentro del edredón.

—Anda, no digas tonterías y tráeme el agua. Si te sientes con fuerzas, puedes ir a la farmacia y traer algo para bajarnos la fiebre. En tu casa solo había el par de aspirinas que se tomó Daniela.

—No te voy a convencer, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Está bien —refunfuñó.

Alberto intentó levantarse, pero se cayó de espaldas sobre la cama.

—No podemos seguir así —gimió—. Los tres necesitamos a alguien que nos cuide. Mi madre no está, Tita está en el pueblo, ¿llamamos a tu padre?

—¡No! A ver si se entera mi madre y quiere ejercer de buena samaritana y eso nos mataría a todos. ¿Lucas?

—Brittany no le va a dejar por si luego la contagia. —Alberto no dejaba de temblar.

—Es verdad. Pues lamento decirte que estamos fastidiados, solos y fastidiados.

—Hombre, no estamos tan solos. Se me ocurre a otra persona a quien llamar, pero no sé si a ti te hará mucha gracia.

—¿Crees que estoy en disposición de poner alguna condición o en hacer un casting de cuidadores? Anda, llama a Álex, por lo menos Daniela estará bien atendida.

—¿Estás segura? —Asentí a punto de perder el conocimiento por la fiebre y por la sacudida que sentí por dentro ante la idea de volver a verle.

Álex, tan solícito como esperábamos, no tardó en llegar con el arsenal de pañuelos de papel, naranjas para hacer zumo, aspirinas para los que estábamos agonizando y una bolsa de golosinas para la niña.

—Nos morimos —afirmó Alberto, después de sonarse la nariz, cuando vio a su amigo aparecer por la puerta—. Si no salimos de esta, amigo, procura que no le falte nada a mi hija, por favor.

—¿No creéis que Daniela ya tiene suficiente cacao en la cabeza como para que también tenga que explicarle por qué su padre y su tía duermen en la misma cama? Voy a tener que hacer un curso especializado en este tipo de traumas para tratarla. —Rio.

—Te diría una grosería si tuviese fuerzas —respondió Alberto entre susurros.

—Solo bromeaba. Estáis fatal, ¿eh? —Se sentó a mi lado en el

borde de la cama.

—Tenemos mucha fiebre —le informé con voz débil, dócil y hasta puede que algo mimosa, como un gato buscando las caricias de su amo—. No sé si podremos sobrevivir a una gripe contagiada por una niña, seguro que es mortal —gemí. Álex encendió la lámpara de la mesita de noche y la luz me cegó—. No enciendas, tengo que estar horrible —me quejé mientras me tapaba la cara con las manos.

—Estás preciosa, como siempre.

Susurró antes de poner sus labios contra mi frente para comprobar la temperatura. Me sentía muy mal, pero fui capaz de distinguir que el empeoramiento y los grados de más se debían a la cercanía del cuerpo de Álex. El delirio de la fiebre me despojó de todas mis inhibiciones y no sé muy bien cómo sucedió, pero de repente, besé a Álex en los labios.

—¿Y Víctor? —me apartó de él para hacer la pregunta.

—Nunca existió realmente. —Volví a besarle y me aparté—. ¿Y Vanessa?

—¿Qué pasa con Vanessa? —preguntó atónito.

—No sé, se os veía muy unidos el otro día.

—¿Por eso estabas tan borde en el cumpleaños de Daniela? —Parecía que la situación le resultaba divertida—. ¿Estabas celosa?

—Me encontré con Lucas y Brittany y les invité a la fiesta —Alberto murmuraba—. También estaba allí la prima de Lucas, Vanessa, y se apuntó.

—Estaba esperándome en el portal cuando llegué —se explicó Álex —. Fue una encerrona, estoy convencido de que se trataba de una especie de cacería. Tenía la esperanza de que me rescatases, pero en lugar de eso, un poco más y me mandas a la mierda.

—Soy una tonta. Nunca se me ha dado bien hacerme la interesante, siempre lo confundo con indiferencia. —Álex me volvió a besar, pero yo le aparté—. ¿Y qué pasa con Jennifer?

—¿Qué? —Álex parecía totalmente desconcertado.

—Te está bien empleado, señorita. —Alberto rio con dificultad mientras se sujetaba el pecho con ambas manos, supongo que le dolía tanto como a mí—. Como me dijiste que no querías saber nada porque habías escuchado toda la conversación, no te lo desmentí.

—Jennifer es una niña —dijo Daniela.

—Su madre estaba pasando una temporada en un centro de rehabilitación y yo la acogí en mi casa para que no fuese a un centro

con gente extraña. ¿Estabas celosa de una niña?

—Yo qué sabía. —Me sentí el ser más despreciable del planeta—. Alberto, eres consciente de que si tuviese fuerzas te daría un puñetazo por no habérmelo dicho, ¿verdad?

—Por eso te lo digo ahora, porque sé que no puedes tomar represalias. —Aun sin fuerzas volvió a reír.

—Soy una tonta, Álex, una tonta.

—A mí no me importa. —Volvió a besarme.

—Siento interrumpir, pero no ese no me parece el mejor método para bajar la temperatura corporal y, además, no podemos arriesgarnos a que él también se contagie.

—Tienes razón, Alberto. Me bajo a tu casa con Daniela. Si necesitáis algo, llamadme y estaré aquí en un segundo.

—Álex, ¿puedes hacerme un favor? —Asintió—. Puedes decirle a Piolín que estoy enferma y que no podré ir a verle en un par de días. No quiero que se preocupe.

—¿Quién es Piolín?

—Mi coche, claro —le respondí como si fuese obvio, algo que debería conocer.

—¿Hablas con tu coche? —Álex arqueó tanto las cejas que le asomaron por encima de las gafas y se mordió el labio inferior para mantenerse serio.

—Lo siento —respondió Alberto—, no se admiten devoluciones. Te la quedas con todas las consecuencias.

—¿Es que no hay nadie normal en esta familia? —protestó divertido y le dio una palmada en la pierna a mi cuñado—. Alberto, en casa del herrero cuchillo de palo, ¿eh?

—Si no me acabases de salvar la vida me enfadaría por ese comentario. —Intentó mirarle con enfado, pero en ese momento tenía los párpados demasiado caídos como para entrecerrar los ojos.

—No estamos locos —repliqué—. Por favor, baja y cuéntaselo. Daniela te dirá cuál es. Si no lo haces, lo sabré.

—Tranquila, le haré llegar el mensaje —prometió besándome en la frente antes de marcharse.

—Alberto, ¿te parece…?

—Sí, pesada —me interrumpió mi cuñado—. Me parece que sois tal para cual. Álex me confesó que se había enamorado de ti desde el primer momento en el que te vio. Que tú también sientes lo mismo. Que os casaréis, tendréis veinte niños y cien nietos y os moriréis a la

vez cuando tengáis ciento cincuenta años, que nunca os separaréis y no se me ocurren más ñoñerías.

—Solo te iba a preguntar si te parecía normal ver destellos de colores bailando en el techo, que si tú también los veías. Pero me ha gustado tu respuesta.

—Julia, duérmete, por favor —suplicó—. Me muero.

Tras una larga noche de frío, sudor, tiritona, serpientes de colores, pesadillas y patadas de Alberto, un beso en la mejilla me despertó.

—¿Estás mejor, tía? —La sonriente carita de Daniela fue lo primero que vi al abrir los ojos.

—Sí, cariño, gracias.

Aunque me sentía algo mareada por haber pasado tanto tiempo tumbada en la cama, el dolor de cabeza había desaparecido al igual que la fiebre. Me estiré para desperezarme y al girarme vi a Álex apoyado en el marco de la puerta, mirándome con su maravillosa sonrisa. No pude evitar suspirar aliviada al comprobar que no se había tratado de un sueño. Nos habíamos besado y quería besarle otra vez, pero antes tenía que ducharme, lavarme los dientes y adecentarme un poco. Corrí al baño e hice un milagro con mi cara de moribunda en un tiempo récord. Al salir, Álex me esperaba con impaciencia, pude verlo en su mirada, y me besó.

El día anterior no había podido disfrutar de sus labios debido al delirio de la fiebre, pero en ese momento lo sentí como la primera vez. Mi corazón latía irregularmente, las piernas casi no me sujetaban y el pecho me dolía de emoción. Mientras nos besábamos sentía como si la tierra hubiese desaparecido bajo nuestros pies, nada existía, nada excepto nosotros.

—Hola. —Sonrió con sensualidad y picardía cuando, muy a mi pesar, nuestros labios se separaron—. Veo que estás mejor, pero no creas que voy a dejarte salir a ningún sitio hasta mañana.

—No voy a ir a ningún sitio.

—Entonces, ¿por qué te has maquillado y quitado el pijama?

—Pues —me daba vergüenza reconocerlo—, para que me vieses guapa.

—Yo siempre te veré bien, aunque te pongas un saco a modo de vestido.

—Doy fe —nos interrumpió Alberto—. Si fue capaz de besarte ayer con la cara que tenías y oliendo a eucalipto es que lo dice en serio. ¿Sería mucho pedir que bajaseis el nivel de azúcar? Todavía tengo

náuseas por la gripe.

—Estoy en mi casa —protesté riéndome—, pero lo intentaré.

Todos reímos con mi comentario.

—Por cierto, les hemos dado libre toda la semana a tus niños, así podrás descansar. El que no se puede librar soy yo. Me tengo que ir —Álex se lamentó—, pero prometo volver esta tarde.

Me besó y yo me resistí a soltarle la mano para que no se fuese.

—Sobreviviréis, os lo prometo —bromeó Alberto mientras nos soltaba y acompañaba a Álex a la puerta—. ¿A mí no me das un beso de despedida? —Frunció y sacó un poco los labios y se quedó esperando un beso.

—Lo siento, amigo, llegas tarde. —Álex rio y me guiñó un ojo antes de irse.

Me fui suspirando hacia el dormitorio dispuesta a cambiar las sábanas. Daniela me ayudó a hacer la cama.

—Ya hablaremos tú y yo, jovencita, de la información que me has ocultado. ¿Cómo has podido dejar que hiciese tanto el idiota?

—Álex me decía que tenías que darte cuenta tú sola.

—¿Álex hablaba de mí contigo? —respondí sorprendida.

—Yo también hablaba de ti. Le conté lo del cuadro y se puso muy contento, por eso le regalé el dibujo. También lo de Víctor, lo de la abuela Eugenia…

—¿Hablabas con Álex, con palabras como estás haciendo ahora?

—Sí, claro, con él nunca he sido muda. —Me miró como si yo fuese tonta.

—Pero ¿por qué no nos lo dijo?

—Tía, lo que pasa en la consulta, se queda en la consulta. —Se encogió de hombros y siguió metiendo las sábanas debajo del colchón como si nada—. Eso es lo que siempre me dice Ález —a Daniela se la había caído un diente y si hablaba muy deprisa se le escapaba el aire por el agujero y le hacía cecear—. ¿Te vas a casar con él?

—No sé —la pregunta me puso nerviosa—, todavía es pronto.

—A mí me gusta, es muy divertido y también muy guapo.

No hubiese cambiado la sonrisa que mantuvo Daniela mientras halagaba a Álex ni por todo el oro del mundo. Por fin las cosas empezaban a encauzarse, no sé si por el camino de la felicidad, pero sí por el de la normalidad y eso nos hacía felices.

Alberto se llevó a su hija para dejarme descansar, pero no pude parar ni un momento quieta ante la espera de volver a ver a Álex. Me

estaba matando la incertidumbre al pensar en cómo sería nuestra relación. ¿Y si yo no resultaba como Álex esperaba? ¿Y si no le gustaba tanto como creía? Descargué mis temores con Piolín, pero necesitaba algo más interactivo, así que llamé a mis amigos.

—¡Hola, Brit! ¿Cómo llevas el embarazo?

—Me estoy poniendo como una vaca y siempre estoy cansada. Menos mal que tengo a Lucas para cuidar de mí. ¿Y tú cómo estás?

—Te llamaba para contarte algunas novedades.

—Espera, que pongo el altavoz del teléfono para que podamos hablar los tres.

—Hola, guapa, cuenta, cuenta —saludó Lucas con impaciencia.

—Daniela ha vuelto a hablar y ahora no para. Estamos muy contentos.

—¡Qué bien! —respondió emocionada—. Un día de estos iremos a visitaros para darle su regalo de cumpleaños.

—Eso es estupendo y me alegro muchísimo, pero esa voz contenida con la que nos hablas, Julia… —habló con suspicacia—. ¿Quién es el chico?

—Lucas, hay que ver, parece que fueses mi hermano gemelo y nos hubiesen separado al nacer —bromeé—. Sí, se trata de un chico —respondí con tono cansino—. Es Álex, el amigo que Alberto invitó a vuestra boda.

—¿Me tomas la pierna?

—El pelo, Brittany, se dice «tomar el pelo» —le corrigió su marido. Resultaba muy divertido que después de tantos años en España siguiese haciendo traducciones literales.

—Bueno, qué más dará —respondió algo molesta—. ¿Y Víctor?

—Solo fueron un par de revolcones, pero nada más. Era insoportable y no sentía nada por él. No teníamos nada en común, ni siquiera éramos capaces de mantener una conversación interesante para los dos y, para colmo, se llevaba muy bien, demasiado bien con mi madre. En cambio, cada vez que veo a Álex —suspiré exageradamente—, me siento tan viva que creo que estoy a punto de morir.

—¿Te das cuenta, cariño? Nuestra pequeña se ha enamorado —Lucas exageró la afirmación con su habitual dramatismo.

—Ya veo, ya. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? Podías habérnoslo contado antes —me recriminó.

—No os quejéis porque casi os lo estoy retransmitiendo en directo.

Anoche vino a cuidar de Daniela porque Alberto y yo estábamos enfermos y nos hemos besado un par de veces. Ha dicho que volverá esta noche.

—Oh, my God! —chilló mi amiga—. Esto es grave, muy grave. Tienes que contarnos todos los detalles.

—Cuando tengas más detalles que contar, claro. —Rio Lucas.

—Esta vez no sé si os podré contar esas cosas, Álex me importa y pase lo que pase, formará parte de mi intimidad.

—No hay duda, está completamente abducida por el amor.

—Exageras un poco, ¿no crees, Lucas? No me quiero precipitar. Por mi parte estoy dispuesta a darlo todo, pero tengo miedo, por primera vez tengo miedo de no ser correspondida.

—Todo saldrá bien, Julia —Brittany intentó tranquilizarme—. Además, si no resulta siempre puedes llenar tu existencia siendo nuestra niñera.

Les echaba de menos. Siempre resultaban de gran utilidad a la hora de animarme, hacerme reír y de apoyarme en cualquier tontería que se me ocurriese hacer. Lucas y Brittany seguían siendo mis mejores amigos.

En cuanto anocheció, Álex apareció con un bote de caldo casero, un par de velas y una bolsa de caramelos de eucalipto.

—¿Estás mejor?

—Ahora que estás aquí, me siento mejor —empezaba sonar casi tan cursi como Brittany.

—Iba a traerte flores, pero no sé si eres alérgica ni cuáles son tus favoritas.

—Me encanta cómo huelen los claveles. No me importa el color, pero si tengo que elegir, elijo los rojos.

—Tomo nota para la próxima vez.

Estaba pensando en una próxima vez y no habíamos empezado con esta. Suspiré, no podía dejar de suspirar. Álex me sujetó la cara y acarició suavemente mis mejillas con sus pulgares. Sus ojos color miel estaban fijos en los míos, me miraba como si no existiese nada más que mirar en este mundo. Su cara se aproximó lentamente y al fin nuestros labios se encontraron. No me extraña que me hubiese vuelto medio loca desde la primera vez que me besó porque sus besos eran mejores que cualquier noche de buen sexo. Las piernas empezaron a fallarme, así que me agarré con fuerza a su cuello y acerqué mi cuerpo al suyo.

—Julia, no creo que estés recuperada del todo. No me parece buena idea, ya sabes, hacer nada esta noche.

—Pues no me beses así —no pude enfadarme porque aún seguía conmocionada por el efecto de sus labios.

—No tenemos prisa, Julia. Podemos esperar, yo te respeto.

—Me basta con que me respetes a nivel de los derechos humanos —él rio, aunque mi intención no había sido resultar graciosa, lo decía en serio.

—Vamos a bailar.

—Esta mañana has dicho que no podía salir de casa.

—No te he dicho que fuésemos a salir. —Sonrió de esa forma tan irresistible, puso el CD de la banda sonora de Dirty Dancing que había encontrado entre la pila de películas y me ofreció su mano—. ¿Me concede este baile, señorita?

Puse los ojos en blanco y fingí aceptar a regañadientes y rezongando. Me abrazó por la cintura y yo le rodeé el cuello con mis brazos, apoyando mi mejilla en su pecho. Pude sentir cómo los latidos de su corazón iban cada vez más deprisa, como los míos. Cerré los ojos para disfrutar de su fresco y varonil aroma mientras nos movíamos, lentamente, al ritmo de la música.

—¿Has ido a ver a Piolín? —interrumpió mi trance.

—Sí —respondí sin abrir los ojos—, y me ha dicho que le caíste muy bien.

—Me alegro. Alberto me dijo que todavía no sales del garaje. Si quieres, puedo ser tu copiloto para que te sientas más segura.

—No estoy preparada para conducir por la calle y mucho menos para llevar a nadie.

—No quería molestarte —se disculpó.

—No me molesta, simplemente, me pone un poco tensa hablar de ese tema.

—Pues no hablaremos más de eso hasta que no te encuentres cómoda. —Me besó en el pelo—. Y hablando de comodidad, me parece que ya va siendo hora de que te vayas a la cama. Es muy tarde.

—Te quedas conmigo, ¿verdad? —casi le supliqué.

—Claro que sí. Mientras me lavo los dientes —Me demostró que había venido preparado al sacarse un cepillo del bolsillo—, vete poniendo el pijama. No querrás coger frío otra vez.

Iba muy en serio al decir que esa noche no habría nada más que

aquel baile. Aunque me sentía muy, muy, pero que muy atraída por Álex, la verdad, es que no me encontraba con muchas fuerzas para nada más. No quería decepcionarle al no rendir al cien por cien, así que me puse el pijama menos cutre que encontré en mi cajón y me metí en la cama. Le ofrecí una camiseta, pero Álex la rechazó, así que se acostó junto a mí en calzoncillos. Ni siquiera quise mirar para no hacerlo todavía más difícil. Vaya noche me esperaba con Álex semidesnudo a mi lado sin poder aprovecharlo.

Los dos últimos días los había pasado prácticamente durmiendo, así que me desperté en mitad de la madrugada. No pude volver a conciliar el sueño. Sentía el calor del cuerpo de Álex contra mi espalda y el de su brazo rodeándome. No me atrevía a respirar hondo por si era un sueño y se esfumaba. Acaricié la mano que estaba en mi cintura y noté cómo se revolvió y me apretó un poco más fuerte. Cogí la mano de Álex y la metí por debajo de mi camiseta, moviéndola para que me acariciase el abdomen.

—Eres muy persistente, ¿eh? —me susurró al oído y me estremecí.

—No me puedo dormir —me hice la inocente.

—Ahora yo tampoco.

Siguió acariciándome por debajo de la camiseta mientras me besaba el cuello. Subió hasta mis pechos, recorriendo su forma con dulzura y firmeza al mismo tiempo. Nuestras respiraciones comenzaron a ser cada vez más rápidas e irregulares. Me gustaban sus caricias, pero no podía aguantar ni un segundo más sin besarle, así que me di la vuelta y recorrí con mis labios su cuello, le di un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja hasta que encontré su boca. Nos besamos con impaciencia, con deseo, con pasión. Álex metió su cabeza debajo de mi camiseta y empezó a recorrer todo mi torso con su boca y sus manos. Cuando alcanzó la altura del ombligo me bajó, muy lentamente, los pantalones y siguió deslizando su lengua hacia abajo hasta acabar besando la parte inferior de mi vientre por encima de las braguitas. Pensé que me iba a desmayar de placer. Rodeó la goma de mi ropa interior con la lengua mientras la iba bajando. Le agarré del pelo y le obligué a que volviese arriba conmigo. Nos volvimos a besar como si no existiese un mañana mientras nos acariciábamos. No podía más. Cuando sentí a Álex dentro de mí, me sentí como si hubiese abandonado este mundo, esa sensación no podía ser humana. Él seguía encima de mí besándome con tanta urgencia y desesperación como le delataban sus jadeos y sus

movimientos. Nuestros cuerpos temblaban y, cuando alcanzamos el clímax, no sentía nada, era como si me hubiese vaciado. Tuve que reprimir las ganas de llorar de pura felicidad.

Esta vez no se trataba solamente de un buen polvo, esta vez había sido totalmente distinto todo lo que había sentido en mi piel, en mi estómago, en mi corazón, en mi alma era algo más que sexo. Me sentía totalmente propiedad de Álex y sabía que él también era mío. Nos quedamos dormidos abrazados mientras disfrutábamos del descubrimiento de aquella conexión tan especial.

Capítulo 8

Álex se quedaba a dormir casi todas las noches, prácticamente se había instalado en mi casa. Me encantaba dormir a su lado, sintiendo su calor y su aroma, pero nos costaba demasiado despedirnos cada mañana y eso hacía que Álex llegase tarde a sus citas con sus primeros pacientes. Me pasaba el día en las nubes, suspirando y tropezándome con todo. En lugar de mejorar, mi torpeza había aumentado y lo peor de todo era que no hacía falta que Álex estuviese delante, con solo pensar en él se me caía cualquier cosa que sujetase entre mis manos o me llevaba por delante cualquier mueble que se interpusiese en mi camino.

—Mañana empieza el cole, ¿estás preparada?

—Tengo el uniforme, la mochila nueva y los libros —Daniela me respondió sin ningún tipo de emoción—. Supongo que estoy preparada.

—Te irá bien, ya verás —intenté animarla—. Volverás a ver a tus antiguos compañeros y seguro que harás amigos nuevos.

—¿Me acompañarás mañana? —preguntó casi rogando.

—Claro que sí. —La abracé—. Te llevaré y te recogeré todos los días, te lo prometo.

—Gracias. —Me besó en la mejilla—. Tía —Se calló durante unos segundos—, papá va a buscar a otra niñera.

—¿Por qué? —pregunté extrañada—. ¿Ya no te gusta estar conmigo?

—Sí que me gusta, pero como Ález está aquí todo el rato no quiero molestar. Papi dice que no podemos pasar tanto tiempo juntas como antes, pero no me importa porque él me cae muy bien.

—No molestas, no digas tonterías. Tengo tiempo para los dos. Además, tú estabas antes.

La senté sobre mi regazo, abrazándola con fuerza y después le hice cosquillas para que no estuviese tan seria y funcionó. Por supuesto, a Álex no hizo falta explicarle que tendría que volverse a

casa después de cenar todas las noches en las que Alberto tuviese guardia.

El primer día de clase Daniela estuvo arropada por su padre, su terapeuta y su tía. Estuvo a punto de ponerse a llorar cuando se separó de nosotros, pero el drama duró poco, ya que los días siguientes volvía a casa entusiasmada y emocionada, ansiosa por contarnos todo lo que le había sucedido en clase.

Pasaron los días y las semanas más felices de mi vida. Álex había sido el empujón necesario para salvarme, el ingrediente que faltaba para que mi existencia se completase. Tal vez practicase conmigo una especie de terapia subliminal y por eso me hacía sentir tan bien, pero no me importaba si utilizaba un método científico, hipnosis o un hechizo, porque era la primera vez que al respirar hondo me dolía el pecho y me gustaba, no, me encantaba y deseaba no perder nunca esa sensación.

Había dejado de echar de menos a Lucía porque por fin comprendí que había formado y seguía formando parte de mi vida, de mí, y no podía extrañar algo que estaba tan cerca.

Una de esas tantas mañanas en las que me despertaba junto a Álex, abrí los ojos y allí estaba él, con la cabeza apoyada sobre su mano, mirándome y sonriéndome con aquella tierna, sexy y perfecta sonrisa. Le besé. Sus besos eran maravillosos, daban vértigo y, aunque pareciese mentira, cada vez eran mejores.

—Julia —me susurró mientras me apartaba el pelo de la cara—, creo que no te quiero.

—Por lo menos podrías haber esperado a que se enfriasen las sábanas.

Intenté levantarme de la cama, pero Álex me sujetó del brazo obligándome a tumbarme de nuevo junto a él. Estaba más que enfadada. No nos habíamos dicho que nos queríamos ni nada de eso porque suponía que era bastante obvio cuáles eran nuestros sentimientos.

—Déjame terminar —rogó con otra sonrisa—. Si no te gusta lo que voy a decirte, te dejo que me des un puñetazo.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

—Julia, te he dicho que no te quiero porque no creo que sea suficiente para definir lo que siento por ti. Verás, cuando estoy lejos de ti no hago más que recordar cada beso, cada caricia y se me pone un nudo en el estómago tan fuerte que no me deja pensar en nada más.

Se me olvidan los recados, casi no presto atención a mis pacientes y cualquier día me van a atropellar porque mi mente no está en este mundo, está en nuestro mundo.

—Sigue —fingí seguir enfadada, aunque en realidad estaba disfrutando con cada palabra de su discurso—, puede que te libres del puñetazo, pero todavía no estás del todo a salvo.

—No estoy enamorado de ti. No eres mi amor, eres más que eso, eres mi vida. Haría cualquier cosa por ti. Daría mi vida, eso es, moriría por ti. —Sus ojos transmitían el reflejo de una epifanía.

—Continúa, vas bien.

—A ver, cualquier canción me recuerda a ti —Empezó a mordisquearme la cintura—, tú controlas la cantidad de aire que respiro, la vida no sería vida sin ti…

El momento romántico se vio interrumpido por un ataque de cosquillas debido a los mordiscos de Álex. Me revolví y moví las piernas con tanta rapidez y brusquedad que le di un rodillazo en la cara y le partí las gafas.

—Lo siento, ¿estás bien? —pregunté preocupada—. Ha sido sin querer, ¿te he hecho daño?

—Estoy bien, tengo otro par de gafas en la consulta, no te preocupes. —Rio—. También iba a decirte que no he visto nunca una torpeza tan encantadora y sexy como la tuya.

—¿Patosa? ¿Me estás llamando patosa? —le tumbé en la cama y me puse encima de él—. Ahora te vas a enterar. Ya me dirás si soy torpe o no.

—Está bien, seré tu conejillo de indias. —Puso los ojos en blanco, fingiendo rendición.

Hicimos el no amor, como había dicho Álex, y duró más de lo previsto, por lo que volvió a llegar tarde a la consulta.

Ese mismo mediodía, como todos los días, comíamos juntos después de recoger a Daniela en el colegio. Estaba sola esperando a mi sobrina cuando alguien gritó mi nombre. Era Víctor.

—Hola, Julia —me saludó dándome un par de besos en las mejillas —. Qué casualidad, pasaba por aquí y te he visto, ¿qué tal todo?

—Bastante bien, gracias, ¿y tú?

—Supongo que bien. —Se encogió de hombros mientras mantenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón y miró al suelo—. Julia, siento haber discutido contigo. He estado pensando en lo que me dijiste y tienes razón.

—No te disculpes, está todo olvidado. —El encuentro empezaba a resultar incómodo.

—Sí, tengo que hacerlo. —Seguía mirando al suelo, más que avergonzado parecía intentar reunir el valor necesario para decir todo lo que quería—. Julia, solo me he enamorado una vez en mi vida y de eso hace mucho tiempo y estoy convencido de que nunca volveré a sentir nada parecido. —Inspiró hondo varias veces antes de continuar —. Perder a aquella persona fue demasiado doloroso y me he pasado todos estos años escondido en mi trabajo, prácticamente me he convertido en un huraño. Julia, tú mereces la pena y por eso quería que todo fuese perfecto, pero no te tuve en cuenta, por eso quería disculparme.

—Víctor, de verdad, no sigas. —La situación resultaba de lo más violenta, sobre todo cuando pude ver cómo se le humedecían los ojos —. Seguro que encontrarás a otra mujer que te corresponda y no te tendrás que esforzar porque las cosas funcionen. Ambos sabíamos que entre nosotros no podría haber nada más.

—Supongo que tienes razón. —Me miró a los ojos, decepcionado.

—Pero podemos ser amigos —no se me ocurrió otra forma de consolarle—. No tenemos demasiadas cosas en común, pero si necesitas cualquier cosa cuenta conmigo.

Di un respingo al sentir una mano en mi cintura.

—Álex, has llegado a tiempo, qué bien. Te presento a Víctor.

—Encantado, Álex. —Le apretó la mano.

—Alejandro, si no te importa.

Me sorprendió la reacción de mi Álex. Jamás hubiese imaginado que fuese tan territorial, le faltó mearse encima de mí como lo hacen los perros. Por lo menos no fue un macarra maleducado dándome un morreo delante de Víctor para demostrarle que estaba conmigo. He de reconocer que aquella escena me resultó graciosa porque no fue a más. Víctor se marchó enseguida porque tenía mucha prisa.

—¿Ese era Víctor? —preguntó Daniela con una mezcla de sorpresa, sospecha y enfado mientras le veía alejarse—. ¿Qué hacía aquí?

—Nos hemos encontrado por casualidad, te lo juro —me defendí ante la mirada inquisidora de la pequeña.

Daniela no se quedó muy convencida con mi respuesta, pero no continuó preguntando. Volver a coincidir con Víctor me había hecho darme cuenta aún más, si es que eso era posible, de lo mucho que

me importaba Álex. No había sentido nada por él al verle de nuevo, ni me gustó ni me desagradó, los hoyuelos no tuvieron ningún efecto, era totalmente indiferente ante mis ojos. Tal vez algo de compasión fue lo que me transmitió su relato, Víctor tenía sentimientos, pero no eran para mí ni los míos para él.

Mientras Álex y Daniela jugaban a las damas en el salón, aproveché que Alberto me estaba echando una mano en la cocina para comentarle en lo que me había hecho pensar el inesperado encuentro.

—Sinceramente, ya ni me acordaba de él.

—Eso es que no significó nada. No sé de qué te preocupas, Julia.

—Es que al verle me he sentido como si le hubiese sido infiel a Álex. Ya sé que cuando me acosté con Víctor no estábamos juntos, ni parecía que hubiese ninguna posibilidad de estarlo, pero es como si le hubiese traicionado.

—Como si le hubieses entregado tu virginidad a otro. —Rio.

—Búrlate todo lo que quieras, pero es así como me siento.

—Víctor fue un desahogo, un primer contacto con el mundo real del que te habías distanciado. Si hubiese sido Álex desde el principio siempre te hubiese quedado la duda de si estabas con él por mera gratitud por rescatarte de las profundidades.

Alberto tenía razón, como siempre, aunque me fastidie y nunca lo admita en voz alta. Hubiese resultado demasiado confuso cargar con los sentimientos que ahora se apoderaban de mí y mezclarlos con la batalla que se libraba en mi interior cuando le conocí. Tenía razón, desde el principio la había tenido. En aquel momento no estaba preparada para entregarme con tanta sinceridad a Álex como lo estaba haciendo ahora, era totalmente transparente para sus ojos. Si me hubiese anticipado, lo habría estropeado y no sería tan perfecto.

Cuando nos estábamos preparando para irnos a dormir, al entrar en la habitación sorprendí a Álex en calzoncillos poniendo posturas frente al espejo de cuerpo entero y poniéndose y quitándose las gafas sin parar.

—¿Qué haces? —intenté disimular la risa que me producía contemplar aquella escena y por el salto que había dado Álex al darse cuenta de mi presencia.

—¿Crees que estoy demasiado pálido? —No apartaba la vista de su reflejo—. Tal vez debería tomar rayos U.V.A.

—Mi piel es igual de blanca que la tuya. —Le abracé por la espalda

—. ¿No te gusta?

—En ti queda bien, pero no sé. Como me rompiste las otras gafas, estaba pensando que en lugar de hacerme unas nuevas podría probar con las lentillas. No consigo ver qué aspecto tendría, porque sin las gafas no veo nada. ¿Y si me opero? Ahora con el láser es muy sencillo y la recuperación es muy rápida.

Álex no había hecho ni el más mínimo comentario sobre Víctor, pero estaba claro que le había producido cierta inseguridad.

—A mí me gustas así —Le abracé con fuerza y empecé a besarle en la espalda—, pero haz lo que te haga sentirte mejor.

—Solo quiero agradarte y si te van los de piel bronceada y con los ojos sin miopía, pues me convertiré en uno de ellos.

—Me gustas tú —Intenté disimular una carcajada—, solo tú, y me da igual si llevas gafas de culo de vaso o si te embadurnas con betún para cambiar el color de tu piel. Físicamente me encantas, pero lo que de verdad me vuelve loca eres tú en conjunto.

—Entonces, ¿puedo seguir con las gafas? —Se dio la vuelta y me abrazó.

—He de reconocer que prefiero que sin gafas no veas demasiado bien por las mañanas y no puedas verme con los ojos hinchados.

Ambos reímos y eso le devolvió la confianza en sí mismo.

Mamá no había vuelto a visitarme, pero me llamaba casi a diario para interesarse por mí. Tantas atenciones maternas me inquietaban y me hacían sospechar sobre cuáles serían sus verdaderas intenciones. Tal vez no debería mostrarme tan suspicaz, tan desconfiada, tan reacia y aceptar que mi madre solo se preocupaba por mí al no tener tantas noticias de mi vida como tenía antes, ya que las informaciones de mi padre eran cada vez más escasas. Aunque no terminaba de creerme el nuevo papel de buena madre, me propuse concederle el beneficio de la duda.

A veces Álex me acompañaba a visitar a Piolín, pero cuando él estaba conmigo no movía el coche. Durante una de esas veces en las que estábamos en el garaje, a Álex se le ocurrió que podríamos llevar a mis alumnos de excursión a un museo. Habíamos reducido las clases únicamente a los sábados para que no se estresasen compatibilizándolas con las del colegio. Daniela había manifestado fervientemente el desagrado que le causaba estar cerca de esos niños porque le daban miedo, así que nos costó mucho convencerla para que nos acompañase al Museo Reina Sofía, pero finalmente lo

conseguimos con un buen soborno de chucherías. Mis niños eran cada vez menos salvajes, así que con Álex y conmigo fue suficiente para controlarlos. Daniela olvidó por completo todas sus reticencias ante la excursión cuando llegamos a la sala en la que estaba expuesto el Guernica.

—No sabía que hubiese cuadros tan grandes —dijo boquiabierta—. Da un poco de miedo, pero luego parece muy triste, ¿verdad, tía?

Al resto de los niños también les invadió la emoción, el asombro y la misma tristeza que a Daniela. Todos se sentaron en el suelo delante del cuadro mientras yo les contaba la historia y el significado de cada figura que tenían delante. Por primera vez desde que había empezado a darles clase no me había sentido tan útil. Los niños estaban totalmente en silencio, atentos a mis palabras y con los ojos llenos de emoción ante el descubrimiento de cada detalle. Se había producido una conexión muy especial entre nosotros. Recorrimos el resto del museo con el entusiasmo y la curiosidad que se merecían aquellos niños ávidos de conocimientos y de atención. Álex también se sorprendió porque nunca los había visto de aquella manera, volvían a ser niños.

Raquel, la más pequeña del grupo, tropezó con un escalón y cayó al suelo. Me quedé completamente atónita al ver que Daniela corrió a darle la mano para ayudarla a levantarse y le preguntó si se había hecho daño. Álex me dio un codazo y yo asentí, orgullosa de que mi sobrina también volviese a ser una niña normal.

Después del museo, a Álex se le ocurrió la maravillosa idea de pasear a los niños por Madrid en un autobús turístico. Una idea divertida para los pequeños y muy romántica para nosotros. Hicimos el mismo recorrido que cuando Álex y yo nos conocimos. No me cabía más aire en mis pulmones de tanto suspirar de emoción. Sentía tanta felicidad, tanta plenitud que sentía ganas de llorar. Me hubiese gustado besar a Álex durante el trayecto, pero no hubiese estado bien hacerlo delante de los niños. Resultó ser una buena decisión, porque todo el deseo contenido durante la excursión lo descargamos al encontrarnos a solas cuando llegamos a casa.

Alberto también había empezado a afrontar la vida de cara y a dejar de ocultarse en su trabajo, así que, tras varias duras reuniones con los jefes del hospital, consiguió un horario más normal, que le permitiese pasar más tiempo con su hija, aunque de vez en cuando no pudiese evitar tener que marcharse en mitad de la noche por una

urgencia. A Daniela se le veía muy feliz cada tarde que pasaba con su padre y yo agradecía poder dormir con Álex, aunque me entró un poco de pánico al descubrir que, con el tiempo, había traído a mi casa algo más que el cepillo de dientes y un par de mudas de repuesto.

—¿Estamos viviendo juntos? —le pregunté desconcertada al ver mi armario lleno con su ropa.

—¿Qué? —se sorprendió—. No, no estamos viviendo juntos. Es que, si duermo aquí todas las noches y si tuviese que pasar por mi casa antes de ir a trabajar, tendría que levantarme mucho antes y no podría quedarme remoloneando en la cama contigo. —Me besó—. Pero si te estorban mis cosas, me las llevo ahora mismo. No me importa, en serio.

—Deja tus cosas donde están. Es solo que no quiero que hagamos nada por rutina.

—¿Rutina? —Asentí—. ¿Acaso te aburres conmigo? —preguntó algo asustado.

—No me refiero a eso. —Me tomé un tiempo para encontrar las palabras adecuadas—. Quiero decir que no me gustaría levantarme una mañana y que te hubieses empadronado aquí porque te resulta más cómodo. No me entiendas mal —intenté tranquilizarle al ver su cara descompuesta—, me encanta estar cada segundo contigo y que tu cara sea lo primero que veo al levantarme, pero no quiero que vivamos juntos solo por ahorrar tiempo por la mañana o porque tenga algún tipo de ventaja fiscal.

—Entiendo, o eso creo. —Sonrió aliviado mientras me acariciaba la cara—. Quieres flores, unas llaves con un lazo…

—Podrías pulirlo un poco más, pero sí, básicamente es eso —quise sonar indiferente para intentar disimular la emoción que me había provocado comprobar que me conocía tan bien. Álex me leía el pensamiento y no hay nada más romántico que hagan lo que tú quieres sin tener que pedirlo.

—¿Y decías que tus películas eran de ciencia ficción? —Rio a carcajadas y yo me encogí de hombros—. Así que te va ese rollito, ¿eh?

—Pues la verdad es que antes de conocerte ni se me había pasado por la cabeza.

—Pensaré en algo. —Me guiñó un ojo.

—No te estoy diciendo que lo hagas ahora, ni en un año ni en dos, pero si vas a hacer algo, más te vale que sea bueno.

—¿No confías en mí? —me desafió divertido—. Si alguna vez hago algo de ese tipo y no está a tu gusto, puedes darme un puñetazo en la cara.

—Qué bestia eres. ¿Me crees capaz de hacer eso? Te daré un puñetazo en el hígado, pero no en esa cara tan bonita. Sería como pegarme a mí misma.

—No te imaginas lo sexy que estás cuando te pones así.

Me besó con tanta intensidad que creí que me iba a morir en aquel instante hasta que sonó mi teléfono móvil.

—Es un mensaje de Alberto. Dice que mañana se va a ver el partido y pregunta si quieres acompañarle.

—No me gusta el fútbol.

«Esto debe ser un sueño», pensé, pero mis ilusiones se desinflaron cuando afirmó que le volvía loco el baloncesto y que, gracias a Internet, podía ver casi todos los partidos del mundo. Un partido de baloncesto dura menos que uno de fútbol, ¿no? No tengo ni idea de deportes, tendré que ponerme al día. En fin, algún defecto tendría que tener mi amado.

Una tarde, recibí en mi casa un ramo de claveles rojos con una nota de Álex invitándome a cenar y advirtiéndome de que tenía una sorpresa para mí. Caí en la cuenta de que nunca habíamos salido solos, no habíamos tenido una cita romántica ni nada parecido a excepción del día de la boda de mis amigos. No por nada, sino porque cada vez que lo habíamos intentado habíamos acabado en la cama antes de poder salir por la puerta. Me sentía algo inquieta por conocer qué sorpresa me tendría preparada, aunque ya me había sorprendido bastante con el ramo de claveles. Como desconocía dónde cenaríamos me puse un vestido negro porque era lo más neutro que había en mi armario. Serviría para cualquier restaurante, aunque sabía que no sería nada demasiado ostentoso porque no era el estilo de Álex.

Casi me caigo del susto cuando me vi sentándome a la mesa en los jardines del Hotel Ritz. Álex estaba guapísimo con su camisa azul marino, visto en él ese color no me resultaba desagradable. Para él eso era estar muy arreglado porque siempre vestía camisetas y ropa sport, y si había algo importante podía llegar a ponerse un polo como máximo. Desde la boda de mis amigos no le había visto tan elegante, aunque para mí estaría guapo hasta vestido con un saco de patatas.

—¿No vamos a cenar solos? —pregunté al ver cuatro servicios en

la mesa.

—Esa es la sorpresa. —Puso su sonrisa más maliciosa—. Vamos a cenar con mis padres. Ahí están.

—¿Qué? ¿Có… qué?

No me dio tiempo a seguir cacareando porque Álex me lanzó a los brazos de aquellos desconocidos. Alejandro y María Jesús parecían encantadores y estaba claro que Álex había sido la combinación perfecta de ambos porque eran muy guapos. Estaba muy nerviosa, me sudaban las manos y no podía parar de carraspear para aclararme la garganta. Sentía ganas de gritar.

—¿Lo del puñetazo sigue en pie? —pregunté a Álex con los dientes apretados.

—Respira. —Me dio un beso en la frente antes de ayudarme a tomar asiento.

—Es mucho más guapa de lo que nos habías dicho. —María Jesús le dio un codazo a su hijo—. Espero que te trate bien, Julia. Siempre ha sido muy buen chico.

—Ahora mismo no puedo ser objetiva —respondí sonriendo para poder ocultar la mirada asesina que le estaba regalando a su hijo.

—Julia está un poco molesta conmigo porque se acaba de enterar de que íbamos a cenar los cuatro juntos. —Rio y le hubiese dado un puñetazo allí mismo por hacerlo.

—Pero, hijo, cómo eres así. No te preocupes, Julia —La madre cogió mi mano—, somos gente corriente. No tienes nada que temer. Relájate, como si estuvieses en tu casa.

—Lo intentaré, aunque puede que me resulte un poco difícil, ya que en mi casa no tengo tantos cubiertos.

—No es que queramos hacer una exhibición de ostentación invitándoos aquí —comentó el padre—, es que cada vez que venimos a Madrid siempre cenamos en la misma mesa donde nos conocimos. Aquí mismo encontré a mi chica. —Le dedicó una sonrisa de lo más tierna a su mujer.

—Son ricos —dijo Álex mientras untaba mantequilla en su panecillo — y siempre lo han sido. Cuando eran jóvenes venían a merendar aquí los domingos y así se conocieron.

—Hijo, lo dices como si fuese malo o tuviésemos la culpa —su madre pareció ofenderse—. Nunca nos ha faltado el dinero, pero también hemos trabajado lo nuestro. Aunque quieras vivir con tu miserable sueldecito para demostrarnos que eres capaz de

arreglártelas tú solo, algún día tendrás que echar mano de tu fortuna. No pienso dejar que mis nietos pasen estrecheces.

Al nombrar a sus nietos, casi me atraganto con el sorbo de agua que intentaba tragar porque me sentí aludida. Aunque los padres de Álex no paraban de sonreír y de utilizar palabras amables y gestos dulces, no dejaban de ser padres.

—No hemos venido a hablar de dinero —interrumpió el padre—, estamos aquí para conocer a Julia. Bueno, Álex nos ha dicho que también trabajas con niños que tienen problemas. Tienen que gustarte mucho y tener buena mano para hacerte con ellos.

—La verdad es que nunca me han entusiasmado los niños y he tardado varios meses en conseguir que mis chicos dejasen de odiarme. Todavía no sé cómo han podido hacer progresos —dije muy seria.

—¿Siempre es tan divertida? —preguntó el Alejandro a su hijo.

—Se tarda un poco en cogerle el punto, pero sí que es muy divertida —respondió el hijo.

Álex me miró como me miraba siempre, como si no existiese nadie más en el mundo y en vez de darle un puñetazo quise besarle y hacerle el amor allí mismo, encima de la mesa, pero creo que tendría que pasar otras cien cenas con sus padres para atreverme a darle un beso en la mejilla delante de ellos.

—Son muy majos —le dije a Álex cuando llegamos a mi casa.

—Sí, nos queremos mucho, aunque supongo que los padres de los demás siempre te caen mejor que los tuyos propios.

—Eso lo dices porque no conoces a mi madre. Seguro que cambiabas de opinión.

—¿Cuándo me vas a presentar a tus padres? —Estaba de espaldas y me giré para que viese mi cara de «¿cómo dices?»—. Vale, está bien, entiendo. No quieres que me conozcan porque te avergüenzas de mí. —Se llevó la mano al pecho, exagerando su ofensa.

—¿Para qué? Ya conoces a Alberto que es como un padre y un hermano además de cuñado. En serio, no quiero que pases un mal trago. Mi madre es horrible, pregúntale a Daniela.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es diferente, te caería bien, siempre y cuando no esté cerca mamá. Pero ni se te ocurra pensar en juntar a tus padres con los míos. Aunque si mi madre se entera de que estás forrado puede

que se arrastre e intente ser más humana.

—El dinero es de mis padres, yo prefiero ganarme el mío. Intentaba mantenerlo en secreto lo de mi fortuna como un as en la manga por si no te bastaba con mi personalidad y mis besos. —Rio.

—El dinero vuelve muy estirada a la gente. No sé, tengo que pensarme bien si seguir contigo o dejarte.

Álex le dio la vuelta a los bolsillos de su pantalón para enseñarme que no tenía ni un céntimo. Me sonrió y me llevó en brazos a la cama.

—Cierra los ojos. Mi madre me ha dado un regalo para ti. A ella se lo regaló su madre y a su madre su abuela.

El corazón se me aceleró al pensar que podría tratarse de una alianza. Las taquicardias no eran de alegría sino de preocupación. No es que no amase a Álex con todo mi ser o que no quisiese pasar el resto de mis días junto a él, pero es que apenas llevábamos unos meses juntos y me parecía demasiado pronto para cualquier tipo de compromiso. No quería que fuese un anillo porque no sabía cómo iba a reaccionar, ni cómo reaccionaría Álex ante mi reacción. Cogió mi mano y me puse a temblar hasta que noté cómo algo metálico y frío rodeaba mi muñeca. Respiré aliviada al sentir que se trataba de un objeto demasiado grande como para tratarse de una alianza. Abrí los ojos y pude ver el brazalete de oro blanco y diamantes que Álex acababa de abrocharme.

—¿Te gusta? —Sus ojos brillaban emocionados.

—Sí, es precioso, pero es demasiado —respondí boquiabierta—. No creo que sea capaz de salir a la calle con esto sin un par de guardaespaldas.

—Ya le he dicho a mi madre que no te iban mucho las joyas, pero ha insistido en que la guardásemos por si alguna vez nuestros hijos necesitaban dinero.

—Qué manía con los nietos. —Ambos reímos—. En serio, me parece demasiado. ¿Y si lo pierdo o me lo roban? Es demasiada responsabilidad cuidar de una joya que lleva en tu familia tantas generaciones. Debería quedarse en tu familia.

—Tú ya eres mi familia —dijo antes de perdernos entre besos y caricias.

Capítulo 9

Era el primer día de las vacaciones para Daniela y las navidades estaban a la vuelta de la esquina. Como Alberto libraba ese día, la niña se empeñó en que viésemos una película de dibujos en mi casa. Allí estábamos tan a gusto los cuatro, tumbados en mi cama, comiendo palomitas de microondas viendo el bodrio navideño cuando escuchamos a alguien abriendo la puerta de mi casa.

—Papá, ¿eres tú?

—¡Soy Lucas! —gritó—. Vaya, hay overbooking —dijo al vernos a todos.

—¿Desde cuándo tienes llaves de mi casa? —pregunté sorprendida.

—¿No te acuerdas? —preguntó extrañado mientras saludaba a Alberto—. Pues sí que estabas colocada. Cuando tu cuñado no podía quedarse contigo yo venía y te leía el periódico. No hablabas mucho, así que no se me ocurrió otra cosa.

—Creí que Alberto me dejaba encendida la radio.

Mientras me estaba recuperando de la operación no era demasiado consciente de lo que sucedía a mi alrededor y confundía, demasiado a menudo, la realidad con la ensoñación debido a la medicación. Sentí remordimientos por haber pensado que mis amigos me habían abandonado en el peor momento de mi vida. Tuve que concentrarme para evitar que la emoción y la alegría por aquel descubrimiento se manifestase en forma de lágrimas.

—¿Quieres que te las devuelva? —me ofreció el juego de llaves.

—No, quédatelas por si hay una emergencia o por si necesito que alguien me lea las noticias. —Le di un beso en la frente como agradecimiento.

—Gracias. Ahora hay una emergencia. —Lucas se tumbó entre Alberto y yo y cogió en brazos a Daniela, yo apoyé mi espalda sobre Álex para que hubiese más hueco—. Hola, princesa.

—Hola, tío Lucas. —La niña se colgó del cuello de mi amigo.

—Tú eres Álex, ¿no? —Se dieron la mano.

—Sí, tú eres el de la boda. Enhorabuena por la boda y por el embarazo.

—¿Qué sucede? ¿Cuál es la emergencia? —pregunté asustada—. ¿Brit está bien?

—Perfectamente, está perfectamente, lo único que le pasa es que está embarazada, pero a ella no le entra en la cabeza. La quiero muchísimo, más que a mi vida, y sabe Dios que haría cualquier cosa por ella, pero necesito esconderme aquí un par de horas antes de volver a verla porque no quiero mandarla a la mierda o decirle algo de lo que luego me tenga que arrepentir. No os importa, ¿verdad?

—Si no te importa a ti ver esta película. Acaba de empezar.

—Cualquier cosa antes que antojos, nombres de bebés y cosas de embarazadas.

Alberto se ofreció a hacer palomitas y a abrir la puerta porque alguien había llamado al timbre. Cuando regresó, le acompañaba mi padre.

—Papá, ¿y tus llaves?

—No sé, creo que las he perdido. Siempre las llevo en el mismo llavero que las llaves de casa.

Le presenté a Álex y el resto saludó a mi padre.

—La cama es pequeña, papá. —Me encogí de hombros—. El aforo está completo.

—No te preocupes, que nadie se mueva —rehusó el amago de los chicos para cederle el sitio—, traeré una silla.

—La cama no es pequeña —aseguró Lucas—, tenías que haber puesto otro reproductor de DVD en el salón.

—¿Me estás vacilando? —Le miré con los ojos como platos—. Te recuerdo que no tengo más artefactos tecnológicos porque alguien me soltó un rollo sobre el cambio climático y el consumismo. Y ese alguien fuiste tú.

—No es que ahora no me preocupe por el futuro del planeta, más teniendo un hijo en camino, solo es que me he acostumbrado a la vida burguesa —Lucas intentó disculparse.

—Bueno, da igual, es lo que hay —respondí algo angustiada con tanta gente en mi habitación—. Al que no le guste que se vaya a su casa. —Miré a todos con ojos enfurecidos y no volvió a haber ninguna queja más—. Papá, ¿no deberías estar en clase?

—No puedo volver a la academia —dijo nervioso—. Para mí se

acabó el tango para siempre.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Te has lesionado?

—Ojalá, Julieta. Lo que me pasa es que… Daniela, bonita, ¿puedes traerle un vaso de agua a tu abuelo?

—Si queréis hablar de cosas de mayores me lo decís y me voy. —La niña salió de la habitación.

—Ha vuelto a hablar. —Mi padre estaba sorprendido y emocionado al oír a la pequeña.

—Sí, hace mucho. Como no vienes por aquí no te has enterado. Bueno, suéltalo ya, ¿qué te ha pasado?

—Se me han cruzado los cables. —Respiró hondo y se ruborizó—. Se me ha cruzado la profesora. Debe tener la edad de tu madre. Te juro que no ha sido mi intención. Ni siquiera sé si es guapa, pero baila, ay, ¡cómo baila! —Miraba al suelo, avergonzado—. Se mueve con tanta libertad, es como una mariposa aleteando suavemente, pero no es nada frágil. Pone tanta pasión en cada movimiento… Y con esos vestidos tan entallados, con esas lentejuelas tan relucientes y esos flecos que se mueven a descompás... No sé cómo explicarlo. —Se tapó la cara con las manos.

—Vamos, Alfonso, que te has puesto cachondo —dijo Lucas—. Es comprensible, yo me he excitado con solo escucharte. Desde que Brittany se enteró de que estaba embarazada no me deja ni acercarme.

—Gracias por tu sinceridad, Lucas, pero estábamos con otro asunto. Papá, ¿te has acostado con la profesora?

—No, hija, por supuesto que no —pareció ofenderse—. Nunca le haría eso a tu madre.

—¿Entonces? —Tuve que aguantarme la risa.

—Verás —siguió azorado mientras nos relataba su historia—, nos quedamos solos al final de la clase con la excusa de perfeccionar un par de pasos. Casi le tenía cogido el tranquillo, nos movíamos como uno solo, estábamos sudorosos y no sé cómo pasó, pero me dejé llevar por el momento y la besé en la boca.

—¿Con lengua? —Alberto disimulaba la risa peor que yo.

—¡No, por Dios! —respondió tan agraviado como si le hubiésemos acusado de asesinato.

—Entonces no cuenta, papá, puedes estar tranquilo.

—¿Lo dices en serio?

Le vimos tan angustiado que no pudimos evitar reírnos a

carcajadas, pero le prometimos que no se lo contaríamos a mi madre. Les advertí que en mi casa tendrían inmunidad y sería su refugio siempre que lo necesitasen, como lo eran los conventos cuando los caballeros se acogían a sagrado, pero con la única condición de que llamasen antes de entrar porque ya no estaba sola.

Cuando la película terminó creí que todos se irían y nos dejarían a Álex y a mí solos, pero nada más lejos de lo que sucedió a continuación. Papá se dio cuenta de que no había ni una sola guirnalda navideña en mi casa.

—No me gustan los adornos —respondí.

—Si siempre has puesto un árbol, un belén y demás cosas de Navidad —apuntó papá.

—Eso era porque Lucía se empeñaba —me quejé—. Vamos, Daniela, échale una mano a tu pobre tía.

—A mí me gusta la Navidad. —La niña se encogió de hombros.

—¿Por qué no vais a adornar vuestras casas? —les lancé una indirecta.

—Porque en nuestras casas no nos dejan hacerlo ni opinar —contestó Lucas con tono triste.

Todos esperaban expectantes mi respuesta. Tenían la misma mirada que tenían mis alumnos al principio. Pobrecitos, adornar mi casa era la mayor satisfacción personal a lo que podían aspirar, y yo no era quién para negárselo. Por algún motivo mi casa invitaba a la anarquía y a la liberación espiritual para el resto del mundo. Les dejé hacer lo que querían, pero yo me negué a mover un solo dedo. Intenté convencer a Álex para que se quedase conmigo viendo otra película, pero el muy traidor se excusó diciendo que le parecía una estupenda oportunidad para conocer a mi padre.

Odiaba los adornos navideños, pero no me quedó más remedio que aceptar que tendría que convivir durante un mes con aquel caos de bolas de colores chillones que no conjuntaban para nada, espumillones brillantes y luces de colores terroríficas, por no hablar del psicodélico belén que Lucas había hecho con plastilina. Si alguien del Vaticano hubiese visto aquello, seguro que nos habrían excomulgado a todos los implicados.

Mi casa siguió siendo el refugio de los cobardes durante los días siguientes. Lucas venía a echarse la siesta, papá volvió a tomarse conmigo su batido de los miércoles que ahora se había convertido en el batido de todos los días de la semana. Y el domingo poníamos el

cartel de «completo» porque venían a cenar las tortitas que preparaba Daniela.

A Álex y a mí nos costaba tener un instante de intimidad, pero nos las arreglábamos como podíamos. Álex se llevaba muy bien con Lucas y con mi padre, y Alberto estaba encantado de que se hubiesen caído tan bien, así tendría un compañero para jugar al mus. Sí, también quedaban en mi casa para jugar a las cartas. ¿Por qué no lo hacían en casa de Alberto? No tengo ni idea. Mi casa les atraía de forma casi sobrenatural. Pasábamos mucho tiempo todos juntos, me daba pena y sentía remordimientos porque Brittany no pudiese estar allí con nosotros.

Una tarde fuimos todos juntos al cine. Yo me adelanté en volver a mi casa porque necesitaba ir al lavabo con urgencia mientras el resto se fue a por unas pizzas para cenar. Al abrir la puerta vi todas las luces encendidas y me asusté.

—Julia, ¡qué bien, ya has vuelto!

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Estaba más asustada que si hubiese habido un ladrón.

—Pasaba por aquí y he decidido hacerte una visita. —Puso la sonrisa más amable que le había visto nunca—. Hace mucho que no nos vemos.

—Hablamos por teléfono —respondí como un robot—. Hablamos mucho por teléfono. —Demasiado para mi gusto.

—Tendrías que haberme llamado para que te ayudase con la decoración —Miró con cara de asco a su alrededor, pero no perdió su escalofriante sonrisa—, es un poco estrambótica.

Solo pude encogerme de hombros porque no quería delatar a los proscritos, que, por cierto, aparecerían en cualquier momento y su secreto sería revelado.

—Siento que la visita sea tan corta. No he venido para quedarme, solo quería coger una bufanda —no se me ocurrió otra excusa para salir de allí corriendo para avisar al resto de la tropa, sobre todo a mi padre.

—No seas maleducada, que no he venido sola.

—Hola, Julia.

Cuando vi a Víctor no supe cómo reaccionar. Un torbellino de pensamientos se había desatado en mi cabeza hasta que todo empezó a cuadrar, como un puzle perfecto.

—Le robaste las llaves a papá para hacerme esta encerrona,

¿verdad?

—El fin justifica los medios. Toma, te las devuelvo.

—¿Qué fin? —Le arranqué con rabia las llaves de la mano—. Te diré cuál es el fin. ——Abrí la puerta—. Este es el fin, así que haced el favor de salir de mi casa.

—Ya le dije a tu madre que no me parecía buena idea —se atrevió a decir Víctor—. Julia, estoy aquí para volverte a decir que mereces la pena, que quiero que nos demos una oportunidad.

—A ver cómo os lo explico para que lo entendáis de una vez y no os lo tenga que repetir. —Me llevé las manos a la cabeza porque sentía que me iba a estallar—. Víctor, cuando nos volvimos a encontrar te dije que podríamos ser amigos, pero nada más. No te quiero ni quiero compartir nada contigo. Ni siquiera estoy segura de que me caigas bien, ¿cómo te voy a dar una oportunidad?

—Mira que eres testaruda, Julia.

—Mamá, de verdad, déjalo. No vas a conseguir salirte con la tuya porque estoy con Álex. Nos queremos y ni tú ni nadie podrá separarnos.

—¿Ese muerto de hambre amigo de Alberto? —Hizo un mohín de desagrado.

—Sí, y si nos tenemos que morir de hambre lo haremos juntos y felices —le grité.

—Julia, yo puedo darte un futuro mejor. Cásate conmigo, Julia —Me enseñó una caja de terciopelo con un anillo dentro—, te daré todo lo que me pidas.

—Te estoy pidiendo que me dejes en paz y no lo haces —también le grité a él.

—Será mejor que os deje solos para que arregléis vuestras diferencias. —Mi madre salió por la puerta sin darme oportunidad de replicar.

—Julia, ¿qué necesitas?, ¿que me ponga de rodillas? —Aunque intenté impedírselo, Víctor acabó arrodillándose—. Dime qué quieres. Julia, por favor, cásate conmigo.

—No entiendo por qué tanto empeño en casarte conmigo. ¿De verdad quieres pasar toda tu vida con alguien a quien no conoces?

—No quiero estar solo, no después de haberte conocido. —Seguía de rodillas—. Sé que no podré amar nunca más y tú eres lo más parecido a estar enamorado de nuevo.

—Estoy convencida de que encontrarás a otra persona a quien

amar, pero tienes que dejar de hacerle caso a mi madre. Conozco a un par de loqueros que pueden ayudarte a salir de este bache, en serio.

—Julia, por favor, haría lo que fuera por ti, robaría, mataría…

Fue entonces cuando comprendí con absoluta claridad el significado de estar enamorado, cuál era esa sutil diferencia que lo distinguía de un capricho. ¿Morir o matar? Víctor estaba dispuesto a matar en mi nombre y Álex a dar su vida por mí si fuese necesario. ¿Acaso existe un acto de generosidad más grande que ese? Eso era amor verdadero y yo también estaba dispuesta a morir por él. Sin embargo, a Víctor no le invitaría ni a un café, y menos después de aquel bochornoso espectáculo.

—Olvídate de mí, para siempre.

No pude terminar de mandar a paseo a Víctor porque se empezaron a oír gritos en el rellano y acto seguido mi padre abrió la puerta.

—Julieta, ¿estás bien?

—¿Dónde está Álex? —El corazón se me encogió cuando vi aparecer a todos menos a él.

—Nos lo hemos cruzado en el portal —Alberto hablaba con mucha agitación—, iba muy serio y llevaba mucha prisa.

—No creo que vuelva por aquí —mi madre respondió orgullosa—. Le he dicho la verdad, que no tiene ningún futuro contigo y también le he contado que habías aceptado la proposición de matrimonio de Víctor.

—Estás mintiendo. —Los ojos se me humedecieron de rabia y casi no podía hablar—. Estás mintiendo —repetí.

—¿Cómo has podido, Eugenia? —le recriminó mi padre—. Llevabas mucho tiempo organizando este circo, ¿verdad? Para eso viniste a verla y la llamabas todos los días, para ganarte su confianza. Me das asco.

—Esta vez te has pasado de la raya —Alberto le hizo frente levantando la voz—. No podía imaginar que tu mente retorcida llegase hasta estos límites.

Lucas se llevó a Daniela abajo para que no siguiese oyendo los gritos que parecían asustarla a juzgar por la expresión de su rostro.

—Ahora no lo veis claro, pero dentro de unos años me lo agradeceréis —mi madre seguía sin dar su brazo a torcer—. Es por el bien de Julia.

—¿Mi bien? —Sentía el sabor de la bilis en mi boca—. Mi bien hubiese sido no haber nacido si me tocaba tener una madre como tú. Eres un monstruo. —Los ojos empezaban a llenárseme de lágrimas, pero pude contenerlas—. ¡Eres una hija de puta!

Todo pasó muy deprisa. Después de insultarla, como poseída, sin sentirme dueña de mi voluntad le di una bofetada a mi propia madre. Cogí las llaves del coche, no desperdicié más tiempo discutiendo y me fui en busca de Álex.

Subí al coche, me puse el cinturón y arranqué de forma automática, sin pensar en otra cosa que no fuese él.

—Piolín, por favor, ayúdame a encontrar a Álex.

Llegué a la puerta del garaje y sentí que el corazón me iba a estallar cuando logré alcanzar el asfalto de la calle. Llovía mucho y mi respiración llevaba el mismo ritmo que los limpiaparabrisas. Me dolía el estómago, me temblaban las manos y rompí a llorar. No quería perder a Álex, no podía perderlo. Recorrí las calles cercanas a mi casa, pero no había ni rastro de él. Apenas era capaz de llenar de oxígeno mis pulmones, me sentía mareada y a punto de vomitar. Apreté los dientes, bajé la ventanilla y el aire fresco y húmedo me ayudó a mejorar mi concentración mientras conducía camino de la casa de Álex.

—Lucía, por favor, ayúdame a encontrar a Álex. —Entre la lluvia y las lágrimas la visibilidad era mínima—. Por favor, ayúdame.

Mis facultades mentales empezaban a resentirse si les estaba pidiendo ayuda a una muerta y a un coche, pero es que en ese momento no quería sentirme sola. Empecé a dudar de mi decisión cada vez que tenía que detenerme en un semáforo, quizás hubiese sido mejor haberle dicho a Alberto o a mi padre que condujesen en mi lugar. También podría haber llamado a Álex, pero con las prisas no había podido coger el móvil.

Cada vez que pensaba en la posibilidad de no volver a ver a Álex sentía como si me estrujasen el corazón, literalmente, puede que ese dolor físico delatase un amago de infarto, pero no podía detenerme por nada del mundo hasta encontrarle.

Volví a revivir el accidente y mis peores pesadillas ante el repiqueteo de la lluvia sobre la luna. Álex no podía desaparecer de mi vida porque era mi vida. En cada semáforo sacaba la cabeza por la ventanilla para echar un vistazo a la calle y para coger aire. El motor del coche se me caló en una cuesta. Me puse muy nerviosa, no podía

perder el tiempo parada. La pierna izquierda me temblaba y apenas sentía el embrague bajo mi pie, pero conseguí volver a arrancar y seguir con mi camino.

—Gracias, Piolín.

Me daba igual que el resto del mundo creyese que era un objeto inanimado, pero yo estaba convencida de que el espíritu de mi coche me había ayudado. El alma de mi hermana también estaba conmigo, podía sentirla cada vez que tenía que dar un frenazo para no chocar con el coche que tenía delante. No podía dejar de llorar, no podía respirar, apenas veía y mis oídos habían quedado inutilizados por unos estridentes pitidos que se me clavaban en las sienes.

Cuando mis fuerzas estaban a punto de abandonarme, llegué a la calle de Álex y vi la luz de su ventana encendida.

—Si viene la grúa, toca el claxon. Deséame suerte —le dije a Piolín antes de salir corriendo.

El portal estaba abierto y subí los tres pisos andando por las escaleras para no demorarme esperando al ascensor. La puerta se abrió antes de que pudiese llamar al timbre.

—¿Qué haces aquí? —Álex se sorprendió, pero no parecía alegrarse por mi visita—. ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

—He venido a buscarte —dije entre sollozos.

—¿Por qué solo tienes medio cuerpo mojado? —Me miró extrañado.

—He conducido hasta aquí con la ventanilla abierta. —Intentaba recuperar el aliento a la vez que la esperanza, pero me resultaba muy difícil hacerlo ante la frialdad de Álex.

—¿Has cogido el coche? —Tenía los ojos como platos.

—Eso no importa. Por favor, no me dejes —supliqué—. No le hagas caso a mi madre. Deberías saber reconocer a una loca cuando te la encuentras. Por favor, no desaparezcas, quédate conmigo.

—Lo has fastidiado todo —afirmó con mucha seriedad.

—¿Qué? —Tuve que apoyarme en el marco de la puerta para no caerme al suelo, me estaba quedando sin fuerzas —. Pero si yo no he hecho nada. Ha sido mi madre quien lo ha planeado todo. Yo no lo he fastidiado, pero he venido a arreglarlo, por favor…

—¿Y Víctor ya se ha ido de tu casa?

—Espero que sí. No sé, he salido corriendo a buscarte y les he dejado gritándose los unos a los otros. ¿Qué importa Víctor? Yo te quiero a ti. —Estaba a punto de ponerme de rodillas para suplicarle

que no se fuese de mi vida.

—Vaya —Parecía decepcionado—, yo que quería darle un buen corte.

—¿Qué? Víctor está igual de mal que mi madre, en serio, no merece la pena.

—Cuando tu madre me ha dicho que Víctor había ido a proponerte matrimonio y un par de cosas más que no me atrevo a repetir, he venido hasta aquí a recoger el kit de emergencia.

—¿Qué? —Ese cambio tan drástico en su actitud hizo que mi cerebro se colapsase y, por un momento, no supe dónde estaba. Había pasado de estar frío e indiferente a casi comportarse con normalidad.

—Iba a ser mi regalo de Navidad, pero tendré que dártelo por adelantado. Habría tenido más gracia ver la cara de tu madre y de Víctor cuando descubriesen tu regalo, no podrían competir con esto.

Álex llevaba una bolsa en la mano de la que sacó una gorra blanca, igual que la de Richard Gere en Oficial y caballero y se la puso en la cabeza. Se arrodilló ante mí y me cogió de la mano.

—Julia, ¿quieres casarte conmigo? —me ofreció el anillo más bonito que había visto jamás, hacía juego con la pulsera de su madre.

—¿No pensabas abandonarme? ¿No te habías enfadado? —Él negó con la cabeza y sonrió mientras esperaba mi respuesta—. ¿Quieres decirme que me he llevado este sofoco para nada?

—No ha sido en vano. Te estoy proponiendo matrimonio. Me has fastidiado la sorpresa porque pensaba llenarte la casa de claveles y pedírtelo después de una cena romántica, pero así también está bien, ¿no crees?

—Es que no puedes ni imaginarte cómo me he sentido. —Me había dado una especie de pasmo intentando asimilar tantas emociones juntas.

—Si no te gusta así, ya sabes que puedes darme un puñetazo.

—Déjame pensar. ¿Hay un traje a juego con la gorra? —Lo sacó de la bolsa—. ¿Lo tienes que devolver?

—Es nuestro para siempre. —Sonrió de forma pícara al captar mis intenciones.

—Pues entonces sí, me casaré contigo.

Me puso el anillo en el dedo y me abalancé sobre él.

—¡Oye, que te tengo que coger en brazos!

—Ya tendrás tiempo de hacerlo cuando te pongas el traje

completo. Ahora, limítate a besarme.

Y así lo hizo. Me besó y yo le besé, y nos seguimos besando eternamente. Es que besa tan bien…

—Espera, Julia. —Álex desapareció y volvió a los pocos segundos con un papel en la mano—. Para mi sorpresa inicial había pensado en proyectar esto mientras nos besábamos, pero como las cosas han pasado como han pasado he tenido que improvisar. Ahora ya puedo besarte.

Y así lo hizo. Me besó y yo le besé, es que besa tan bien… Y nos seguimos besando detrás del pequeño cartel que había preparado Álex en el que ponía, como al final de las películas que a ambos nos gustaban: «THE END».

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de

Nada es lo que parece

Mar Carrión

[illegible]

Leer ahora

Capítulo 1 7

Capítulo 2 27

Capítulo 3 47

Capítulo 4 67

Capítulo 5 85

Capítulo 6 105

Capítulo 7 123

Capítulo 8 141

Capítulo 9 157